

Boletín de la Real Academia

de

Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes

de Córdoba



AÑO III.

ENERO A MARZO

NÚM. 7

1924



1924

IMPRENTA «LA COMERCIAL».—CÓRDOBA



Boletín de la Real Academia
de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes
DE CORDOBA

AÑO III.



:- ENERO A MARZO :-



NÚM. 7



MATEO INURRIA LAINOSA
ESCULTOR LAUREADO

Nació en Córdoba. Murió en Madrid.

La Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de su ciudad,
BRAC, 7 (1924) 3 Académico numerario en 15 de Abril de 1898.

TARTESSOS

Extracto del libro TARTESSOS.
(Hamburgo, Friederichsen, 1922.)

I

SU HISTORIA

¿Quién no ha oído hablar de *Vineta*, la rica ciudad comercial del Báltico, engullida por las olas?—Cuentan los pescadores que cuando el mar está tranquilo se divisan en el fondo los extremos de sus torres y edificios, oyéndose el lúgubre tañir de sus campanas.

Vineta no es una leyenda, sino realidad. Es la ciudad comercial eslava denominada Iumne (que por deformación se convirtió en Iumneta y *Vineta*). Estaba situada en la costa de Pomerania, en el extremo noroeste de la isla Usedom, el cual fué devorado por el mar. La describe con colores vivísimos Adám de Bremen, allá por el año de 1075; y un cronista posterior, autor de «La Crónica de los Eslavos», escrita en 1175, refiere su destrucción por los daneses, de donde resulta que floreció hacia 1050 y que su destrucción debió ocurrir entre 1075 y 1175.

Vineta desapareció totalmente, y lo que cuentan los pescadores es una pura fantasía; sus ruinas deben haber sido destruidas completamente por el embate furioso de las olas.

De una *Vineta* española me propongo tratar en lo que sigue; y según todos los indicios, la *Vineta* española existe todavía. Duermen sus ruinas bajo las arenas del Coto de Doña Ana, cerca de la

desembocadura del río Guadalquivir, como la princesita encantada del cuento que espera al caballero salvador que la despierte de su letargo.

Se trata de Tartessos, la ciudad de la plata, objetivo final de las expediciones griegas y fenicias. Por su importancia comercial y por las circunstancias que concurrieron en su destrucción, Tartessos se parece a Vineta. Se asemeja también a ella en que de una realidad se volvió en mito; el cual, todavía más la destrucción, contribuyó al error de los posteriores, que obscurecieron su recuerdo.

Para sacar su nombre del olvido y resucitar el pasado, dando tal vez el primer paso para descubrir el emplazamiento de la ciudad famosa, he publicado un libro sobre Tartessos (*). Este libro trata de reconstruir, a base de un estudio crítico de todas las noticias antiguas, la historia de la ciudad, dando una idea de su importancia, su comercio y su cultura.

Por el nombre de «Tartessos» eran pocos los que conocían esta ciudad: algo más conocido era su nombre bíblico «Tarschisch» (Tarsis); si bien con este nombre sólo aparece en las traducciones científicas de la Biblia, como la de Kautsch (1894), y no en la traducción popular de Lutero, por la razón de que para éste el nombre de Tarschisch debió resultar enigmático y tradujo las palabras «anyoth tarschisch» (buques de Tarschisch)—nombre con que designaban los fenicios las embarcaciones en las que navegaban a Tartessos—por «buques de mar», extinguiéndose así en la historia el nombre famoso que, por ser mencionado en la Biblia, estaba destinado a tener grandísima popularidad. Quien lea el Antiguo Testamento en la traducción de Kautsch encontrará bastantes veces el nombre de Tarschisch, particularmente en el «Libro de los Profetas», que nos cuenta las riquezas en plata, estaño y otros metales que poseía, y nos refiere los viajes que en busca de estas riquezas del Occidente hacían los tirios.

No puede ser puesta en duda la identidad del Tarschisch bíblico con el Tartessos de los griegos. Del nombre primitivo Tart-is, que los griegos convirtieron en Tart-essos, los tirios hicieron Tarschisch

(*) Hamburgo (Friederichsen) 1922.

—(como sucede por regla general en las lenguas semíticas, que cambian la *t* extranjera por *sch*, como Batania en Baschan, Atur en Aschur, Tyros en Schor)—y las mismas riquezas en metales que motivaron los viajes a Tarschisch de los tirios originaron más tarde las expediciones que a Tartessos hicieron los focenses. El nombre primitivo de la ciudad se conoce también por el de su río, el Guadalquivir, en cuya desembocadura estaba situada; puesto que, según Livio, al dicho río lo denominaban los indígenas Tertis.

El testimonio más antiguo de Tartessos se encuentra en el libro del profeta Isaías, por los años 730 antes de J. C.. Este dice (Jes. 2, 16): «Vendrá un día en que los ejércitos de Jehová aniquilarán todo lo que sea orgullo, soberbia y altivez y lo humillarán, y desaparecerán los cedros del Líbano y las encinas de Basan y las *naves de Tarschisch* con sus preciosos cargamentos.» Próximamente de la misma época es un testimonio asirio. Dice una escritura cuneiforme del rey Assarhaddón, que reinó desde 680 hasta 668 antes de J. C.: «Los reyes del centro del mar, todos los del país de Jadnan (Chipre), del país Jaman (Javan) hasta el país *Tarsis* se inclinaron a mis pies». Se nombra aquí como en la Biblia, juntamente con Chipre y Javan (país de los Jonios, de los griegos), a Tartessos como ciudad la más occidental. Es claro que los asirios no tuvieron noticias de Tartessos por informaciones propias y menos por conquistas, sino sólo por las expediciones de los tirios, que les proporcionaban los productos de Tartessos.

En consecuencia: está probada la existencia de Tartessos por testimonios simultáneos unos 700 años antes de J. C.. Pero hay pruebas todavía más antiguas en el mismo Antiguo Testamento, que, aunque en la forma en que han llegado hasta nosotros son más recientes, proceden indudablemente de fuentes simultáneas a aquellos tiempos. Se menciona a Tartessos en los anales del rey Salomón, que reinó hacia 1.000 años antes de J. C.. En el «Libro de los Reyes» se lee (I. Reyes 22, 49 y 10, 22): «Porque el rey Salomón tenía *buques de Tarschisch* en el mar con los de Hiram, y una vez cada tres años llegaban cargados con oro, plata, marfil, monos y pavos reales.»

De modo que Tartessos existía ya unos mil años ante de J. C.. Otra fuente revela una antigüedad aún mayor: la fundación de la factoría Gadir—hoy Cádiz—hacia 1100 antes de J. C.; porque fundada Cádiz precisamente para comerciar con la ciudad vecina de Tartessos, presupone necesariamente la existencia de ésta; y como los tirios seguramente iban a Tartessos mucho antes de la existencia de Gadir, se puede suponer que Tartessos existía ya hacia 1500, porque los mercaderes del Oriente habrían de tardar indudablemente bastante tiempo en recibir noticias sobre las riquezas de Tartessos.

Testimonios más antiguos y ciertos, no los hay; pero es muy probable que los cretenses ya fueran a Tartessos, siendo ellos los antecesores de los tirios en el dominio del Mediterráneo, como nos lo demuestran las ruinas de Knossos y Phaistos, que prueban un dominio antiquísimo del mar. Aunque no se han encontrado todavía en la misma España objetos de seguro origen cretense, salieron en las islas Baleares cosas que parecen tener aquella procedencia: vasos cretenses y cabezas de toro en bronce. Además parece de origen cretense el culto del toro en Iberia, y es notable una reaparición singular y extraña de caracteres cretenses en el alfabeto íbero.

Sobre esta cuestión importante de las más antiguas relaciones entre Oriente y Occidente ya nos darán más luz las excavaciones en España o en Creta, y quizás resulten las relaciones entre Tartessos y el Oriente todavía más estrechas, ya que la muy elevada cultura de los tartesios, que dista tanto de la de los iberos, hace suponer que Tartessos fué una colonia de los navegantes levantinos, antecesora de Gades, teniendo hasta el nombre de Tart-essos, con que los griegos designaban la ciudad, carácter originario del Asia Menor, porque los nombres en «essos» son pre-griegos y pertenecen a los primitivos pobladores del Asia Menor.

Una edad todavía más antigua asignaban los mismos tartesios a su ciudad, vanagloriándose de tener documentos de más de 6000 años: anales, epopeyas y leyes en forma métrica. Como esto fué anotado por el autor griego Posidonio, aproximadamente en el año 100 antes de J. C., resultaría por lo tanto que Tartessos

existía ya hacia el año 6000 antes de J. C.. 6.000 será una cifra exagerada, pero demuestra que Tartessos tenía una cultura muy antigua y elevada. En particular la ley métrica y su redacción escrita en tiempos tan remotos llama la atención y es cosa extraordinaria. Basta recordar lo tarde que llegaron a tener los pueblos clásicos leyes escritas.

Esta antiquísima cultura y sobre todo la temprana escritura resulta singularmente enigmática, no sólo para aquellos tiempos sino también para los posteriores del occidente de Europa, y muy en particular para la península pirenaica, cuyos habitantes eran todavía bárbaros hacia 1500 antes de J. C.. Visiblemente significa esto un rasgo extraño en el Occidente bárbaro, y para explicarlo tendrá que suponerse por lo menos unas relaciones pre-históricas con el Oriente, que entonces era el solo poseedor de tal cultura; pero quizás no basta eso y nos fuerza a considerar a Tartessos como un elemento extraño, como una colonia de navegantes orientales.

Un problema muy importante y que todavía no está resuelto es la cuestión de si se debe relacionar con Tartessos la floreciente arte metalúrgica del Sur de España, dos mil años antes de J. C.. Esto no pueden esclarecerlo más que las excavaciones. Que esta cultura, hasta la fecha haya sido comprobada más bien en el levante de Andalucía, en particular en la provincia de Almería, en lugar de serlo en el poniente, donde estaba Tartessos, no probaría nada contra su procedencia de Tartessos, porque en Andalucía no se han hecho todavía suficientes excavaciones para poder sacar conclusiones de la extensión de los hallazgos. Y al contrario llama la atención que las vías del comercio marítimo de Tartessos: las expediciones a la Bretaña y más lejos todavía, a Inglaterra y al mar del Norte, coincidan completamente con la propagación de los productos de aquella industria del metal; con la propagación de los puñales de cobre, vasos campaniformes y sepulcros megalíticos. Por lo tanto, lógicamente, como la existencia de Tartessos data ya del año 1500, como lo prueban las fuentes antes mencionadas, cabe la posibilidad de que fuera ya tartesia aquella industria del metal. Pero mientras los mil años comprendidos entre ella y el Tartessos histórico estén en las tinieblas, será me-

por no identificar este arte metalúrgico con Tartessos, sino llamar a sus portadores «pre-tartesios», como ya lo he propuesto.

Tornando ahora desde este divagar por las nebulosidades prehistóricas al Tartessos histórico, nos encontramos con que tartesios y tirios habrían vivido bastante tiempo en buena armonía, cambiando sus productos: dando Tartessos sus primeras materias, particularmente sus metales, entre los cuales predominaban la plata y el estaño, y trayendo los tirios los productos de la industria artística oriental, hasta que los semitas emprendedores codiciaron obtener aquellas riquezas y apoderarse del país de la plata. Poco a poco cubrieron toda la costa andaluza con sus factorías, y Tartessos se encontraría en el peligro de verse separada del mar, su nervio vital. Así tenía que sobrevenir la guerra. En una batalla naval fueron vencidos los tartesios, que por sus riquezas parece haberse enervado, y llegaron a someterse al dominio de los tirios. Aún conocemos el nombre de aquel rey de Tartessos: se llamaba Gerón. Su nombre quedó en el del «Castillo de Gerón», sobre la isla Salmedina, delante de la desembocadura del Guadalquivir, y en los mitos griegos. Porque el gigante Geryón, muerto por Hércules para llevarse sus ganados, no es otro que el rey Gerón. Estrabón supone que esta derrota ocurrió antes de Homero, o sea antes del año 800 antes de J. C.

Pero la dominación extranjera no duró mucho. Cuando los tirios fueron a su vez vencidos por los asirios, hacia 700 antes de J. C., llegó para Tartessos la hora de la liberación. Refiriéndose a ella el profeta Isaías, un contemporáneo, exclama (Jes. 23. 1): «Llorad, ¡oh navegantes que íbais a Tarsisch!, una destrucción se ha llevado a cabo, no quedando piedra sobre piedra, ni casa ni albergues. Dirigíos a Tarsisch, vosotros los habitantes de la costa. Retorna a tu país, ¡oh gente tartesia!; ¡pueblo de Tarsisch!, inúndalo cual el Nilo, ya no te atan lazos ningunos.»

Después de la liberación, Tartessos floreció por última vez durante dos siglos, desde 700 hasta 500, fecha de su destrucción por los cartagineses. Por la decadencia del poderío marítimo tirio, quedó libre para otra nación la ruta de Tartessos y sus tesoros, para los griegos, que en aquel tiempo llenaban las costas con sus

colonias. Las expediciones al lejano Occidente fueron monopolio de los valientes navegantes de la pequeña ciudad de Focea en el Asia Menor. Después de haber poblado otros griegos de la misma raza jónica las costas de Sicilia y del sur de Italia, se aventuraron los focenses a llegar a las aguas españolas hasta Tartessos.

Navegaban siguiendo las costas de Italia, Liguria e Iberia; pasaban las columnas de Hércules hasta llegar a la ciudad de la plata. Este camino está marcado por los nombres en «ussa», que les daban a las costas e islas descubiertas por ellos. Así se encuentra Ichnussa en Cerdeña; y en la costa española de Levante, Melussa, Kromyussa (país de la manzana y país de la cebolla); cerca de Gades, Kotinussa (por el acebuche), y al fin, como nombre de la península, Ophiussa (país de las serpientes).

Un antecesor de las expediciones de los focenses a Tartessos fué un griego de Samos, que arrastrado por temporales llegó allí casualmente. Sus relatos acerca de la riqueza en plata y de la hospitalidad de los tartesios debieron impresionar grandemente en toda la Jonia y atraer al pueblo aventurero hacia el lejano Occidente. Así como recibieron a Coleo los tartesios, amablemente recibieron también a los focenses y les obsequiaron espléndidamente con plata, con la cual ellos pudieron restaurar los muros de su ciudad natal. Entonces reinaba en la ciudad de la plata el rey Argantonio. Este nombre significa «el rey de la plata», procediendo de los celtas, que habían invadido hacía poco tiempo la península, llegando a ser vecinos de los tartesios.

Argantonio invitó además a los griegos a que fundaran colonias, cosa que primeramente rehusaron, aceptando después. Establecieron en la costa meridional andaluza, entonces tartesia, algo al este de Málaga, la rival fenicia, una factoría, Ménaca, que estaba situada, como he podido comprobar hace poco, sobre el «Peñón», dominador del mar, en la orilla derecha del río Vélez, cerca de la villa Torre del Mar, a unos 30 kilómetros al este de Málaga, mientras la sucesora romana de Ménaca, Ménoba, se extendía en la llanura a orillas del río. Ménaca era la colonia griega que estaba situada más hacia Poniente.

El buen rey Argantonio vivió todavía mucho tiempo en la me-

moria de los griegos, como símbolo de la felicidad terrenal. Decía Anacreonte de él: «No deseo el cuerno de la abundancia de Amaltea, ni tampoco quisiera gobernar 150 años en Tartessos.» 120 años de edad y ochenta de gobierno asignaba a Argantonio, Herodoto (al cual debemos los mejores informes sobre todo esto), siendo la longevidad, al parecer, una feliz cualidad hereditaria de los tartesios.

Las audaces expediciones a Tartessos de los focenses fueron movidas por el afán de lucro; pero a consecuencia de ellas se enriquecieron los conocimientos geográficos griegos sobre el Occidente. Los focenses merecen elogio por haber sido los primeros que dieron a conocer el mundo del Océano, mientras que las expediciones a Tartessos de los fenicios no reportaron utilidad ninguna a la ciencia. Las expediciones a Tartessos dieron grandes resultados geográficos de distintas clases. A estas expediciones se refieren las maravillas y los horrores contados en la parte más reciente de la epopeya griega, llamada de Homero: De la expedición de Ulises al país de los Lestrigones, donde el día y la noche se daban la mano, y al país de los Cimerios, donde reinaba noche perpetua. Ambas se refieren a los países del extremo Norte, de los cuales oyeron hablar los griegos a los tartesios, que mantenían relaciones con Inglaterra y el Mar del Norte. Los Cimerios significan las noches largas del invierno, y los Lestrigones las noches cortas del verano. Y así como extendían las expediciones de Ulises hacia el Oeste, lo hacían también con las de otros héroes, resultando de esa manera los mitos griegos imagen de los conocimientos geográficos de cada tiempo. Trasladaron a Tartessos el lugar del combate entre Hércules y el gigante Geryón, que guardaba sus bueyes, identificando a Geryón con el rey tartesio Gerón, cosa que pareció todavía más digna de crédito, porque, efectivamente, en las islas cerca de Tartessos había buenas vacadas. Entonces fué cuando dieron a los dos peñones del Estrecho el nombre de las «Columnas de Hércules», porque allí el héroe abrió hueco para llegar al Océano, o los colocó allí en señal de triunfo. A la isla de Salmedina con el castillo de Gerón, batido por las olas, trasladaron el paraje de las gorgonas; pero también a otras figuras más cle-

mentales les dieron allí lugar, así al dios del mar Glauco, que les recordó como «Halios Gerón» (el anciano del mar) al rey Gerón. También atribuyeron a Tartessos el lugar de la lucha entre los gigantes y los dioses.

El poeta griego Estesícoro, que vivió hacia el año 600, ya tenía conocimientos exactos de Tartessos. Menciona en su poema «Geryoneis» al río Tartessos con su lecho argentífero (cerca de Linares), y a la isla Eritia en su desembocadura, donde estaba situada Tartessos. Pero las expediciones a Tartessos hicieron enriquecer no sólo la poesía sino también las ciencias griegas. Todo lo que cuentan los antiguos geógrafos de los países de Occidente, tiene su origen en los focenses. Véanse los vacilantes informes de Herodoto sobre las islas del estaño «Casitérides» y el río del ámbar «Eridano». Al mencionar las Casitérides no ha podido referirse sino a la Bretaña o Inglaterra, y el Eridano no puede ser más que el Rhin o el Elba, donde estaban situadas las islas del ámbar, delante de sus desembocaduras. Pero de todo lo que se ha escrito sobre las expediciones a Tartessos, lo más importante es el *Periplo massaliota*, del que yo publiqué una edición crítica. (*)

Sobre los últimos tiempos de Tartessos, bajo el largo y feliz reinado de Argantonio, brillan los últimos resplandores del sol en su ocaso. Porque poco después de la muerte del hospitalario rey, fueron vencidos los tartesios y los focenses por el común enemigo, los cartagineses. En el año 537 antes de J. C. perdieron los focenses en una batalla naval contra los aliados cartagineses y etruscos toda su escuadra, y con esto terminó su preponderancia en los mares occidentales, que desde entonces fueron cartagineses.

Los cartagineses no tardarían mucho en extender sus dominios al país de la plata y fueron peores aún que los tirios. Lo mismo que destruyeron después las ciudades griegas en Sicilia, hostilizaron por igual a los tartesios y a sus amigos los focenses. Así, después de aquella batalla, hacia 537, aparecieron sus navíos ante Ménaca y Tartessos. Ambas no eran guerreras, y se sometieron de grado o por fuerza al dominio de los extranjeros. Ello significó para los focenses el cierre del Estrecho, y por tanto de la ruta a Tartessos.

(*) Fontes Hisp. Ant. I (Barcelona, 1923)

Pero hé aquí que los jonios abren en seguida un camino terrestre a los mercados de Tartessos, que penosamente atraviesa la Sierra de Ronda. A eso los cartagineses responden con la destrucción de Ménaca. Por su situación geográfica, Ménaca sería la primera en ser destruida. Tartessos tenía que sufrir la misma suerte, porque una vez vencida la rival focense, no se contentarían los cartagineses con el monopolio del mercado de Tartessos, sino que ocuparían el país de la plata, como en su tiempo los tirios.

El final fué la destrucción de aquella antiquísima ciudad, que durante miles de años fué foco de la cultura del Occidente, y que llenó al mundo entero entre Norte y Este con la fama de sus riquezas. Sería destruida Tartessos hacia el año 500 antes de J. C. El último testigo ocular, que vió todavía los reflejos de los soberbios muros en el río argentífero, es aquel navegante massaliota que estuvo aproximadamente por el año 520 antes de J. C. en Tartessos.

La destrucción de la célebre ciudad es ya por sí un hecho muy importante, pero además tiene interés general; es un acontecimiento de importancia mundial, relacionado con otros sucesos contemporáneos.

La destrucción de Tartessos y Ménaca en Occidente corre parejas con la de las ciudades jónicas por los persas. Con la destrucción de Tartessos empezó la gigantesca lucha entre los helenos y los bárbaros (persas, cartagineses y etruscos), extendiéndose sobre todo el Mediterráneo—el mundo de entonces—, pudiendo muy bien compararse con las dos guerras mundiales posteriores, tanto por su extensión geográfica, como por otras consideraciones. Me refiero a la guerra del Peloponeso, que también conmovió el mundo de entonces, y a esta reciente guerra mundial. Esas tres guerras tienen de común el de ser el resultado de reacciones, es decir, de la oposición de los dominadores anteriores contra un poderío nuevo que se alzaba frente al suyo.

La primera guerra mundial se produjo por la reacción de los indígenas contra los helenos, que lentamente conquistaban todo el mar Mediterráneo; después la guerra del Peloponeso, la motivaron los celos que de Atenas tenían Corinto y Esparta, por su reciente poder; y la última guerra provino del celo que Inglaterra y sus

BRAC, 7 (1924) 5-28

aliados sentían de Alemania, que estaba ganando pacíficamente el mundo para su comercio. Así se nos muestra la envidia como un resorte poderoso para el hombre, siendo causa de las tres mayores guerras. Únicamente la primera de ellas terminó con la victoria del poder nuevo, los helenos; en las demás la reacción consiguió vencerle.

Después de destruida la ciudad, se apoderaron los cartagineses del extenso imperio, que comprendía toda Andalucía. La frontera del territorio tartesio, el cabo Nao, fué ahora límite del dominio cartaginés en España. Hacia el año 348, al firmar Cartago y Roma su segundo tratado comercial, se ordenó a los buques extranjeros que evitaran el paso por las aguas al sur de Mastia (Cartagena).

Con el dominio del Imperio de Tartessos ganaron los cartagineses, a la vez, el del estrecho de Gibraltar, y con ello la hegemonía sobre el Océano, que había sido hasta entonces zona comercial de Tartessos. Poco después de la destrucción de Tartessos, enviaron los cartagineses a dos de sus mejores almirantes para explorar los mares recién conquistados. El almirante Hannón fué a la costa occidental de Africa, y el almirante Himilcón al Norte, en busca del camino para encontrar el estaño y el ámbar. Los dos informaron sobre sus viajes. El informe de Hannón se conserva en una traducción griega; en cambio del de Himilcón, que nos hubiera dado luz sobre el estado de los mares del extremo Norte en aquellos tiempos, sólo existen pequeños fragmentos.

Desde este momento quedó cerrado el Estrecho para las naves extranjeras, particularmente para las griegas, y las columnas de Hércules, que antes fueron símbolo soberbio de la conquista del Océano, significaban ahora el «non plus ultra» de la navegación griega. Así las designa primeramente Píndaro (hacia 480), que las menciona nada menos que cuatro veces en tal sentido. Para ahuyentar a los navegantes extraños, los cartagineses divulgaban relatos exagerados de los peligros del Océano, de bajos en sus costas (entonces se navegaba a lo largo de ellas); de neblinas y calmas, del mar de Sargazo (que impresionó muchos siglos después a Colón); de monstruos marinos, las ballenas. Cuando esto no bastaba, recurrían los nuevos amos del Océano al empleo de la fuerza, echan-

do a pique las naves extranjeras que se atrevían a navegar con rumbo a las columnas. Todavía, hasta el 220 antes de J. C., después de la primera guerra púnica, que acabó con el dominio de los cartagineses en el Mediterráneo y puso a España en poder de Roma, no concluyó la dominación cartaginesa. Aún entonces supieron los astutos semitas guardar secreto el camino hacia el estaño; y hasta la conquista de la Bretaña no quedó abierto el mar del Norte al comercio de Roma.

Se comprende que por el cierre del Estrecho quedaran anuladas todas las demás exploraciones por los países del Occidente, y que a medida que pasaba más tiempo fuese convirtiéndose en leyenda lo que antes era conocimiento verdadero. Así la fantasía griega pintó al desaparecido país maravilloso con más vivos colores, a medida que menos de él se sabía.

Si los indicios no engañan, *el bello poema de Platón, «Atlántida», se refiere a Tartessos.*

Es extraño que se haya buscado la Atlántida por todas partes, hasta en América y en Spitzberg, y no se ocurriera pensar en Tartessos, hecho que se puede explicar solamente por el completo olvido en que cayó Tartessos. La concordancia entre Tartessos y Atlántida resulta efectivamente tan grande, que no puede hablarse de una casualidad. Está Atlántida situada, así como Tartessos, en una isla cerca de Gades; es rica ante todo en metales, circunstancia sorprendente, que no concurre en ningún otro país más que en Tartessos; y entre los metales se nombran el estaño, que importaron los tartesios, y el bronce, que ellos labraban tan perfectamente. Convirtiéndose, pues, en una fábula lo que 150 años antes de Platón era una realidad, y por lo tanto no es extraño que no se supiera nada cierto sobre su situación y se confundiera de ordinario con Gades. Esta equivocación es general en los tiempos de los Romanos; también a Carteia (cerca de Gibraltar) la tomaron por Tartessos. Cicerón llama tartesio al gaditano Balbo, y otro autor llama gaditano al Argantonio. Los intérpretes del Antiguo Testamento sufrieron confusiones aun mayores, pues no entendían en absoluto el nombre de Tarschisch. Los Setenta lo traducen por «mar» o por «Cartago»; Josefo creía que Tartessos era Tarsos en Cilicia; otros

BRAC, 7 (1924) 5-28

pensaron en Rodas y en Chipre, etc. En la Vulgata aparece «mare», el mar, en lugar del nombre perdido. Así se explica que también Lutero tradujese Tartessos por «mar» y «anyoth tarschisch» por «buques de mar», tanto más cuanto que quiso hacer una traducción popular, pareciéndole mejor cambiar la expresión incomprensible por una corriente y usual. Pero no se puede perdonar a Movers, el sabio historiador de los fenicios, que emplease todo el caudal de sus conocimientos intentando demostrar que Tartessos sólo fué fruto de un concepto nebuloso de España y nunca una ciudad, sin consideración a que los autores antiguos hablan de la *ciudad* de Tartessos, como el Periplo y Herodoto. Como la sabiduría grande de Movers infundía respeto, hasta el punto de parecer innecesario hacer nuevas investigaciones, adquirió su opinión categoría de canónica, y Tartessos fué desapareciendo en la obscuridad y en el olvido. Hasta en los buenos historiadores encontramos la confusión con Gades, o la opinión de que Tartessos fuese una colonia de los fenicios, llegando algunos hasta a decir que pertenece al reino de la fábula.

Respecto a su situación se encuentran aún mayores errores. Llegaron a tomar a Tortosa sobre el Ebro por Tartessos, y hace poco otro investigador creyó descubrir Tartessos en el golfo Pérsico! De tal modo siguió a la destrucción material por los cartagineses, la espiritual, hasta quedar olvidada por completo la ciudad famosa.

La misma suerte corrió Ménaca, confundiéndola con Málaga, o buscándola por todas partes, menos allí donde yo la he encontrado, a base de fuentes antiguas.

Ahora bien: yo espero que mi libro variará la opinión sobre Tartessos, librándola del olvido y de las confusiones de que fué víctima durante más de 2.000 años. Este descubrimiento espiritual es el primer paso hacia la obra de encontrar los restos de esta antigua ciudad. Las posibilidades para ello serán tratadas en el capítulo 3.^o

II

SU CULTURA

El origen y los primeros tiempos de Tartessos yacen todavía en la obscuridad más absoluta. ¿Fué una fundación de los iberos, con los que se quiso identificar posteriormente a los tartesios, o fué una colonia de navegantes orientales, como parece desprenderse de otros indicios? Ante todo no cabe dudar de la antigüedad grande de Tartessos, que debió florecer ya por los años 1500 antes de J. C.—Estaba situada, según se desprende de la descripción del Periplo, en la desembocadura del brazo principal del río Guadalquivir, existente todavía, y no en el otro brazo más al Norte, cegado desde tiempos remotos por las arenas de la corriente de la costa, pero que aún se reconoce por una serie de lagunas. A causa de las altas mareas la ciudad no estaría sobre la misma costa, sino algo retirada de la desembocadura. Ahora bien; como los informes antiguos dicen que la ciudad estaba situada sobre la isla que forman los dos brazos del río, resulta que se la debe buscar en la orilla derecha del brazo hoy existente.

Por su situación sobre el Océano y a la vez en la desembocadura del ancho río, dominador y nervio vital del país, fué el emporio y la capital de toda esta región, pudiendo compararse en su situación con Sevilla, la capital de Andalucía. Teniendo en cuenta esta situación, con sus inmejorables condiciones para el comercio de entrada y salida, seguramente serían navegantes sus fundadores. La opinión de que Tartessos fuese de origen ibero, se contradice con este hecho, porque no podemos imaginarnos que los iberos de 2000 años antes fueran más cultos que 2000 años después. De manera que hay que suponer que Tartessos debió ser una colonia de mercaderes orientales, gente de clara vista para la fundación de ciudades, lo que explica su excelente situación; además tendrían noticias de la riqueza en metales de la Sierra Morena, porque esos metales, ya como primeras materias, ya elaborados, eran el artículo principal del comercio de exportación de Tartessos. Tampoco encaja esto último con la condición bárbara de los iberos de la época,

sino más bien con los mercaderes de Oriente, tan codiciosos de buenos metales.

El metal principal de Tartessos lo constituía la plata, que dió nombre a Argantonio: «rey de la plata». Tartessos fué el país de la plata del mundo antiguo. De esta riqueza en plata de los tartesios existen relatos que parecen fabulosos, pero son verdaderos. La importación de la plata de Tartessos hizo en tiempo del rey Salomón bajar tanto el precio de este metal, que casi llegó a carecer de valor; los fenicios recambiaron sus anclas de plomo por otras de plata, para aumentar la cuantía del metal que pudieran cargar; Coleo, en su expedición, se trajo treinta quintales métricos, y todavía, por el año 200 antes de J. C., en la Turdetania se encontraban pesebres y ollas de plata. En segundo lugar figuraba el cobre, en cantidades enormes, como base de la industria del bronce de Tartessos. En las casas para tesoro, de Olympia, se veían bronce de Tartessos. Ambos metales eran ya fundidos y trabajados por el año 2500 antes de J. C. en Andalucía, de modo que es posible la existencia de Tartessos ya en aquella época, bien como primitiva ciudad minera o como factoría extranjera. El tercer metal que daba fama y universal renombre a Tartessos era el estaño. Ya en aquellos tiempos pre-tartésicos se conocía el arte de endurecer el cobre añadiéndole estaño. Este no se obtenía en el país, sino que lo traían de fuera, de la Bretaña y de Inglaterra, que ellos ya conocían en aquellos tiempos.

Estos informes tan importantes los debemos al Periplo, que nos dice que los tartesios navegaban hasta la Estrimnida (la Bretaña) para buscar el estaño, que se encontraba en las islas próximas a la costa bretona y en Irlanda. Además del estaño traían ámbar, que los estrimnios compraban en la costa del mar del Norte. Más importante sería el comercio con Oriente. Hemos visto que es muy probable que los cretenses, y seguro que los fenicios y posteriormente los griegos, mantenían relaciones comerciales con Tartessos. La misma importancia tendría la importación que la exportación. A Oriente llevaban metales y productos metalúrgicos para cambiarlos por géneros industriales y quizás también por aceite y vino, y al Norte productos metalúrgicos, por estaño y ámbar. Es indu-

dable que comerciaban además con el Africa vecina y muy probable que por este lado se extendieran muy al Sur. Estos mercados africanos eran los que en sus tiempos quiso descubrir la expedición de Hannón, así como la de Hímilcón fué en busca de las riquezas del Norte. Así resulta Tartessos a la vez ciudad comercial e industrial, la mayor que tuvo el mundo antiguo en la Europa occidental, y un mercado mundial donde aflúan los productos del Norte, Sur y Este. Además de la industria y del comercio, florecía la agricultura, para la cual reunía las mejores condiciones el fértil valle del río. A un rey de Tartessos se atribuye la invención de la agricultura, a otro de la producción de la miel. Las bien nutridas vacadas del rey Gerión atrajeron a Hércules a Tartessos, y la lana rojiza de las ovejas tartesias tenía gran fama. También debe ser muy antiguo el cultivo del olivo, un obsequio de los navegantes orientales.

Por su comercio, su industria y agricultura fué Tartessos una de las más ricas ciudades del mundo de entonces. Hay que pensar que la capital fuera grande y hermosa, sus almacenes estarían llenos de productos propios de la tierra y de la industria y de mercaderías de las tierras más lejanas. Por sus relaciones con el Oriente, Tartessos debe haber conocido los progresos de la arquitectura y de la técnica del Oriente; y en lo exterior tendría el aspecto de una ciudad oriental. En la orilla del río que serviría de puerto se encontrarían, fondeadas al lado de las embarcaciones para el Norte, las que iban a Oriente, y no faltarían astilleros y tinglados grandes, como los describe Platón en la «Atlantis», que aun siendo sus fantasías poéticas, podría acertar con la verdad.

Pero lo principal, aparte del florecimiento del comercio, es que en Tartessos habría una elevada cultura espiritual. Tenía Tartessos crónicas y epopeyas muy antiguas, leyes en forma métrica, y todo ello ya anotado desde hacía siglos en textos con escrituras propias. En particular por esta literatura se separa Tartessos de la barbarie de los iberos, que nunca llegaron a tenerla. Esa cultura espiritual, en época tan remota, sólo puede explicarse, o siendo la ciudad una colonia de orientales, o que tuviera ya muy antiguas relaciones con ellos.

Así, ante todo, se comprende que tuviera una escritura desde hacía mucho tiempo, y no es fácil imaginarse que ésta fuese autóctona; más bien pudiera haber sido una derivación de la escritura cretense. ¡Ojalá pudiéramos encontrar restos de inscripciones tartesias!

Nada sabemos del arte de Tartessos; pero podemos suponer que le diesen impulso sus antiguas relaciones con el Oriente y que los tartesios poseyeran, unos 1000 años antes de J. C., un arte propio, mientras los iberos no lo tuvieron hasta la quinta centuria, por influencia de los griegos. Puede que sus obras duerman bajo la tierra para resucitar súbita y sorprendentemente cuando Tartessos encuentre a su Schliemann, como sucedió con Knossos y Phaistos.

El estado estaba también muy bien organizado. Desde los tiempos pre-históricos los tartesios eran gobernados por reyes, de los cuales conocemos algunos, en particular aquel antiguo rey Gerón que los griegos denominaban Geryón, y Argantonio, el amigo de los focenses. Al lado de los reyes parece haber existido una aristocracia, tal vez los grandes mercaderes y terratenientes, mientras que los labriegos, marineros y artesanos constituirían el pueblo bajo.

La ciudad dominaba sobre un vasto imperio, único sistema político grande que hay en Iberia—otro elemento extraño al carácter ibero. El territorio de Tartessos comprendía toda la Andalucía entre sus fronteras naturales, el mar por un lado y la Sierra Morena por otro. Hay que suponer que este dominio se extendiese desde la misma ciudad por ley de conquistas, y que los tartesios, tan anti-guerreros más tarde, fueran antes muy aptos para la guerra. Pero la prematura riqueza los enervaría como a los lidios y persas. En tiempos históricos los turdetanos, nietos de los tartesios, necesitaban para defenderse contra los romanos de soldados mercenarios extranjeros, y los tartesios fueron dominados por los tirios, como posteriormente por cartagineses y romanos.

De la religión de los tartesios, sabemos que veneraban a la Luna, siéndole consagrada una isla frente a Ménaca. El culto al planeta Venus lo demuestra el santuario de la «Luz divina» en

Sanlucar, enfrente de Tartessos. El tercer astro sería el Sol, porque Sol, Luna y Venus forman generalmente una trinidad para el culto. Esto también parece de origen oriental: es la religión de los antiguos babilonios. Así seguramente no faltarían en Tartessos los templos como los que Platón atribuye a la Atlántida. El templo que el Periplo señala en la parte del norte de la bahía del Guadalquivir, sería como aquel santuario de Sanlucar dedicado al planeta Venus. También los reyes gozaban honores divinos, puesto que los creían descendientes de los dioses.

Tratemos de formarnos una idea de las cualidades y del carácter de los tartesios. Vemos por sus expediciones a la Bretaña, que serían navegantes audaces y mercaderes emprendedores. La gran actividad de su industria demuestra que tratábase de un pueblo mercantil por excelencia, ávido de ganancias, a la manera de los cartagineses, y bien distintos de los iberos, cuyo principal defecto era una indolencia sin límites. Si Tartessos acogía hospitalariamente a tirios y griegos, no lo hacía con la ingenua bondad de los salvajes, que no saben utilizar y emplear sus riquezas, sino con la liberalidad previsora del mercader, que siembra para recoger, ya que las transacciones con los extranjeros y sus colonias proporcionaban ganancias. Más tarde se dedicaron solamente a las artes de la paz y su poderío militar se deshizo por completo.

Todo esto nos da la imagen de un pueblo de civilización muy antigua, donde florecían la industria, el comercio y la agricultura, y que había sabido unir a todas las tribus andaluzas en un solo gran imperio, que obedecía a un rey y que respetaba las leyes, que poseía una literatura antigua, que daba hospitalidad a los extranjeros, pero que era incapaz de defenderse contra extraños conquistadores. Todos esos rasgos, uno por uno, están en absoluta contradicción con el modo de ser de los iberos. En éstos, en lugar de grandes ciudades, nos encontramos una división en infinitas tribus y poblados; en vez de un gobierno monárquico, una libertad anárquica y un desdén absoluto por el comercio, la industria, la literatura y las artes; en vez de un afable acogimiento de los extranjeros, una agresividad de guerreros incultos, con carácter semi-bestial en las tribus que poblaban las montañas. Por consi-

guiente, de haber sido iberos los tartesios, sólo tendrían de ellos el nombre. Ni aun identificándolos con los ligures podremos explicarnos su antigua cultura, porque los ligures eran no menos bárbaros que los iberos. Y si quisiéramos explicarnos esta cultura antigua y elevada de Tartessos como traida por los navegantes orientales, tendríamos que admitir que esa influencia se ejerció desde muy temprano, y que era tan honda que fué capaz de transformar a unos bárbaros en un pueblo culto, lo cual es inverosímil. No; tenemos que volver a la hipótesis de *que Tartessos no fué una ciudad indígena, sino de origen extranjero, una colonia antigua de navegantes orientales*, precursores de los tirios. Como tales hay que considerar, en primer lugar a los cretenses, porque la existencia de Tartessos hacia 1500 años antes de J. C. coincide precisamente con la época del florecimiento de la cultura y del poder marítimo de Creta. Todo encaja, pues, en Tartessos con las características de colonia oriental, mientras que nada concuerda con los iberos. La industria, el comercio y la navegación eran los elementos vitales también de los cretenses. Como Tartessos era una ciudad grande, una ciudad-estado, un reino, así lo era Creta en tiempos de Minos; también Creta poseía rasgos aristocráticos en su vivir, y por último la antigua escritura de los tartesios conduce también hacia Creta, pues ésta tenía ya 2000 años antes de J. C. una escritura.

Si la escritura tartesia no era autóctona—y todos los indicios son de que no lo fuera—no podría tener otro origen que el cretense, porque entonces no existía otro pueblo culto que atravesara los mares. También nos recuerda a Creta el culto al toro y a los astros.

Siendo, pues, Tartessos una colonia de navegantes orientales, se puede suponer que la gobernaba una minoría—como hoy Inglaterra en la India—y el resto de los habitantes seguía siendo lo que eran: iberos. Porque un pequeño número de colonizadores, suponemos que algunos millares, no habrán podido convertir en tartesios a los indígenas, como más tarde los tirios no lograron hacerlos fenicios. Sin embargo, la influencia cultural sería grande, y únicamente así puede explicarse la cultura tan elevada existente en la Turdetania posterior comparada con la de los otros iberos.

Así se nos presenta Tartessos como un gran problema, muy importante para España y también para el Oriente y sus antiquísimas relaciones con el Occidente. La explicación de tantas dudas como todavía existen y el acrecentar nuestros conocimientos, en la actualidad bien pequeños, de la antigua ciudad, sólo cabe esperararlo de felices descubrimientos en el Oeste o en el Este, en particular por el descubrimiento de la ciudad misma. Por tanto, hay que hacer todo lo posible para encontrar a Tartessos, y esa posibilidad la estudiaremos ahora como final.

III

¿DONDE SE ENCONTRABA TARTESSOS?

Como decimos antes, Tartessos estaba situada en la orilla derecha del Guadalquivir, algo más arriba de la desembocadura. Como en el transcurso de 2000 años el río tiene que haber variado, es menester reconstruir idealmente el aspecto de la desembocadura de entonces. Este trabajo ha sido hecho por el geólogo Dr. Jessen, de Tubinga, bien documentado para semejante estudio por trabajos análogos en la costa aluvial del mar del Norte. Primeramente pudo comprobarse que el temor de que Tartessos hubiese sido engullida por el mar, era infundado, puesto que en la desembocadura la tierra no ha disminuido sino que al contrario ha aumentado. Además se comprobó que la desembocadura era entonces nueve kilómetros más ancha, llegando por el Norte hasta la torre de Salabar. La corriente de la costa, proveniente del Norte, ha añadido por aluvión un banco a la antigua meseta diluvial, que limitó al delta en la parte Norte y que llegó hasta la desembocadura del brazo occidental, teniendo unos 15 kilómetros de largo por 3 a 4 de ancho. Tiene el banco aluvial un espesor de 1 a 2 metros hasta las aguas subterráneas, pero está en su mayor parte cubierto por arenas más recientes. Este banco se colocó en forma de lengüeta delante del delta, estrechando la desembocadura del río. A este antiguo aluvión, la corriente fué añadiendo un banco nuevo, estrechando todavía más la desembocadura hasta dejarla en la anchura de hoy. El antiguo aluvión se diferencia del nuevo por su color más obs-

curo, debido a su mayor antigüedad. El nuevo aluvión lo constituyen arenas sueltas y blancas. Lo mismo puede observarse cerca de Huelva, donde el Odiel, por uno de esos bancos, fué desviado hacia el Sur. Va aquel banco aluvial de Norte al Sur, desde la desembocadura occidental hasta el Cerro del Trigo, donde una duna con dirección de Este a Oeste indica la orilla antigua de la desembocadura.

Ahora bién, la cuestión es saber si ya existía esa orilla en tiempos de Tartessos, y si entonces Tartessos estaba entre Salabar y Cerro del Trigo, o bien si se encontraba en otra orilla intermedia, más hacia el Norte. Tal hipótesis debe ser excluida y admitirse en cambio que la orilla Salabar-Trigo fuera la de Tartessos, *porque allí se encuentran restos de una antigua población*, de mayor tamaño (lo que por su parte también señala la línea de la antigua orilla, porque todas las ciudades en esta región están situadas en las orillas del río). Una pequeña excavación que hice demostró su origen romano, de manera que este banco aluvial ya existía en tiempos romanos. Esta edad nos la confirma Estrabón, quién, por fuentes más antiguas, indica la cifra de 100 estadios para la distancia entre las dos desembocaduras, lo que representa 18 kilómetros, y que coincide muy bién con la distancia entre Salabar y la antigua desembocadura occidental en Matalascañas. Pero esta orilla romana parece haber existido ya desde mucho tiempo antes, en tiempos de la fundación de Tartessos, hacía 2000 años antes de J. C., porque más al norte no se puede distinguir otra orilla más antigua. También se corresponde esta forma de la desembocadura con la descrita por el Periplo, el cual es del 500 antes de J. C. aproximadamente y la llama un ancho golfo (*sinus tartessius*).

Como precisamente junto al Cerro del Trigo, es decir en la orilla antigua, encontramos aquella población antigua, se nos permitirá relacionarla con Tartessos. Ciertamente la pequeña excavación no ha dado más que hallazgos romanos, pero eso habrá sido casual. Tal vez se encuentren en las proximidades cosas más antiguas tartesias. Se puede suponer que los romanos han empleado para sus construcciones los restos de la ciudad antigua como material de construcción.

Habrá que buscar las ruinas de Tartessos en el terreno entre el Pico del Caño, en donde el río daba una vuelta hacia el Suroeste, y Salabar, sobre una extensión de varios kilómetros, no pudiendo encontrarse más al oeste ni más al este, porque en el oeste está el mar, al que huirían por causa de las altas mareas, y al este del Pico del Caño está la marisma, la cual al ser inundada no resulta terreno apropiado para la fundación de ciudades. Así puede muy bien esperarse que se encuentren restos de Tartessos al excavar por completo aquella población romana.

Supuesto que Tartessos estuviera en el sitio de la población romana, es probable que se encuentren cimientos y cerámica tartesia; y si estuvo sólo en las inmediaciones y fueron empleados aquellos para la edificación, habrán de encontrarse fragmentos de arquitectura tartesia, inscripciones, etc.

Lo que no cabe es pensar que Tartessos desapareciera totalmente, sin dejar rastro, ni que se llevarían todos sus restos para otra construcción. Repito que una ciudad tan grande no puede desaparecer por completo; y con sólo poder afirmar su verdadero emplazamiento, la ciencia ganaría ya mucho.

S U P L E M E N T O

(Véase el mapa)

Me parece oportuno añadir a lo dicho antes y en el folleto publicado en 1922, los resultados de las excavaciones realizadas por mí durante el verano de 1923, en unión del general Dr. Lammerer, que levantó un plano detallado del coto de Doña Ana, y del señor Bonsor, el benemérito explorador de Carmona y de las sepulturas de cúpula en el valle del Betis. Nuestros trabajos de excavación se deben al interés que el Excmo. señor Duque de Tarifa, dueño del Coto, ha puesto en el descubrimiento de Tartessos.

Ha sido comprobada la posición que el geólogo Dr. Jessen daba al brazo este del río Guadalquivir, pues dice que la ribera norte de este brazo corresponde a la orilla del aluvión antiguo, entrando el río en el mar cerca de Torre de Salabar. Que es así, está corroborado por el hecho de que los cien estadios —18 kilómetros— que

según Estrabón: hubo entre las dos embocaduras del río, convienen con la distancia entre el brazo oeste (descubierto por Bonsor) y Torre de Salabar.

Habiendo yo demostrado en mi libro «Tartessos» (Hamburgo, 1922), que dicha ciudad estuvo emplazada en la ribera norte del brazo este, resulta que a Tartessos se la debe buscar entre Torre de Salabar y Pico del Caño, y con más probabilidades de éxito entre Cerro del Trigo y Torre de Salabar, porque allí estaba más al abrigo de los temporales y de los piratas. Resulta que Tartessos debe estar cerca de las ruinas del poblado romano descubierto junto Cerro del Trigo. Pero la relación entre este poblado romano y Tartessos es aún más estrecha. *Parece seguro que dicho poblado fué construido con materiales procedentes de Tartessos*; porque habiendo sido acarreadas las piedras desde muy lejos—según los estudios del geólogo Jessen, de Sierra Morena y de la costa de Cádiz—¿puede admitirse que unos pobres pescadores—(tales debían ser los del poblado romano)—iban a traer el material para sus casas de lugares tan distantes para establecerse en aquel desierto?—¡No!—Que ellos se asentaran allí y no en la ribera opuesta de Bonanza y Sanlúcar de Barrameda, donde tenían piedras de sobra, sólo se explica suponiendo que tuviesen próxima una cantera cómoda, es decir, las ruinas de Tartessos. Por el contrario, se comprende que los tartesios trajesen las piedras de lejos, porque tenían muchos barcos para transportarlas; y se debieron establecer allí mismo, para dominar al propio tiempo el río y el Océano y porque la isla entre los dos brazos les defendía mejor que ningún otro punto.

De lo expuesto se desprende, que excavando el poblado romano se pueden encontrar vestigios de Tartessos, como fragmentos arquitectónicos, inscripciones, etc. Por este motivo, el poblado, que por si mismo no ofrece mucho interés, se debe explorar hasta la última piedra. De él ya han salido restos de construcciones antiguas, como cornisas de marmol, etc., que pueden ser romanas, pero también pudieran ser tartesias.

El poblado se presenta como si hubiese sido habitado por pescadores—(se han encontrado cuatro piletas para salazones)—y bas-

tante pobre de edificación, con muros de mampostería sin cal; y los restos son también pobres: poco de metal, unas setenta monedas de cobre, etc. Las monedas, por datar de los años 200 al 400 después de J. C., demuestran que el poblado fué construido en el tercer siglo y estuvo habitado hasta el quinto. Su extensión es de unos 500 metros de Norte a Sur y de 200 de Este a Oeste. Extraña que el poblado esté distante de la ribera antigua unos 500 metros; pero esto se comprende por las riadas o crecidas del río, y en efecto el poblado está unos cuatro metros más alto que la ribera, es decir, fuera de todo peligro de inundación.

Que este poblado debe ser puesto al descubierto con el más grande cuidado, lo evidencia el hallazgo que resultó en el último día de las excavaciones. Es un anillo pequeño de cobre—(18 milímetros de diámetro, 56'6 de circunferencia y 5 de ancho)—, en el cual, por fuera y por dentro está grabada una *inscripción en letras desconocidas* (*). La inscripción no es ni ibérica, ni fenicia, ni griega y tampoco corresponde a otro alguno de los alfabetos conocidos. De las 13 letras diferentes, 6 se parecen a las griegas, pero las demás no lo son. Algunas se asemejan a las de la escritura, también desconocida, de las monedas de nueve ciudades de la provincia de Cádiz, extremo sur de la Turdetania (Baelo, Lascuta, Asido, etc.) estudiadas por Zobel de Zangroniz y Delgado. Con su escritura desconocida el anillo es un enigma. ¿Corresponderán sus letras a aquella escritura tartesia, de la cual habla Estrabón diciendo que era diferente de la de los iberos? A juzgar por la inscripción interior, que repite tres veces la misma palabra, el anillo parece haber servido como amuleto.

Y termino con el deseo de que el anillo también a su nuevo dueño, el señor Duque de Tarifa, le traiga suerte y le brinde la resurrección de Tartessos.

ADOLFO SCHULTEN.

(*)—Publicada en la *Revista de Occidente*—Octubre de 1923, y con más exactitud en *Archaeol. Anzeiger* (Berlin) 1924.

Un pedagogo español.

Narganes de Posada.

Entre las varias formas de la investigación histórica, pocas podrán alcanzar mayor valor en nuestra patria que la que se dirige a levantar del olvido a aquellas figuras preclaras de nuestra raza que trabajaron intelectualmente con el brillo peculiar de los cerebros privilegiados y para las que la posteridad no reservó el lugar que merecían en la historia del desenvolvimiento intelectual.

A este fin se dirigen estas páginas, escritas por un maestro de hoy para honrar a un educador de ayer. Si al historiar las diferentes ramas del intelecto español se notan vacíos pavorosos que ofrecen al patriota joven y culto, ancho campo de investigación, de una manera particular se sienten estas lagunas cuando se trata de historiar las ideas pedagógicas de nuestro país y de conservar el recuerdo de los educadores que las sustentaron y de las escuelas en que se realizaron.

Levantar el velo que nos oculta nuestro pasado pedagógico, es labor meritoria a la que los jóvenes que sientan predilección por los estudios pedagógicos deberán dedicarse, sin sentir desmayos, ni esconder su pereza en modestos razonamientos y en débiles protestas de poquedad intelectual.

Lo ha dicho con su pluma maravillosa el portento de la Histología Ramón y Cajal: «La ciencia como los ejércitos, necesitan generales y soldados; aquellos conciben el plan, pero estos son los que positivamente ganan la batalla».

Y a guisa de soldados, y como trabajo que había de poner fin a nuestra carrera, hace ocho años que pusimos nuestros anhelos en conocer cuanto nos fuera posible hallar de un español de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX que se llamó Narganes de Posada, educador, escritor, político, fraguador de conspiraciones y militante ingénuo del liberalismo, pe-

riodista de los que fundaron la recia estirpe del periodismo español... y siempre patriota recio y siempre maestro exaltado y siempre lamentando el dolor de la raza, sin dejar de ser optimista en los remedios, confiando en la generosa resistencia que al desastre patrio ponen cuantos nacen en el solar español.

¿Porqué interesan Narganes y su obra?

Una de las dificultades que hemos encontrado para averiguar algunos datos referentes a la vida del pedagogo español, ha sido la agitación y al mismo tiempo el misterio de la época en que vivió, unido a la restricción impuesta a la enunciación y divulgación de las ideas, por una parte; y por otra, la circunstancia de que Narganes como liberal y aferrado a las cosas e ideas de la Enciclopedia, se pasó una buena parte del periodo más activo de su vida fuera de España. El misterio, como digo antes, en que se desenvolvían las aspiraciones políticas a comienzos del siglo XIX, sintetizado en las sociedades masónicas, ha sido otro de los obstáculos con que hemos tropezado en la marcha de nuestro trabajo; habremos leído seguramente escritos de Narganes, sin saber que eran de él, por la costumbre de tomar nombres simbólicos que tenían los que figuraban en logias y demás sociedades secretas.

Pocos datos hemos podido encontrar acerca de la vida y obras del pedagogo español, pero el hecho de ser, según nuestras noticias, el primer trabajo crítico que sobre él se hace y las dificultades antes expuestas creemos que abonarán nuestra intención, ya que no el resultado total del trabajo.

Casualmente, cuando buscábamos un trabajo publicado en el «Boletín de la Institución Libre de Enseñanza» correspondiente al año 1893, nos encontramos conque en dicho tomo y en el siguiente se habían publicado las cartas que Narganes había dirigido desde Soréze a un amigo que vivía a la sazón en la Corte; y al fin de ese trabajo una nota debida al eminente polígrafo español don Marcelino Menéndez Pelayo, con algunos datos acerca de la vida de Narganes, datos que aunque escasos nos han servido para reconstruir en parte, los momentos de su vida que más puedan interesar.

El valor que Narganes pueda tener, no es tanto por lo que él individualmente fuera, que indudablemente fué uno de los hombres más cultos de su época en España, sino por las circunstancias de su vida y éste es precisamente el valor de sus cartas, escritas con la claridad del que nada teme, por encontrarse fuera de España y en las que resplandece al mismo tiempo un entusiasmo, que a veces lo hace exagerar y que expresa bien claramente el elevado patriotismo del que escribe.

Por otra parte Narganes ha vivido la vida de colegio; no es un aficionado a las cosas de educación, un teórico que en un momento de inspiración escribe un proyecto de educación e intenta destruir lo existente; no. Narganes ha sido maestro y lo que puede hacerle valer más ha comparado con otra nación; ha conocido si no personalmente, al menos en sus obras e ideas, a los hombres de más valor mental de nuestra patria, ha tratado ilustres maestros españoles y extranjeros y demuestra claramente conocer la organización de universidades y colegios (Valencia, Vergara, Murcia). Narganes es seguramente en su época, como antes decimos, no solo uno de los hombres más cultos, sino uno de los más preparados para el ejercicio de la educación

En las escasas páginas de su obrita cita a Luis Vives y a Rousseau, a Pestalozzi y a Condorcet; se ve claramente que conoce a Jovellanos y sobre todo que dispone de una cultura clásica y filosófica bastante extensa.

En Narganes hay que distinguir claramente lo que es protesta contra las ideas de educación imperantes en nuestra nación y lo que es su ideal; y si lo uno es sumamente interesante como documento de valor histórico para la Historia de la Pedagogía, su ideal tiene valor, porque como dice en una nota de la redacción, el «Boletín» en que se publicaron las cartas de educación: «Creemos de gran interés la reproducción de estas cartas como un documento histórico que muestra las ideas de un enciclopedista español, juzgando, con conocimiento de causa del estado de estos asuntos en su país; viéndose fácilmente que algunas de sus observaciones son, después de pasado un siglo, todavía bien dignas de meditarse». («Boletín de la Institución Libre de Enseñanza», año 1893, pág. 150).

La parte mas simpática de su trabajo pedagógico y en las que muestra bien a las claras su espíritu liberal, es la referente a la disciplina escolar. Precisamente en uno de los párrafos en que rebosa su indignación por el modo de tratar a los niños en nuestras escuelas, hace un llamamiento al santo pedagogo de Zurich, y al autor de Emilio. «¿Que hubiera dicho el preceptor de Emilio, y que dirías tu ¡oh buen Pestalozzi! si visitaras las escuelas de España, y vieras la niñez, la preciosa niñez, objeto de tus estudios y de tu celo, tratada de un modo tan bárbaro y tan atroz; y si oyeras dar a esta carnicería el sagrado nombre de educación? ¡Qué agüero tan funesto formarías para la patria que ha de tener algún día semejantes ciudadanos!» (Bol. Ins. Libre pag. 152. año 1893)

Narganes pertenece a ese grupo de hombres cultísimos que brillaron a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, que gastaron una gran cantidad de energías, que de haber nacido en otra época mas tranquila hubieran empleado en sus propios estudios y trabajos, en conspiraciones continuas, en luchas políticas, en batallas por mejorar el medio ¡el medio que era tan inferior a ellos! Esta y no otra era la causa de aquellas luchas en que

tan activamente intervino Narganes; pensaba éste como un hombre del siglo XX y en cambio el ambiente de España en aquella época, desde el punto de vista cultural, de la educación, de la ciudadanía no era ni con mucho lo que correspondía al siglo XIX, y así inútilmente aquellos hombres aspiraban a adaptar el medio a ellos, ya que absurdo y hasta bárbaro les parecía el adaptarse ellos a aquel medio.

Narganes fué un afrancesado.

Todas las circunstancias de su vida fueron propicias a esta aproximación a las cosas de Francia. Educado en el Real Seminario de Vergara, plantel de liberales y enciclopedistas, como dice el insigne Menéndez Pelayo, desde niño no vió a su alrededor sino un culto extraordinario a las ideas y cosas de Francia, singularmente a los enciclopedistas; su destierro durante muchos años, destierro al parecer voluntario, durante el cual vivió en un foco de cultura liberal netamente francés y otras circunstancias que veremos en su biografía, son causas más que suficientes para explicar este afrancesamiento.

Lo que sabemos de su vida. — Vergara y Soréze

Narganes de Posada, nació en San Vicente de la Barquera provincia de Santander; según cálculos aproximados debió de nacer entre el 1768 y el 1770 (Desconozco exactamente la fecha de su nacimiento a pesar de haber escrito dos cartas a personas significadas de San Vicente, por si en la Parroquia rezaba algún dato que nos pusiera en conocimiento de la citada fecha, de su familia etc. así mismo le he escrito al Rector del Real Seminario de Vergara por si en aquel archivo existe algún dato o documento de valor para este trabajo; de ninguna de esas cartas he recibido contestación, lo que parece indicar carencia de datos dado que al Rector de Vergara también escribió recomendando el asunto un antiguo alumno del histórico colegio. Posteriormente hemos hecho otras indagaciones con personas de San Vicente y el resultado no ha sido favorable para la certeza en la fecha del nacimiento de nuestro pedagogo.)

Fué Narganes alumno del colegio de Vergara y luego profesor, y de esto sí conocemos la fecha porque en sus cartas fechadas en Soréze, la tercera en 20 de Septiembre de 1807, dice; «Esta clase de establecimientos (colegios) es la que más he estudiado. Pasé quince años en el menos malo de España y hace seis que soy profesor en uno de los más célebres de Europa».

Facilmente puede deducirse que entró en el Real Seminario a comienzos del curso de 1784 a 1785 y que cuando terminó sus estudios continuó de profesor hasta 1801, que fué de profesor a Soréze.

El antiguo colegio de jesuitas de Vergara, a instancias del Conde de Peñaflorida, presidente de la Real Sociedad Vazcongada, fué puesto a dis-

posición de aquella corporación por Real cédula de 19 de Agosto de 1769, para establecer en él una casa de educación con destino a la nobleza, y en cuya puerta principal había de ponerse el escudo de las armas reales, dándose la denominación de Real Seminario. Por dificultades y obstáculos propios de la época, a la par que por escasez de recursos no empezó a funcionar completamente el establecimiento hasta 1776.

«El colegio, dice Gil y Zárate, adquirió en poco tiempo justa celebridad y en 1786, es decir diez años después, tenía 134 alumnos internos y 80 externos. Acudían a él de toda la península y de América, hasta 1794 en que los alumnos disminuyeron por la sublevación de los Estados Unidos y por la revolución francesa, siendo disuelto el establecimiento»

Narganes se formó en Vergara y allí rodeado de una juventud distinguidísima y de profesores estusiastas, se moldeó su caracter y se formó el círculo de sus ideas, entusiásticamente liberales y como antes digo fránicamente afrancesadas; en el viejo edificio por el que han desfilado tantas generaciones de jóvenes españoles pasó su juventud sintiendo latir bien de cerca aquel raro entusiasmo por la cultura y por la europeización que sentían los contemporáneos de Carlos III.

El plan de estudios del colegio era de lo más completo que para su época podía imaginarse: Primeras letras, Gramática y Literatura, Lógica y Metafísica con Filosofía moral; Geografía e Historia con Cronología y Nociones de Física e Historia Natural, aprendidas estas últimas ciencias con gabinetes y laboratorios producto de la labor noble y desinteresada de sus patrióticos fundadores. Se estudiaban así mismo las matemáticas, idiomas (francés, inglés e italiano) Dibujo, Economía política y baile, esgrima, música y equitación como ejercicios de adorno.

En 1796, siendo profesor del establecimiento Narganes de Posada, volvióse a abrir el Seminario, pero decayendo enseguida de su antigua gloria porque el Gobierno le retiró la pensión de 39.000 reales con que había dotado al colegio con el exclusivo fin de sostener gabinetes y laboratorios de Ciencias, los mejores a la sazón en España y de los primeros en que se hizo una labor educativa, en el sentido que modernamente se consideran las ciencias naturales. Encargado de la dirección don Miguel de Lardizabal y Uribe, hombre de grandes entusiasmos y contando con colaboradores entusiastas como el químico Proust (que por cierto hizo en su laboratorio la primera fundición del platino) el humanista don Martín Erro, del matemático valenciano Más y del fabulista Samaniego, contando así mismo con la adhesión entusiasta de Narganes y con otros profesores distinguidos por su radicalismo exagerado, como Santibañez, que en un libro titulado *Reflexiones imparciales de un español a su nación* publicado en Francia (1793) se muestra apasionado radical y pide una representación nacional a la moderna; como así mismo Foronda y Eguía Corral que se

distinguían en idéntico sentido. Con todos estos elementos volvió a resurgir y a brillar el por entonces amortiguado y decaído seminario.

Tratando de esta época del Colegio de Vergara dice el señor Altamira: «La costumbre de la nobleza de enviar sus hijos a Francia, a Bayona, Tolosa, Paris y sobre todo Soréze, hicieron nacer influencias francesas que encarnaron en establecimientos como el Seminario de Vergara, de tono muy radical y en el que figuraron hombres tan significados después como Santibáñez, Narganes, Foronda y Eguía Corral». (Pág. 149 del tomo IV de su «Historia de España y de la Civilización Española».)

Como vemos por las anteriores líneas, Narganes vivió los años que más pudieron influir en la dirección posterior de su vida en un núcleo intenso de vida intelectual; de allí salió para Soréze en donde desempeñó las cátedras de Ideología y Literatura española. Si en Vergara comenzó el ejercicio de la enseñanza y recibió los primeros gérmenes de su liberalismo, en Soréze se ampliaron sus ideas y conocimientos pedagógicos y se desarrolló su ideal político, dada la atmósfera liberal con sus pujos de revolucionaria, dominante a la sazón en el colegio del Tarn.

El colegio de Soréze de fundación muy antigua (1682) alcanzó su mayor prosperidad de 1791 a 1824, bajo la dirección de los hermanos Francisco y Raimundo Ferlus.

El colegio es un vasto edificio compuesto de varios cuerpos, que con los hermosos jardines, paseos y terreno que le rodean es casi tan grande como el mismo Soréze.

Ha sufrido muchas alternativas, clausurándose más de una vez antes del siglo XIX, y en 1757 un fraile Victor de Fougères fué encargado de organizar un colegio, en donde poner en práctica un plan de educación meditado por él. Fué este fraile quien hizo construir el colegio tal como existe actualmente, con su gran puerta monumental, sus vastas salas de recreo y estudio, sus tres grandes patios, el parque etc.; pero Fougères, hombre de ideas demasiado liberales sobre educación, organizó la disciplina y plan de estudios del colegio con tan amplio espíritu que incurrió en el desagrado de los superiores de la orden, que lo destituyeron.

Francisco Ferlus era el director del colegio en el tiempo en que Narganes explicaba Ideología y Literatura. De lo que se enseñaba en dicho establecimiento da idea el siguiente párrafo del *Grand Dictionnaire Universel de XIX siècle*: «Salvo las modificaciones inevitables que impuso la revolución se organizó todo como anteriormente lo había estado; artes de adorno al mismo tiempo que las ciencias, las matemáticas, bellas letras, lenguas muertas y varias de las vivas... esgrima, equitación, baile y natación; no se abandonó nada de lo que puede dar al hombre un alto grado de cultura y de distinción. Un Ateneo de emulación, en el que se era recibido como en la Academia, por elección, fué instituido por Francisco»

Ferlus, lo que con las representaciones dramáticas y los ejercicios públicos de fin de año, se añadían a la variedad de medios educativos empleados en Soréze, con el fin de formar verdaderamente hombres de iniciativa y corazón».

Seguramente que hasta 1810 en que aparece Narganes en Madrid debió estar en Soréze, respirando esta atmósfera de modernismo, de afanes de cultura, de amor a la escuela y a la educación general que luego se manifestaron en sus luchas políticas y periodísticas.

Narganes ha sido ante todo un profesor, dedicado de lleno a la enseñanza; a ella sacrificó toda su juventud y es en la época de su madurez, casi en la vejez cuando lo vemos desviado de este camino. «Bien sabes, le dice a su amigo en una de las cartas sobre educación, que he pasado toda mi vida en las escuelas, o como discípulo, o como maestro.»

En Soréze hubo algo extraordinario con relación a los demás establecimientos de educación de la época, como lo prueba el informe que el inspector general Laurentie, dió sobre el colegio en tiempos de Raimundo Ferlus, hermano de Francisco y sucesor a la muerte de éste en la dirección del centro; informe que ocasionó su clausura en 1823.

En este informe se hace la enumeración de las irregularidades que se notaban en la vida interna del establecimiento. Los alumnos, se afirma, no solo no son estimulados en sus sentimientos católicos, sino que más bien se les incita a abandonarlos por el ejemplo de indiferencia religiosa que les dan su profesores; se afirma así mismo que algunos profesores vivían irregularmente, que se pasan el día en casas de juego y que la disciplina está tan relajada que se deja a los alumnos leer toda clase de libros. «Respecto a los principios políticos del colegio de Soréze, dice Laurentie, el espíritu dominante de este colegio es un espíritu de liberalismo y de oposición a los principios del gobierno monárquico, como lo prueba el hecho de que de cuarenta profesores, sólo seis sustentan opiniones conformes con la monarquía legítima, los demás no sólo opinan en contra sino que tratan de imponer ese criterio a sus alumnos».

Es curioso que uno de los cargos que dirige contra el colegio es que un profesor dió a sus alumnos como tema de composición en Retórica «los daños que puede traer la intervención en los asuntos de España». La escuela se cerró a consecuencia de este informe. (Fechado en Tolosa. 16 Octubre 1823), Ferlus fué destituido y aunque repuesto después de la revolución de Julio, no pudo ya el colegio volver a adquirir su pasada importancia, sostenida en parte por los españoles y americanos que enviaban allí sus hijos a estudiar.

Esta costumbre de enviar a los hijos de nobles españoles a estudiar en Soréze o en otros colegios franceses mereció la sátira de Jovellanos (1), dirigida a Arnesto y en la que se lee lo que sigue:

(1) Obras escogidas de Jovellanos, Biblioteca clásica, pág. 227 del tomo III.

¿Será mas digno, Arnesto, de tu gracia
un alfeñique perfumado y lindo,
de noble traje y ruines pensamientos?
Admiran su solar el alto Auseva,
Linia, Pamplona o la feroz Cantabria,
mas se educó en Soréze; París y Roma
nueva fe le infundieron, vicios nuevos
le inocularon; cátales perdido.
No es ya el mismo; ¡oh cual otro el Bidasoa
tornó a pasar ¡cual habla por los codos!

Nárganes en Madrid. — La Masonería y el periodismo

En 1810 volvió a España Narganes y sin duda es en esta época cuando comienza su vida de político, manifestada con su intervención activa en la masonería. Narganes se muestra en esta época claramente partidario de Francia y entusiasta de las ideas liberales. Menéndez y Pelayo, lo dice claramente en las notas a que hice referencia al comienzo de este trabajo. «Vuelto a España fué afrancesado y venerable en la logia de Santa Julia (nombre puesto en honor de la mujer de José I), domiciliada en la calle de las Tres Cruces».

Sabido es que los españoles de ideales más avanzados de esta época, merecieron de sus contemporáneos, más apegados a las ideas tradicionales, la tacha de malos patriotas por su apego a las ideas importadas de Francia. El movimiento no era nuevo, procedía de la época del despotismo ilustrado, personificado en España por Carlos III. «La influencia de los enciclopedistas en España y de las ideas de la revolución, dice el señor Altamira, fué bastante grande y fructificaron en nuestro país como lo demuestra el que algunos políticos nuestros mantuvieran relaciones de amistad con algunos reformistas de allende el Pirineo y aún nobles como el duque de Alba que sostuvo correspondencia con Rousseau, el duque de Villahermosa con Beaumarchais, Galiani con D'Alembert, el Marqués de Miranda con Voltaire, etc». (Página 149 del tomo IV de su «Historia de España y de la Civilización Española»).

Narganes, como antes digo, tomó una parte muy activa en el movimiento de aproximación a un régimen liberal, aunque fuera francés. La logia Santa Julia era un foco de afrancesados, como que el director y organizador de las logias masónicas Azanza fué ministro con José Bonaparte, en unión de Urquijo, Cabarrús, Mararredo y otros, no dejando de tener simpatías hacia estas opiniones, hombres eminentes en su época, tales como Meléndez Valdés, Cambrónero, Moratín, Amorós y Lista.

La logia de Santa Julia era la más célebre y conocida, existiendo un libro y actas (que parecen hallarse o se hallaron al menos en la biblioteca del que fué Director de la Real Academia de la Historia, excelentísimo señor don Antonio Benavides) en los cuales se describen varias fiestas celebradas para conmemorar algún acontecimiento masónico y sobre todo para manifestar ideas y tendencias políticas.

En una de esas fiestas, probablemente siendo venerable Narganes de Posada (así lo afirma don Marcelino Menéndez y Pelayo) se cantó un himno, curioso por lo inocente, que a fuerza de ser afectado, resulta.

Del templo las bóvedas
Repitan el cántico
Y al acento armónico
Unid los aplausos.

—
Abracemos sinceros
Con afecto cándido
Los dignos M M (1)
Que vienen a honrarnos.

—
Talleres masónicos
Procurad enviarnos
Testigos pacíficos
De nuestros trabajos.

—
Exaltad de júbilo
Obreros julianos
Y aplaudid benévolos
Favores tamaños.

El venerable al final de la fiesta en que se cantó ese himno y después de su correspondiente discurso propuso que se abriese un concurso para premiar la mejor memoria que se presentara sobre el tema. «¿Cual será la influencia de la masonería en la felicidad de España?»

Si Narganes no era venerable de Santa Julia por esta época, al menos ocupaba ya una alta dignidad masónica y con frecuencia hablaba, habiendo leído así mismo, en fiestas semejantes a la que me he referido (que fué el 28 de Mayo de 1810) algunas composiciones poéticas, para las que tenía facilidad el batallador pedagogo.

(Los folletos en que están escritos algunos discursos y otros trabajos de Narganes, no me ha sido posible encontrarlos; he recorrido las bibliotecas más importantes de Madrid y ni aún en la Nacional apesar de que

(1) Esto creo que significa masones.

las he buscado en gran número de legajos de documentos y libros de la época, he encontrado la menor referencia o alusión a nuestro pedagogo).

En 1814 al terminar el primer período constitucional y comenzar las persecuciones, que redujeron a prisión a los hombres más eminentes de la política y de las letras, y que al año siguiente fueron condenados a presidio (Arguelles, Calatrava, Torrero, Nicasio Gallego etc.), Narganes que indudablemente se salvó por la ligereza de sus piés, emigró a Francia y de esta etapa de su vida nada sabemos, aunque es muy probable que fuera a Soréze con cuyo director le unían tan antiguos y sólidos lazos de compañerismo.

En 1820, coincidiendo con la amnistia concedida, al comenzar el segundo período constitucional, volvió Narganes a Madrid y esta es la etapa más activa de su vida política, manifestando esta actividad en su colaboración en algunos periódicos políticos, en los que alcanzó justo renombre, por su cultura y laboriosidad.

En *El Universal* fué en el primero que como redactor-jefe prestó sus servicios don Manuel J. Narganes, de cuyo periódico dice Mesonero Romanos: «El *Universal* fué el primero que se apoderó de la batuta en el concierto de la prensa periódica, apadrinado por sus redactores Narganes y Galdeano, Rodríguez y Caborreluz y otros varios, todos los cuales hicieron sus pruebas de doctrinarismo y de resistencia al desbordamiento de la pasión política; pero eran poco fuertes en la lucha que hubieron de sostener con otros diarios avanzados, si bien defendiendo con decoro sus opiniones y sus doctrinas, y explicando a su modo la Constitución vigente y los decretos de la Córtes» (pág. 229 de su libro, *Memorias de un setentón*). Por el tamaño desconocido hasta entonces, le llamaban a dicho periódico el *sabanón*, y llegó a ser el más conocido de los periódicos de la Corte, por su seriedad, llegando a tener una numerosa clientela «que se apresuraba a suscribirse en su redacción, sita en la calle del Arenal, frente a la plazuela de Celenque» a pesar de la defensa ardiente y un tanto parcial que hacia de los afrancesados.

Es este un período de luchas políticas, de apasionamientos sectarios en los que sin duda debía encontrarse descentrado Narganes, después de los largos años que había dedicado a la tranquila y dulce tarea de ilustrarse e ilustrar a los demás. Narganes era liberal, pero muy moderado en sus tendencias políticas y parece un poco extraño que pudiera sobrellevar durante algunos años la lucha con una política procaz, que comentaba los chistes e insultos de *Zurriago*, con una sonrisa de benevolencia y que con su hermano *El Tercelora* «alcanzaron la funesta gloria de desmoralizar políticamente al pueblo y hacer descarrilar la revolución hasta lanzarla al abismo» (del libro citado «*Memorias de un setentón*».)

En un libro publicado en 1822, titulado *Galeria en miniatura de los*
BRAC, 7 (1924) 29-55

periodistas, folletinistas y articulistas de Madrid por dos bachilleres y un dómine, (pseudónimo del que fué más tarde célebre poeta dramático don Manuel Eduardo Gorostiza, que emigró en 1823 a su patria, Méjico, llegando por su talento a ocupar los más altos puestos de aquel estado) se dice lo que sigue de nuestro pedagogo:

«Kalesdecopio periódico, camaleón articulista, oriflama de todo ministerio, brújula de todo pretendiente, cachetero de todo desventurado, almanaque diario que jamás olvida el santo del día ni el jubileo de la noche que precedió, escritor desinteresado, independiente, consecuente y demás cualidades terminadas en ente, figura de dómine, pudor virginal, moralidad cartuja, chiste áulico, conciencia política... la del señor Ayta.» (Pág. 8 de la antes citada galería).

El 1823, en los tristes momentos en que teníamos que soportar la desagradable visita de los cien mil hijos de San Luis, dejó de publicarse «El Universal» (23 de Abril de 1823) por el acuerdo de refundir los periódicos políticos madrileños en el «Diario de la Corte» único que se publicaba a la sazón y que se entretenía en pronósticos halagüeños o en fogosas inventivas contra los franceses, rusos, austriacos y prusianos, contra todo el mundo y en particular contra los ministros Meternich, Caning y Chateaubrian, culpables de la antes dicha visita de los ejércitos franceses.

«Se estampaban, en dicho periódico, diariamente muy escogidos artículos de política por sus redactores don Gabriel José García, (redactor de «El Espectador» en tiempos de «El Universal») y don Manuel Narganes y otros muchos, y discretas poesías del ilustre diputado don Joaquín Lorenzo Villanueva y de don Tiburcio Hernández (diputado también) célebre abogado de Madrid». (Pág. 285 de las «Memorias de un setentón»).

En este mismo año Narganes fué nombrado redactor de la «Gaceta de Madrid» con oficios de director.

Son los hasta aquí expuestos los datos concretos que hemos podido encontrar, referentes a la vida de Narganes de Posada y para ello hemos tropezado además de con las dificultades expuestas al comienzo de este trabajo, con una dificultad nacida de la condición de periodista en la época en que Narganes vivió la vida del periodismo madrileño; esta dificultad consiste en que Narganes no ha desempeñado cargo alguno oficial y pertenece a ese tipo de hombres de nuestra vida política, que es conocido por los hombres políticos más célebres de su época, que se aprecia su labor en lo que vale y que sin embargo ni en los periódicos de la época ni en los libros de carácter político suena su nombre para nada. Ha vivido en una semi-oscuridad tal vez nacida de su modestia, que parece ser general en los periodistas de ese momento histórico.

«Todavía no se había dado el caso de pasar desde la redacción de un periódico a un sillón ministerial, a un consejo o a una embajada; y en

efecto de los cuarenta nombres citados en el folleto satírico de Gorostiza, ninguno vemos condecorado con altas dignidades... ni Argüelles, ni Martínez de la Rosa, ni Calatrava, etc., fueron periodistas jamás.» (Obra citada de Mesonero Romanos).

El libro de Narganes. — Las cartas sobre educación

Tres cartas sobre los vicios de la Instrucción pública en España y proyecto de un plan para su reforma. Este es el título del único libro que conocemos de Narganes, en el que está resumido su pensamiento sobre las cosas de educación en general y más particularmente su opinión sobre la educación nacional. Como antes digimos escribía estas cartas a un amigo y están fechadas en Soréze (1807).

Se publicaron en Madrid en la Imprenta Real año de 1809. Las dos primeras cartas son una ardiente protesta contra la realidad de nuestra educación, en todos sus grados y aspectos; la carta tercera es la exposición de un plan para la reforma de Instrucción pública. El libro es interesante por la libertad con que expone sus ideas y porque desde las primeras líneas se nota la cultura y autoridad del que las escribe; el estilo muy sintético carece de párrafos brillantes, pero en cambio las ideas son abundantísimas y testifican que el autor se mueve con gran facilidad en el campo de la educación y que le preocupan hondamente sus problemas.

El libro, como dice don Rufino Blanco, refleja que su autor tenía de nuestra educación un criterio exageradamente pesimista; pero en muchas ocasiones el lector (del siglo XX) se ve forzado a darle la razón por su tino al tratar de los problemas más candentes de la Pedagogía.

Sobre las escuelas primarias, sobre los colegios y las universidades, de los libros de texto y de los maestros, de los planes de enseñanza, de la libertad de enseñar, de todo se ocupa y sobre todo ello da su opinión ya mesurada, ya tal vez apasionada y fácilmente demuestra en todo ello que el que así piensa es un maestro que ha vivido luengos años la vida escolar y que ha pensado seriamente los problemas de la escuela y de la enseñanza en sus varios grados.

Expresivo del sentido un tanto demoledor en que está escrito el libro, son los versos con que a guisa de prólogo lo comienza:

Las casas del saber tristes reliquias
De la gótica edad, mal sustentadas
En la inconstancia de las nuevas leyes
Con que en vano apoyadas titubean
Piden alta atención. Crea de nuevo
Sus venerandas aulas—nada, nada

Harás sólido en ellas si mantienes
Una columna, un pedestal, un arco
De esa su antigua gótica rudeza (1).

Quintana se hace eco de este verso de su maestro, colocado al frente de un libro sobre la educación, en el discurso que pronunció en la Universidad Central el día de su inauguración. El siguiente párrafo de su oración claramente lo demuestra: «Grítese en buen hora en una declamación o en un poema contra las casas del saber; dígase que se echen por el suelo, y que de su antigua gótica rudeza, no quede ni una columna, ni un pedestal, ni un arco solo. Esto fuera bien cuando estuviese ya pronto y dispuesto otro edificio culto y elegante en que abrigar los estudios; más no le habiendo, fuerza era mantener los establecimientos antiguos, a lo menos para no sentir los males consiguientes al vacío de la educación; porque en todas las cosas, pero principalmente en la instrucción pública, vale más mejorar que destruir, a menos de querer exponerse a perderlo miserablemente todo.»

En el prólogo expone Narganes la causa originaria de su obra, que no fué otra que un desacierto del gobierno; piensa que las revoluciones políticas, al paso que sacan a los pueblos de la languidez y apatía les imprimen un movimiento que los lleva hacia lo grande y lo bello; confía en la ilustración del Rey e invita a las personas que hayan meditado sobre esta importante materia a seguir su ejemplo, publicando el fruto de sus observaciones y ayudando de este modo al gobierno en sus reformas.

La primera carta comienza diciendo que el plan que acababa de dar el gobierno es lo que debe ser, puesto que este funda su autoridad en la estupidez de los gobernados. El plan, del que tan enérgicamente protesta Narganes es el de 12 de Julio de 1807; el conde de Toreno cita este plan, en su «Historia del levantamiento y guerra de España contra Napoleón,» como cargo contra su autor Caballero y piensa que con él quiso contener el vuelo del pensamiento y establecer un sistema de opresión en los estudios. Pero don Antonio Gil de Zárate, de más autoridad en estos asuntos opina que es muy superior a cuantos hasta entonces se habían publicado. En efecto este plan añadía a la enseñanza asignaturas tan importantes como el Derecho público y la Economía política, daba mayor importancia a las ciencias físicas y naturales, regularizaba trámites y cortaba abusos y sobre todo trataba de ser general para todo el reino con lo que intentaba acabar con la anarquía reinante, en los asuntos de la enseñanza. Este plan influyó poco porque coincidió su aplicación con los comienzos de la guerra y quedó olvidado.

«La educación pública, dice Narganes, es una de las primeras necesida-

(1) Meléndez Valdés. Epístola al señor don Eugenio Llaguno y Androla.

des de un Estado, puesto que lo es de cada uno de los individuos que le componen. El vicio es hijo del error, y los desórdenes sociales nacen casi todos de la ignorancia de los hombres. Instruirlos para hacerlos mejores tal es el propósito que los legisladores debieron proponerse en sus planes de educación general.»

Narganes está ganado por completo a la causa de la cultura y de la ilustración general, pensando como muchos de sus contemporáneos que con la instrucción generalizada hasta las últimas capas sociales, se conseguiría elevar el tono moral de las costumbres y el espíritu colectivo. Pienso que el mal reside solo en el poder al que le importa mantener la ignorancia, y no alcanza a ver la desproporción entre su ideal, y el de alguno de los hombres que gobernaron, y la realidad del medio social que ponía toda clase de obstáculos y no daba ninguna facilidad a los encargados de mejorar la nación, especialmente las clases inferiores, del triste estado de incultura en que a la sazón se hallaban.

Jovellanos emite, en su Memoria sobre la educación pública, un juicio parecido; pero el eminente asturiano fué el ejemplo vivo de lo que vale el no confiar, para conseguir toda mejora y progreso en la educación, de un modo absoluto en la iniciativa del gobierno, y confiaba en conseguir una franca mejora de la instrucción en nuestro país del esfuerzo de las sociedades económicas y de todos aquellos hombres que por su cultura y posición social podían influir de un modo directo en la mejora y progreso de su localidad o de su región. «Las fuentes de la prosperidad social son muchas; pero todas nacen de un mismo origen, y este origen es la instrucción pública»; y más adelante añade: «¿No es la ignorancia el más fecundo origen del vicio el más cierto principio de la corrupción? ¿No es la instrucción la que enseña al hombre sus deberes, y la que le inclina a cumplirlos?»

Se queja Narganes de que siendo de las naciones que hemos pagado con más liberalidad la enseñanza, ésta se encuentre en tan triste y deplorable estado.

«Volvamos la vista, dice Narganes, a las escuelas por donde hemos pasado ¡acordémonos de lo que allí vimos! tracemos el cuadro vergonzoso de nuestra educación, desde las primeras letras hasta los estudios más sublimes; y dime después si hay en la Europa entera nación más atrasada que la nuestra».

Nos cuenta con negras tintas las tristezas del bárbaro sistema de educación primaria de la época. Pinta al maestro como un mendigo ignorante que espera al niño con la palmeta en la mano derecha y el azote en la izquierda.

En uno de los primeros párrafos de la carta primera, señala su opinión sobre el fin de la educación, cuando dice que ese es el maestro que designa la sociedad para que «forme los hábitos del niño y eche los primeros

cimientos del sistema de sus ideas; en una palabra para que forme su caracter, su moralidad y su razón».

Hay que conocer el valor de estas palabras en un hombre educado en el siglo XVIII, que piensa que el fin de la educación es formar el caracter, en un tiempo en el que predominaba en las escuelas un sistema de mala instrucción, y que a su lado coloca la moralidad, con lo que en tan pocas líneas nos expresa que el que las escribe es un educador con un ideal francamente moderno. Pinta con negros colores la escuela primaria, por la cual cuando se entra en un pueblo no hay que preguntar «se oirán chillidos dolorosos y un ruido infernal que servirán de guía».

Nos cuenta con fina gracia que su maestro rezaba y dormía durante las horas de escuela y solo interrumpía tan santo y saludable ejercicio para castigar a los que cansados de gritar, o excitados por el deseo de jugar, tan propio de su edad, le habian distraído o despertado, pagando esta grave falta con unos cuantos palmetazos, que avisaban al niño de la conveniencia de gritar hasta enronquecer (modo de saber el maestro quien trabajaba y quien no), con lo que dice Narganes, «podía ser maestro de escuela aunque hubiera sido sordo-mudo».

Después de criticar duramente los libros y métodos de enseñanza de la lectura y escritura, que con muy poco de Aritmética era lo que irónicamente llama parte científica de la educación primaria, trata de la educación moral, de la que dice que si se examina la conducta de los maestros con los niños se verá que lejos de inspirarle los hábitos de las virtudes, los ponen al contrario en el camino de todos los vicios.

Este cuadro triste y doloroso, que presentaban las escuelas a comienzos del siglo anterior, es bien conocido de los que se dedican a estudios de Pedagogía y no tendré mucho que insistir en él.

La protesta de Narganes contra los castigos corporales aplicados con *instrumentos especiales*, es justísima; indignase contra la costumbre de algunos colegios, de que fueran los mismos niños los que golpearan al que cometiese una falta. «¿No son los maestros los que le presentan todos los días los ejemplos de la cólera y de la venganza, castigando sus faltas no como un amigo que quiere corregir un defecto sino como un hombre ofendido que quiere vengarse de un agravio?»

Aquí es donde Narganes invoca el nombre del buen Pestalozzi todo amor y cariño para con los niños; es innegable que Narganes al tratar de este importantísimo problema de la disciplina escolar, lo hace con un sentido moderno por el cual, cuando el maestro castiga, procurará hacerlo sin cólera, sin espíritu de venganza y denotando por sus palabras que lo que desea es el bien del castigado. Narganes califica de bárbaros a esos maestros que llevaban tan al pié de la letra, aquel inhumano aforismo de que *la letra con sangre entra*; piensa con amargura que niños a quien se

les afrenta con castigos humillantes para su dignidad personal, serán más tarde «o animales estúpidos o malvados sin vergüenza». Pide que el maestro sea un amigo del niño y no su verdugo y que forme ciudadanos y no esclavos.

«Todo problema pedagógico, dice el señor Zulueta, es un caso particular de un problema general humano. Por ejemplo el problema de la disciplina en la escuela no puede resolverse sin dar antes solución al problema de la disciplina en la vida social humana. De los castigos en la escuela ¿que se logrará decir con alguna seriedad científica que no sea una derivación de las ideas que se tengan sobre el valor de la pena en la sociedad?» (Pag. 32 de la conferencia sobre El Maestro).

Así como en la sociedad la pena se ha ido humanizando y se busca la corrección del delincuente más que su castigo, también creemos que ha llegado la hora de que el castigo corporal se estudie en la Pedagogía como un mal recuerdo histórico. En Narganes como antes digo, y en unos cuantos párrafos está todo esto y solo por este concepto, que dicho hoy en que todo estamos convencidos, carece de mérito, en tiempos de Narganes es algo meritorio y que despierta nuestras simpatías por el autor.

Habla de las sociedades patrióticas, cuyo fin alaba, pero cuyo fracaso atribuye a la incuria del gobierno y a la falta de celo e ilustración de sus miembros. El error de los que intentaron reformar la instrucción primaria, ha sido el querer una transformación radical de lo interno de la instrucción, sin tener para nada en cuenta, que como no pensaban en reformar el alma de la escuela, el maestro, todos los proyectos eran inútiles e ineficaces. «El nombre de Maestro, dice Narganes, lo era de oprobio y su miseria pasaba entre nosotros por proverbio.» Fustiga duramente a los que cifran su ideal de educación primaria, en que los niños sepan leer, escribir y contar. El gobierno según él, fué el culpable del fracaso de las sociedades patrióticas, pues no le ayudó y éstas demasiado hicieron con fundar escuelas, que por otra parte como las anteriores a la fundación de las sociedades, dice que sirven para que el niño salga de la escuela con la cabeza llena de preocupaciones y de resabios, que le impedirán juzgar con tino todos los días de su vida.

Se lamenta de que el deseo de ilustración de la época anterior haya pasado, aunque afirma que los gobiernos de entonces seguían el general deseo de cultura arrastrado por el ímpetu de la corriente formada en su mayoría por gente joven. Narganes impresionado tristemente por el estado de nuestra patria a comienzos del siglo pasado, juzga con palabras duras, dictadas por su pesimismo, de las épocas más brillantes de nuestra historia. Lo dice al comenzar la segunda carta; «el gobierno con su nuevo plan, ha irritado mi sensibilidad, ha exaltado mi imaginación, y me ha hecho ver las cosas con colores acaso demasiado negros.»

La enseñanza secundaria y las universidades.

Sobre la enseñanza secundaria y universitaria, tiene Narganes ideas muy discretas sin duda por ser las que mejor conoce. Encuentra altamente dañoso para el bienestar de la nación, el que en algunos pueblos se sostenga un dómine que enseña latín y que es causa de que el hijo del labrador y del artesano huyan del oficio de sus padres y quierán ser cura o ir a la universidad a correr la tuna, aumentando de este modo el número de los desocupados con título. Califica de bárbaro el método que se emplea para la enseñanza del latín, que por otra parte solo considera útil para muy determinadas profesiones y para un número relativamente corto de personas.

Como dice don Rufino Blanco, «Narganes de Posada era al modo de un anti-clasicista moderno en incubación».

Está ganado a la causa de los estudios positivos y aunque es razonable su crítica contra el método de enseñanza del latín y del griego, piensa de acuerdo con el factor económico, que entonces comienza a dibujarse en las ideas de educación, que los que han de divulgarse son los estudios que los anti-clasicistas han llamado útiles. «El buen legislador deberá aumentar cuanto pueda los maestros de ciencias útiles, y disminuir hasta la extinción los estudios inútiles, y por consiguiente dañosos». Sin embargo él reconoce algo del interés que tiene el conocimiento de la lengua latina, cuando la incluye en el número de asignaturas que deben estudiarse en los colegios secundarios, cuyo plan nos expuso en la carta tercera de su libro.

Lo que más le alarma a Narganes, es la abundancia de muchachos que comienzan los estudios de latín y que son perdidos para la agricultura e industria. En este punto (como en otros muchos) opina igualmente que Jovellanos; el polígrafo asturiano en sus Bases para la formación de un plan general de instrucción pública dice lo que sigue: «La Junta no perderá de vista que no conviene generalizar demasiado esta enseñanza (se refiere a la del latín) ni las sabias leyes que prohíben establecerla en pueblos cortos, para no ofrecer a los jóvenes de las clases industriosas la tentación de salir de ellas con tan poco provecho suyo como gran daño del estado».

En el fondo de las ideas de Jovellanos y de Narganes, late otro problema diferente a la tan debatida cuestión de los partidarios y de los enemigos de los estudios clásicos; es el problema que en nuestros días se presenta con toda su magnitud en los jóvenes que salen de los Institutos y que apartados de la senda de la agricultura, de la industria, de las artes útiles que ellos miran con indiferencia y hasta con desprecio, muchísimos

de ellos sin acudir a la Universidad, forman en la extensa y nociva fila de aspirantes a la burocracia.

Pasa Narganes a hablar de la Universidad «o reunión de un gran número de maestros que enseñan gratuitamente la filosofía, la teología, el derecho, la medicina, algunas lenguas muertas, y tal vez, un poco de matemáticas.»

Habla con dureza extraordinaria de la organización de las universidades que considera centros propicios para hacer germinar toda clase de vicios a la juventud y dirige sus más acres censuras sobre los estudios de filosofía «si debe darse tal nombre a una lógica propia solamente para formar sofistas.»

De la lógica dice que tal como la enseñan solo sirve para apartar la razón de la verdad; de la metafísica, que es sinónima de confusión y oscuridad y de la moral que solo sirve para poner en tela de juicio los principios más santos de nuestras costumbres. Lanza su más enérgico anatema contra los libros que sirven para enseñar tales ciencias, aunque reconoce que en los últimos tiempos se ha mejorado algo el criterio en cuanto a elección de autores, se refiere.

Para Narganes toda la filosofía, queda reducida a la Ideología o ciencia de entendimiento. Define la filosofía como comprensiva de todos los conocimientos que tienen por objeto nuestra inteligencia; todas las ciencias son en este sentido filosofía, pero hay una que nos enseña a investigar la verdad, dándonos para ello medios adecuados y esta es la lógica; sin embargo toda ciencia bien enseñada es una buena lógica.

Esta parte de la crítica de Narganes puede reducirse a dos puntos capitales: primero, se estudian con el nombre de filosóficas ciencias que no tienen razón de ser; segundo, aunque hubiera razones que abonaran su estudio tal como se enseñaban en nuestras universidades solo sirven para inutilizar el entendimiento de los jóvenes que a ellas asisten.

Narganes piensa que la Metafísica y la Lógica deben salir para siempre de las universidades; especialmente a la primera la trata con mucho desprecio, después de contarnos su origen, (debido a que no sabiendo Serapión en donde colocar unos trozos que ignoraba a qué ciencia podían pertenecer, decidió colocarlos después de los libros de Física y les llamó metafísicos) Le niega todo valor científico a la metafísica porque trata de cosas que no son físicas y en un párrafo de unas cuantas líneas califica de quimérica esta parte de la Filosofía.

Sin duda alguna, Narganes de Posada, escribió esta parte de sus cartas exaltado, pues de otro modo no se concibe el que haya calificado de quimera, de golpe y porrazo y sin una madura reflexión, la Metafísica Tiene razón indudablemente cuando ataca a los métodos y al contenido de la Filosofía en las universidades, pero cuando intenta definir o mejor esta-

blecer el cuadro de los conocimientos que comprende la Filosofía, por pocos conocimientos que se tengan de esta parte del saber, es difícil ponerse de acuerdo con él.

Piensa como Sócrates que el saber y la virtud son una misma cosa. El concepto que Narganes tiene de la Ideología es sin duda distinto al que Jovellanos nos expone al hablarnos de su plan de educación, cuyas teorías como digo, antes debía conocer. Para el ilustre asturiano la Ideología que debía enseñarse tendría como contenido: la naturaleza del alma humana con sus principales atributos, las facultades y operaciones por cuyo medio las ejercita, desenvuelve y mejora, las impresiones recibidas por los sentidos y las ideas o juicios que de ellas forma y en una palabra todo el problema del conocimiento. Narganes afirma que la Ideología es la única ciencia filosófica y su afirmación no la demuestra ni trata de hacerlo; más adelante nos dirá que todas las ciencias son exactas, por donde sacamos la consecuencia que la Ideología, debe también serlo en su opinión, aunque parece un poco extraño y un mucho inexacto el que afirme que la exactitud de las matemáticas, que le han merecido dice él, el honroso nombre de *ciencias exactas*, es debido al mejor modo de enseñarlas.

Al decir Narganes que la Filosofía comprende todos los conocimientos y que todas las ciencias son Filosofía, al descartar la Metafísica, parece como darnos a entender que solo merecen estudiarse las ciencias particulares y que la *ciencia de lo general o que los especialistas de lo general* son algo inútil y que hacen perder el tiempo miserablemente.

Con Wundt podríamos contestarle «El contenido de la Filosofía es común con el conjunto de las ciencias particulares; pero el punto de vista desde el cual considera este contenido, es distinto porque desde un principio tiene presente el *conjunto* de los objetos del conocimiento... hay dos ciencias filosóficas generales: la doctrina del conocimiento y la doctrina de los principios... Teoría del conocimiento y metafísica, según esto pueden considerarse como las dos ciencias filosóficas de las cuales se desprenden otros dominios filosóficos a causa del interés preferente de las cuestiones particulares de general significación». (Sistema de Filosofía Científica página 27.)

Continuando con la exposición de las ideas de Narganes sobre las universidades nos fijaremos en un punto esencial cual es la crítica que hace de los profesores que apenas asisten a cátedra una tercera parte del curso, que acostumbra a los alumnos a los sofismas y vanas abstracciones y que con un escritor de sus días, compara a los tales profesores «con ciertos insectos que nacen de la podredumbre y solo sirven para propagarla.»

Dice que los profesores citan nombres como los de Nebrija, Abril, Vives etc. pero no ponen sus escritos en manos de los alumnos sin duda porque ellos mismos no los conocen «y si no dime, dice a su amigo nues-

tro pedagogo, si leyera a Luis Vives ¿enseñarían como enseñan? ¿estarían las universidades en el estado deplorable en que se encuentran? ¿no hubieran visto en sus escritos los abusos de su enseñanza denunciados al mundo hace trescientos años?»

Declara esteril, la labor que han realizado nuestras universidades porque de ellas jamás han salido hombres que con sus impulsos hagan progresar las matemáticas, economía, derecho etc. Atribuye a la casualidad el que España haya producido mentalidades vigorosas. Como algunos de nuestros progresistas modernos niega valor a la producción intelectual de España, en los siglos pasados y proclama la infecundidad de nuestra universidad.

Se niega a hablar Narganes de lo que son nuestros poetas clásicos y a este propósito dice: «harto será que mis compatriotas no se escandalicen si algún día llego a manifestárselo.»

Narganes en esta parte de su trabajo deja notar con vehemencia, la irritación de que se siente poseído al contemplar el molde viejo que servía de patrón a la universidad de su tiempo.

Mucho más se podría decir de estas interesantes páginas de su trabajo, escritas con exceso de apasionamiento, por el mismo calor que le imprimen el patriotismo exaltado de su autor.

La reforma de la educación. — Proyecto de educación pública de Narganes de Posada

Narganes considera tres grados en la educación: educación primaria que debe ser general y que el gobierno debe a todas las clases y a todos los individuos de la sociedad; educación secundaria a la que solo tienen derecho los que por su nacimiento o sus riquezas deben tener una influencia más inmediata en el bien o en el mal de los otros y por último educación especial para aquellos individuos que dedicados a determinadas profesiones, requerirán preparación más profunda en una determinada rama del saber.

Analizaremos parte por parte, cada uno de estos aspectos y haremos su crítica.

Al tratar de la educación primaria dice que el único sistema filosófico, el más natural y conforme a la razón es el de Pestalozzi. No puede disimular Narganes la simpatía que siente por el «buen Pestalozzi» cuyo ideal de educación popular y cuyos métodos para conseguirlo, llenan sus aspiraciones.

El nos ha dejado un párrafo en el que admirablemente sintetiza su ideal de educación y despues de leer el cual, se piensa que solamente los métodos pestalozzianos pueden lograr su simpatía y admiración. «Un sis-

tema de educación en que se acostumbrase a los niños a no formar juicios sin examinar escrupulosamente las ideas que lo componen, a no emplear palabras que no correspondiesen a otras tantas ideas, y a no adoptar ciegamente las opiniones de los otros sin examinarlas primero, sería sin duda el sistema más perfecto y el más propio para formar hombres y aumentar prodigiosamente, la masa de los conocimientos humanos».

Narganes, como ya he dicho, tiene una fé ciega en que la generalización de la instrucción primaria, traerá un cambio profundo en nuestras costumbres sociales. Lo hemos tachado de pesimista al criticar la realidad de la enseñanza en su época y al exponer su proyecto aparece francamente optimista. El conocimiento que parece tener del método del gran pedagogo suizo, podría en parte explicarnos el pesimismo que manifiesta en sus dos primeras cartas ¿como viendo nuestras escuelas de entonces y comparando con su ideal no sentir un doloroso desmayo y justos temores por el porvenir de la patria?

El mismo amor por la instrucción popular sentía Jovellanos, pero este ya fuera por las circunstancias de haber escrito en España, ya lo que es más probable, por su temperamento, trata con más serenidad que Narganes los problemas de la educación, los analiza desde más altura y parece que quiere olvidar la realidad. «Puede una nación, dice Jovellanos, tener algunos, o muchos y muy eminentes sabios, mientras la gran masa de su pueblo yace en la más eminente ignorancia... sucediendo que en medio de una esfera de luz y sabiduría, la agricultura, la industria y navegación, fuentes de la prosperidad pública yacerán en las tinieblas de la ignorancia» y más abajo dirigiéndose a los mayorquines dice: «Si deseais el bien de nuestra patria, abrid a todos sus hijos el derecho de instruirse; multiplicad las escuelas de primeras letras; no haya pueblo, no haya rincón donde los niños de cualquiera clase y sexo que sean carezcan de este beneficio». (Memoria sobre la educación pública, pag. 595)

Narganes censura duramente al gobierno por la forma en que ha organizado el Instituto pestalozziano, (1) formado por «señoritos hijos de pa-

(1) El instituto, como es conocido de las personas dedicadas a estudios pedagógicos, se inauguró en Noviembre de 1806 bajo la dirección de Voitel con veinte alumnos de menor edad y veinte discípulos observadores, trasladándose más tarde el local de la calle de San Bernardo a la del Pez, a los pocos días de comenzado el ensayo. En 1807 es nombrado Amorós director del establecimiento y a comienzos del 1808 fué cerrado este patente testimonio del éxito que en todas partes alcanzaron las doctrinas pestalozzianas. «El verdadero promotor del movimiento pestalozziano en nuestra patria, dice don Rufino Blanco, fué el presbítero murciano don Juan Andujar. Este hombre generoso que, como secretario y jefe intelectual de la Sociedad Cantábrica tuvo noticia del sistema de educación de Pestalozzi, y fué desde luego su más ardiente y desinteresado propagandista en España, pidió a Amorós que interesase en su favor al Príncipe de la Paz, y Amorós que vió en lontananza ocasión de exhibirse y figu-

dres mal educados» en vez de ensayar el método con pobres abandonados hijos de la sociedad y una vez que haya dado resultado extenderlo por toda la nación hasta las más pequeñas aldeas.

Narganes, cosa curiosa, se muestra contrario a ese problema que tanto apasiona y preocupa, *de la coeducación*; «los dos sexos nos estarán confundidos en una misma escuela, con perjuicio de las costumbres y con daños de la educación, que debe ser tan distinta».

Acerca del maestro tiene ideas apreciables esparcidas por toda su obra. Reconoce que todo lo que se diga de la enseñanza será perdido, en tanto que no nos preocupemos del origen de toda buena enseñanza, que es el maestro.

Lo que hoy pensamos acerca de las dificultades de tener buenos maestros, dotados de aquella serie de cualidades de indole física, intelectual y moral, está expresado claramente en el libro de educación del pedagogo español. ¿Porque no es hoy el problema no ya la dificultad de una formación profesional, que mejora notablemente cada día, sino el reunir el número suficiente de jóvenes entusiastas que quieran seguir esa difícil y elevada senda? pues bien claramente expresa esta idea nuestro pedagogo cuando pregunta, «¿donde se hallarán hombres de talento e instrucción que quieran encargarse del trabajoso oficio de maestro de escuela?»

Y la solución que le da al problema es la misma que intentamos dar en el día, es decir que como los hombres del siglo XX pensaba Narganes que mejorando su triste condición social, que se consigue con la mejora en la formación y con la esperanza de bienestar económico, se lograría naturalmente atraer al campo de la educación personas capacitadas para esta difícil misión.

Propone que en los hospicios y casa de huérfanos se establezcan como escuelas normales, que preparen a los desheredados de la fortuna, para una función social que les proporcionará honor y provecho. Para su tiempo la idea no está mal, pero en este punto (como en otros muchos) la evolución realizada ha sido enorme y hay que reconocer que en el magisterio joven, que no peca de optimismo exagerado, se nota el fermento inquietante que en muy pocos años ha operado una transformación bastante apreciable de nuestras escuelas.

También a Jovellanos como a Narganes, le preocupa el problema de los libros y de los maestros, pero el fundador del Instituto Asturiano piensa que es la escuela, la que forma el buen maestro a medida que en

rar con tal proyecto, lo acogió con entusiasmos y consiguió de Godoy, no sin vencer inacabables contrariedades, que en la primavera de 1806 nombrase con la ayuda de Amorós una comisión que examinase los métodos pestalozzianos en la Escuela de Döbele establecida en Madrid, y en la de Voitel, de regimiento de suizos creada en Tarragona.» (Pag. 367 de su obra *Pestalozzi, su vida y sus obras.*)

su evolución se vá haciendo mejor. «Reconozco de buena fé que asi como faltan buenos libros, faltarán también buenos maestros para perfeccionar esta enseñanza; pero no faltarán siempre. El primer cuidado debe ser multiplicar las escuelas, que aunque imperfectas, siempre producirán mucho bien. Al paso que se vayan logrando las buenas escuelas, producirán óptimos maestros. Más que ciencia y erudición, este ministerio requiere prudencia, paciencia, virtud, amor y compasión a la edad inocente» (pag. 599 de la obra citada).

A los doce años comienzan los estudios secundarios, porque a esa edad, dice Narganes, el niño tiene la suficiente robustez para poder sobrellevar los privaciones y disciplina de los colegios

Quiere que se establezcan colegios en número suficiente para que la instrucción secundaria no sea difícil para las clases acomodadas, pero no en tan gran número que por su excesiva facilidad convide a los hijos de los artesanos y labradores a abandonar el arado y los talleres para seguir los estudios.

Admite en estos establecimientos dos clases de alumnos: colegiales o internos y manteistas o externos.

Su plan de estudios secundarios tienen una notable semejanza con el que rige actualmente para los Institutos, siendo curiosa también la coincidencia de pedir para realizar esos estudios de enseñanza secundaria, seis años como en el plan vigente, pero llevándole la ventaja a este y a los últimos que para los Institutos se han dado en nuestra patria, de que el alumno comienza sus estudios con doce años y por lo tanto no termina hasta los dieciocho.

No se puede decir que el plan de enseñanza secundaria de nuestro pedagogo, esté inspirado absolutamente en los seguidos en Vergara o en Soréze, pues aunque naturalmente les sirvan estos de inspiración, los ha descargado extraordinariamente y reducido a aquellas disciplinas fundamentales, indispensables para un hombre verdaderamente culto.

Se estudiarán en esos colegios secundarios las matemáticas, desde la Aritmética hasta las de índole superior; Literatura antigua y moderna con nociones de Elocuencia; Elementos de Física experimental y Química; Historia, principalmente la nacional; Geografía y Estadística, latín y una lengua culta y por último Ideología y Moral, además del Dibujo.

Luego hace una distribución de este completo cuadro de asignaturas, pecando por el exceso de cosas que quiere que el muchacho aprenda en un tiempo relativamente corto.

La nota común a todos los que tratan de educación en esta época, es el afán de uniformar, de reducir a una unidad la diversidad de establecimientos y de planes de estudio que regían la instrucción de nuestra patria a comienzos del siglo XIX. Entre Jovellanos, Narganes y Quintana, hay

además una gran afinidad de ideas, sin duda porque la fuente originaria es la misma.

Jovellanos pide «que la enseñanza de las escuelas, universidades e institutos de todo el reino, se haga por un mismo método y unas mismas obras, para que uniformada la doctrina elemental, se destierren los vanos sistemas y caprichosas opiniones, que no tienen más origen que las diferencias de las obras estudiadas, y la arbitrariedad de los maestros en la exposición de su doctrina.»

Ideas parecidas expone Narganes; y Quintana en su informe al tratar de este asunto dice lo que sigue, y que como se verá difiere poco en el fondo y en la forma del párrafo que hemos copiado del gran asturiano: «El plan de la enseñanza pública debe ser uniforme en todos los estudios, la razón lo dicta, la utilidad lo aconseja y la Constitución lo prescribe... de no hacerlo así continuará la divergencia de opiniones, las disputas acaloradas e interminables a veces sobre sutilezas frívolas o ridículas.» Tanto Jovellanos, como Quintana dan a entender que esta uniformidad no se opondrá en nada al progreso.

Como consecuencia de esta aspiración a dar uniformidad a la educación en España, es la idea que expuso Narganes de Posada antes que Quintana, de la creación de un centro superior de cultura, revestido de una gran autoridad y que ambos han llamado: *Universidad central*.

Indudablemente el gran poeta y diputado doceañista, conocía el libro de Narganes, y ambos han tomado una gran cantidad de ideas (sobre todo Quintana) del filósofo Condorcet, cuya memoria presentada a la Asamblea Constituyente, tiene muchísimos puntos de contacto y analogías con el informe de Quintana, al que indudablemente inspiró.

Divide Quintana, como Narganes, la enseñanza en tres grados y una Academia o Universidad que estará al frente, con funciones fiscales para toda la enseñanza.

Un detalle que acredita a Narganes como pedagogo de tendencias francamente modernas, es la opinión que sustenta acerca de las vacaciones escolares; opina que los maestros si deben de tenerlas pero no los discípulos; a éstos en determinadas épocas del año «se les permitirá algún desahogo pero sin interrumpir del todo sus tareas».

Claramente nos expone su pesamiento en este punto, no quiere en modo alguno que el alumno interrumpa sus tareas y le parece mucho mejor dejar diariamente tiempo al alumno para el descanso y el recreo. ¿No es ésta la tendencia moderna a la que se refiere el señor Giner de los Ríos cuando nos habla del descanso y del modo frecuentemente absurdo con que acosuábramos a descansar?

Hemos dicho que Quintana tiene una gran semejanza en sus ideas con Narganes y sobre todo con Condorcet, a este se refiere cuando dice: «Es-

tas consideraciones de un matemático y filósofo acostumbrado a examinar y apreciar los progresos y efectos de la enseñanza pública»...

La instrucción primaria en Narganes y en Quintana, tienen muy escasas diferencias; la segunda enseñanza para el último prepara para las profesiones liberales y sirve para aumentar la cultura.

La segunda enseñanza debe ser dada en establecimientos denominados universidades de provincia, y en las que se cursarán tres grandes secciones de estudios, que en su conjunto no es otra cosa que el plan que antes hemos expuesto de nuestro pedagogo: matemáticas y Física, Moral y Política, Literatura y Arte.

Sin embargo hay una diferencia entre Narganes y Quintana, que hace aparecer a este último sin ninguna preocupación de clase social, es lo referente a la *gratuidad* de la enseñanza, principio tradicional en nuestras universidades y que Narganes no acepta porque tiene ya como político la preocupación del presupuesto del Estado y como modernista el afán de que las actividades más útiles a la nación no sufran menoscabo.

Narganes se ocupa por último del tercer grado de la enseñanza y dice: «el Gobierno debe establecer escuelas especiales para aquellas ciencias en que el bien de la sociedad exija que haya cierto número de personas instruidas a fondo: tales son el derecho, la medicina, el arte militar en todos sus ramos, con las demás ciencias que son auxiliares de estas.»

Tiene ideas muy acertadas sobre donde y como han de ser establecidas esas escuelas especiales y sobre los alumnos dice, que en este grado de la enseñanza vivirán ya libres, pues siendo ya ciudadanos no deben tener otra sujeción que las leyes del país y los estatutos de su escuela.

Coronando todos los estudios del Reino, piensa Narganes (y se ve que esta idea le inspira gran cariño) en la *Universidad Central* especie de Escuela politecnica, cuya organización conocía y que llama «una de las mejores instituciones de la revolución» y que al mismo tiempo tuviera el carácter de normal superior, es decir de centro para la formación del profesorado secundario y universitario de la nación, y de cuya gran institución además se elegiría un grupo de profesores que con su Director (Director general de estudios) formarían el *Consejo de instrucción pública*.

Termina sus cartas tratando de los libros elementales y muéstrase partidario de que los profesores dicten o expliquen sus lecciones de acuerdo con el programa que haya sido presentado al Consejo de instrucción. Se muestra partidario de que el alumno en la enseñanza secundaria y superior se haga *él mismo* sus libros.

Piensa que el Gobierno no debe intentar el monopolio de la enseñanza y por último termina su obra contestando a esta pregunta. «¿Podrán ser casados los maestros? Cuestión ridícula, que ni aún insinuarla hubiera querido, si el celibato de los maestros no tuviera a su favor tantos defen-

sores; como si el ser buen padre fuera un impedimento para educar bien los hijos de los otros; como si las buenas costumbres, tan necesarias en los maestros, no estuvieran más aseguradas con el matrimonio que con el celibato.»

Mucho más podría sacarse, de las innumerables ideas que contiene el pequeño libro de Narganes de Posada, del que puede señalarse como mérito principal, que ha entrevisto a comienzos del siglo pasado, toda la evolución mediante la cual, se iba a transformar en parte nuestro sistema de educación.

Narganes ha pasado desapercibido para la Historia de la Pedagogía española y si es verdad que su libro contiene algunos errores, también lo es que contiene ideas de mérito, muchísimas originales, que debían darle un sitio entre nuestros pedagogos. Su intención ha sido excelente, pues ardientemente y con todas clases de razones defiende la educación y lo que más puede despertar la simpatía del maestro que lea su libro, es que de sus páginas brotan dos grandes amores: la patria y la niñez. Para engrandecer la patria piensa como único y total remedio en la educación primaria, extendida a todos los ámbitos de la nación; para la niñez pide, a los que han de formar su carácter y su corazón, una disciplina suave, porque solo por el amor se logra educar a los que están llamados a ejercer la función de ciudadanos, y a engrandecer la patria.

Lástima que su biografía, no haya podido ser completada por la escasez de datos, pero de todos modos esta monografía que al cabo de un siglo, le ha dedicado un maestro modestísimo que con ella puso fin a sus estudios profesionales, es prueba segura de que otros compañeros con más medios y con mejores condiciones harán en tiempos futuros, trabajos más completos y por lo tanto más dignos de los méritos del pedagogo español.

ANTONIO GIL MUÑIZ.

Indicación de los libros y autores que han sido consultados para la realización de este trabajo.

- ALTAMIRA.—Historia de España y de la Civilización Española.
BLANCO (DON RUFINO).—Bibliografía pedagógica. Madrid.
BLANCO (DON RUFINO).—Pestalozzi su vida y sus obras. Madrid 1909.
COMPAIRE.—*Pestalozzi*.
DUCÓS.—Historia cierta de la secta de los francmasones su origen etc. Madrid 1813.
«EL UNIVERSAL».—Colección de periódicos. 2 tomos Biblioteca Nacional.
GIL DE ZÁRATE.—De la Instrucción pública en España. Madrid 1855.
GOROSTIZA.—Galería en miniatura de los periodistas, folletinistas y articulistas de Madrid por dos bachilleres y un dómine. Madrid 1822.
HARTZEMBUCH.—Apuntes para un catálogo de periódicos madrileños desde el año 1661 al 1870. Madrid 1894.

- INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA.—Boletines de 1893, 1894, 1895 y 1897.
- LA FUENTE.—Historia de la Masonería.
- JOVELLANOS.—Instrucción pública. Madrid 1845.
- JOVELLANOS.—Poesías (tomo III Biblioteca clásica) Barcelona 1886.
- MESONERO ROMANOS.—Memorias de un setentón. Madrid 1880.
- NARGANES.—Tres cartas sobre los vicios de la Instrucción pública en España y proyecto de un plan para su reforma. Madrid 1809.
- OSSORIO.—Ensayo de un catálogo de periodistas españoles del siglo XIX. Madrid 1903-1904.
- QUINTANA.—Informe. Discurso de apertura de la Universidad Central (Obras completas). Madrid 1909.
- TIRADO Y ROJAS.—La masonería en España.
- WUNDT.—Fundamentos de Metafísica. Madrid 1913.
- ZULUETA (DON LUIS).—El Maestro.



Las teorías tectónicas de Suess

En octubre último tuve el honor de que me invitase esta Academia para disertar acerca de las ideas tectónicas de Suess, expresadas en su famosa obra «Das Antlitz der Erde» que he traducido y de la que acabo de publicar el primer tomo. No pude declinar la amable invitación de ese Centro, hecha, además, por conducto de mi querido compañero don Antonio Carbonell, uno de sus ilustres miembros, y con tal motivo expuse el asunto propuesto en una corta conferencia, cuyas líneas generales sigo aquí, también a petición de la Academia.

Entonces manifesté las razones que me indujeron a emprender la ímproba tarea de traducir las 2.800 páginas de que consta la obra de Suess. Al principio fué curiosidad o deseo de alcanzar más extensos conocimientos en Geología, porque algunos compañeros me recomendaron la mencionada obra como el mayor monumento geológico existente, pero, conforme avanzaba en la lectura, crecía en mí el entusiasmo al apreciar su importancia y comprendí que era deber de patriotismo traducirla, pues cada uno ha de procurar con su esfuerzo que los hombres de ciencia de nuestra raza puedan estudiar todas las materias científicas sin acudir a idiomas extranjeros y el que no sienta y practique esto carecerá de derecho para quejarse de que nuestro mundo cultural y en particular el de América esté influido y modelado por las culturas extrañas y especialmente por la francesa.

Llevado de este pensamiento formé el plan firmísimo de traducir toda la obra lo mejor que me fuera posible y luego dejar a la Providencia el cuidado de su publicación.

Muchas dificultades tuve que vencer en la interpretación del texto y de los variados fenómenos que expone y aumentó el trabajo mi prurito de huir de los barbarismos, no solo en la dicción general, sino en los nombres propios. Tarea fatigosa, porque Suess cita más de 3.000 geográficos, muchos de pueblos desaparecidos y cuyos nombres españoles difieren de los alemanes, lo que me obligó a rebuscar en libros clásicos de historia y literatura. Igual tarea me impusieron los nombres de héroes legendarios de las mitologías orientales, griega y latina y algunos bíblicos.

Figuré todos estos nombres, ya españolizados, en cuatro mapas hechos expresamente para la versión castellana.

Con el mismo objeto escribí unos extractos, resultado del estudio de cada uno de los capítulos, que fué innegablemente la labor más difícil y penosa aunque convenientísima para facilitar la lectura del texto.

De todo ello dí idea en la citada conferencia que procuraré seguir en estas páginas, aunque tal vez olvide parte de lo que dije.

El inmortal sabio austriaco Eduardo Suess llamó a su obra «Das Antlitz der Erde» esto es la faz, el rostro de la Tierra, con lo cual está dicho que no quiso hacer una enojosa, aunque meritoria, obra didáctica, sino algo nuevo en que personalizaba el Planeta diciéndonos: mirad la fisonomía de nuestra madre la Tierra, voy a procurar explicaros las causas de sus rasgos tan conocidos y las de las arrugas que los señalan.

Para dar idea de lo que es esa obra acudí en mi conferencia y repito ahora, a una comparación que tal vez se os antoje extravagante. En muchas películas, principalmente en las de episodios, esas que duran un sin fin de noches, suelen presentarnos al principio los más salientes personajes para que nos familiaricemos con su figura y los reconozcamos en el curso de la acción. Cada cual, por separado, se muestra de frente y perfil; de igual modo se dibujan en la pantalla una casa, una gruta, un barco que serán después teatro de acciones culminantes, pero nada ocurre aún, los personajes permanecen inactivos, las casas desiertas, la acción se desarrolla luego, en la película. Pues bien, las obras de Geología, de Paleontología, etc. en que se exponen los principios de estas ciencias son como personajes y lugares que se ofrecen a nuestros ojos para que los reconozcamos luego en plena acción; «La Faz de la Tierra» es la acción dramática en que se desarrollan las hazañas de aquellos personajes; donde los autos se despeñan, las casas arden, los buques navegan... allí se reconoce el significado de los diversos terrenos, los fósiles nos revelan su misión de cronologistas mudos, los mares invaden o abandonan los territorios y las cordilleras mismas van mostrando las vicisitudes de su aspecto cambiante hasta acomodarse a la situación actual.

Este es el secreto del triunfo de Suess; hizo una obra viva, algo que habla a un tiempo a la fantasía y a la razón y, fuerza es reconocer que si a la primera le habla un brillante literato, erudito historiador y poeta, en fin, de la Naturaleza, a la manera de Humboldt, a la razón se dirige un sabio profundo, activísimo, hombre de estudio y de campo a la vez, y es la galanura y novedad de la forma recurso hábil para presentar las ideas que, luego de examinadas, resultan tan valiosas como brillantes.

Por eso sus teorías conquistaron pronto el mundo científico, no sin lucha y bien ruda, pero al fin triunfaron en tal forma que hoy, al cabo de cerca de cuarenta años de haber aparecido el primer volúmen y de quince de publicado el último, todas las grandes síntesis geológicas se fundan en las ideas de Suess, pues aún el que las impugna, ha de tenerlas muy en cuenta.

El mismo autor, poco necesitó enmendarse durante los veinte años que empleó en la publicación de los cuatro volúmenes de que consta la obra.

No todas las ideas que expone Suess son suyas, pero a las que no lo son les prestó su autoridad.

Para que esta nota no parezca repetición de lo que digo en el «Discurso Preliminar» de la versión española y también en gracia a la brevedad, he de prescindir de parte de lo dicho por el sabio austriaco y para mayor claridad, condición primordial en una nota de divulgación, solo daré una ligera idea de cada punto, aún a costa de la exactitud.

Expondré algunas de las tesis más notables: primero, la forma de los océanos y continentes, luego los movimientos relativos de mares y tierras y después la distribución de ambos elementos sobre el Globo.

El autor hace notar que los continentes terminan en punta hacia el sur; América en el Cabo de Hornos; África en el de Buena Esperanza, Asia en el Cabo Comorin y aún en pequeño, se advierte esa tendencia, cual ocurre con el Cabo Farewell en Islandia y con todas las penínsulas de alguna extensión que se prolongan hacia el sur, disposición tan notoria, que Suess afirma que por fuerza depende de algún fenómeno general de la constitución de la corteza, si ya no es que obedece a algo relacionado con su naturaleza íntima. Si las costas hubiesen sido permanentes o casi permanentes desde los primeros tiempos de la Tierra no se dudaría en admitir que tal disposición era debida por entero a causas geológicas superficiales, pero eso no es cierto (como luego explicaré) y ha sido preciso buscar alguna causa más profunda.

La teoría geogénica hasta hace poco preferente se fundaba en la cosmogónica de Laplace para la formación de los planetas. Según ella el nuestro al principio fué una sustancia plástica, candente y ya esférica que giraba en el espacio; luego se fué enfriando por radiación y en su parte externa se formó una corteza sólida semejante a la escoria que sobrenada en el baño de fundición de un horno metalúrgico. Admitamos todavía esta hipótesis y quedémonos solo con esta idea de que la Tierra tiene una corteza sólida, en cierto modo despegada del núcleo y ajena a él. En cuanto a la naturaleza y estado de dicho núcleo o serie de ellos es más prudente no hablar, pues corremos días en que existen sus buenas veinte hipótesis fundadas algunas en la nueva ciencia de la Sismología.

Estas teorías que se refieren a la índole del núcleo interno y su influencia en los movimientos de la corteza, aunque variadísimas, tienden todas a admitir la existencia de un núcleo, tal vez ferro-magnético y, en todo caso, con densidad igual al acero y sobre cuyo estado no se puede afirmar nada porque hasta es posible que sea uno distinto de los conocidos, dadas las condiciones de presión en que se encuentra y la relación entre dicha presión y la temperatura, más o menos grande pero siempre elevadísima. (1).

De esas distintas hipótesis mencionaré la de un distinguido miembro de esta Academia, el Conde de Casa Chaves quien dice que tal vez correspondan los paroxismos orogénicos, volcánicos y eruptivos de los distintos periodos geológicos a los puntos críticos en las modificaciones térmicas que experimentan los metales y aleaciones metálicas durante su enfriamiento; de modo que con las fases diastólicas se produce emisión de magma y con las sistólicas se contraerá el núcleo y se arrugará la corteza. Sobre esta tesis, hoy, como las otras, sin comprobación, no se puede dictaminar, pero sí acogerla como valiosa orientación de base científica, que es el carácter que le dá su autor.

Pero, sea cual sea ese núcleo, admitamos que se contrae por enfriamiento, de donde se sigue que la corteza quedará holgada y por su propio peso tenderá a posarse sobre el núcleo, pero, como le sobra anchura, no se ajustará a él sino que estará arrugada, llena de pliegues igual que un traje que le queda ancho al que lo lleva. Cada uno de los pliegues salientes representa una elevación montañosa y los entrantes las depresiones en que se acumulan las aguas.

Parece que la distribución de esos pliegues ha de ser caprichosa y como al azar; en realidad esto solo ocurre en detalle pues los pliegues grandes tienen formas determinadas. Así como los de un vestido muy holgado (siguiendo el símil) presentan pliegues generales causados por la forma y movimientos del cuerpo, los plegamientos generales de la Tierra obedecen a cierta ley; ¿cuál? Hay muchas hipótesis verosímiles y entre todas me serviré de la de Lawthian Green por creerla más sagaz. Afirma ese autor con muchos ejemplos, que una esfera tiende a deformarse según un tetraedro (2).

(1) Se exponen estas modernas teorías con gran acierto y claridad en «El interior de la Tierra» y «La corteza terrestre» del notable Ingeniero Geógrafo don Vicente Inglada y en «Las teorías cosmogónicas modernas» del docto Catedrático don Juan Carandell.

(2) La deformación de un cuerpo próximamente esférico en otro poliédrico se advierte observando un limón seco en cuya superficie se forman caras o aristas.

Nótese que si imaginamos esta deformación en el globo terrestre de modo que una cara del tetraedro corresponda al polo norte y el vértice opuesto al polo sur, las aristas entre uno y otro marcan los continentes. Corresponderían: a los mares árticos una depresión en la cara superior: al continente antártico el saliente del vértice inferior: los continentes de América, Europa y Oriente de Asia a las tres aristas y las depresiones de las otras tres caras a los océanos Atlántico y Pacífico y a la depresión cáspica.

Claro que no resulta simétrica la figura, sino torcida, pero esta torsión se explica por la desviación que acarrea el jiro de la Tierra sobre su eje. Claro que, además hay que tener en cuenta que corta a las aristas el Mediterráneo, pero se explica por la consideración del agrupamiento de la corteza en dos zonas: el Escudo paleoártico y el Ecuatorial... en fin esto es muy sabido y solo lo he mencionado con objeto de destacar la circunstancia de que, sea o no cierta esta hipótesis del tetraedro, hay algo en ella y en otras análogas que indica un camino para explicar esa forma especial de los continentes, mejor dicho, su distribución en ciertas masas pues de la forma hablaré después.

Admitida la citada distribución general de mares y tierras ¿qué pasaría luego? pues luego comenzó la lucha, que persiste, entre la geodinámica interna y la externa. La contracción del núcleo continúa, la corteza, cada vez más holgada, sigue arrugándose y a cada nuevo acomodo corresponden nuevos pliegues menores o algún cambio en los fundamentales: a estas variaciones obedecen otras en la distribución de agua y tierra. La geodinámica externa: lluvias, nieves, vientos, acción de las olas, etc. tiende a desgastar las tierras emergidas, los pliegues salientes y a rellenar con sus restos el fondo de los mares, los pliegues entrantes. Cuando ya está adelantado este trabajo, cuando las montañas se van allanando a causa del desgaste de los meteoros y los mares están colmados por el arrastre de las tierras, vuelve a actuar la acción interna, vuelve a contraerse el núcleo, a ajustarse a él la corteza, formando nuevos pliegues y vuelve a empezar el ciclo que es toda la historia de la Geología. La citada lucha entre la geodinámica interna y la externa.

Dentro de estas ideas, advierte Suess que la inmensa mayoría de los depósitos marinos que constituyen las capas de la corteza son de facies litoral o sublitoral lo cual supone que la alta mar apenas cubrió los sitios que hoy ocupan los continentes; es decir, que desde la época en que empezaron a formarse los terrenos sedimentarios que conocemos ya se había bosquejado la distribución de mares y tierras de que acabamos de hablar.

Recojamos estas dos ideas: 1.^a que los depósitos marinos que forman los terrenos de diversas edades de nuestro globo son de naturaleza costera: 2.^a que la distribución de tierras y mares no ha variado en esencia desde que aquellos se depositaron. Se deduce a primera vista que los bordes, los litorales actuales de los continentes deben ser antiguos fondos marinos, pero próximos a las costas de la época en que se formaron allí donde la tierra ha ido ganando sobre el mar e, inversamente, que las actuales zonas marinas pelágicas y subpelágicas (hasta las 3.000 brazas de profundidad) debieron ser costas, allí donde el mar va invadiendo la tierra.

Pero para ver si esta conclusión es legítima tenemos que examinar antes la constitución de las cordilleras

Ya sabeis que una cordillera es un pliegue de la corteza; las primeras que existieron en el mundo y que alzaron su lomo sobre el mar universal fueron pliegues de la corteza primordial. Recordemos lo que antes decíamos: los meteoros arrancaron sus elementos y los depositaron a su pié, en el fondo de un mar inmediato. Si imaginamos ese fondo de mar como un pliegue entrante tendremos ya idea de lo que se llama geosinclinal. Al ocurrir el plegamiento inmediato, debido a una nueva contracción terrestre, ese pliegue entrante puede tornarse saliente y unirse al que antes consideramos, pero esa nueva cordillera así compuesta, ya no constará solo de los materiales de aquella corteza primitiva, sino también de los otros arrancados por los meteoros y luego depositados, poco a poco, en el fondo del mar, como arenas, margas, o calizas... es decir, sedimentos marinos. Esa nueva cordillera será, pues, de formación marina y se alzará junto a un mar en cuyo fondo se irán a acumular sus detritus. Así ha ocurrido sucesivamente en algunas regiones donde se repite el ciclo durante edades enteras; tipo de ellas es la cuenca del Mediterráneo, en la que, tras los plegamientos caledonianos y hercinianos que formaron el núcleo de Europa, se produjeron los alpinos que le añadieron una faja desde España hasta los Urales. De modo que el Mediterráneo, fue uno de esos geosinclinales de primer orden de donde salieron, a oleadas, distintos sistemas montañosos; ese geosinclinal, ese surco iniciado desde tiempos remotos, pues ya vimos que corta a las aristas del hipotético tetraedro, es el Mar de Tetis de Suess, el mar generador de montañas.

Mas para que exista un surco con tal carácter de permanencia y para que se estreche una y otra vez en dirección análoga, hay que suponer que sufre un doble empuje lateral o bien un empuje por un lado que lo estrecha por el otro contra un obstáculo fijo. Así ocurre, en efecto.

Hasta ahora hemos dicho, para simplificar, que en la costa se siguen unas a otras las cordilleras, por engrosamiento de pliegues sucesivos, pero olvidamos que los pliegues no permanecen indefinidamente como verdaderas montañas, sino que pierden su altura, pues la acción de los meteoros, prolongada durante miles de años, que median entre dos plegamientos, nivelan la cordillera con los llanos adjuntos y la sueldan en esa forma a los núcleos primitivos de la corteza, a los escudos antes mencionados. Así se forman masas firmes (comparativamente) que cuando sobreviene una nueva contracción terrestre se aproximan, (pues ya no se pueden plegar a causa de su rigidez) y, al hacerlo, estrechan el surco o geosinclinal que las separa y pliegan los estratos depositados en su fondo. Tal es el proceso completo.

El modo de formación de las cordilleras, masas plásticas comprimidas entre otras rígidas, y endurecidas después, recuerda la formación de las rebabas de cemento entre las piedras de una construcción. Si la junta de los sillares es rectilínea, rectilínea será la cordillera y curva si es aquella curva; luego a todo sistema de montañas corresponde un ante-país o dovela que ha permanecido firme y un tras-país o dovela que apretó la masa plástica contra la primera.

Ahora bien ¿qué hay al pié de la cordillera alpina? Por un lado Europa, por el otro el Mediterráneo: ¿qué hay al pié de los sistemas asiáticos? Al norte las llanuras de Siberia: al sur el oceano Indico.

Entonces, se dirá, ya está clara la estructura: todos los continentes tienen en sus bordes una cordillera nacida del geosinclinal que encierra el mar inmediato... pues bien, no es así: eso ocurre en los bordes del Pacífico ceñidos por las cordilleras del Asia Oriental, las montañas costeras de América del Norte y los Andes en la Central y Meridional; lo mismo se advierte desde el Estrecho de Gibraltar a lo largo de las costas del Mediterráneo y del Oceano Indico... pero esa es la estructura propia del Pacífico del cual recibe su nombre.

Hay otro tipo de estructura, el tipo atlántico, del todo distinto. Fijaos en que las costas del Atlántico no están ceñidas por cordilleras y que aún en muchas partes les son perpendiculares.

Esta observación nos conduce a hablar de un nuevo fenómeno: los hundimientos,

Muchos rasgos geográficos, por ejemplo, las costas del Atlántico, muestran señales de desgarramiento, soluciones bruscas de continuidad en sus estructuras, formas dentelladas que claramente indican que se deben a

fracturas. Tales son las costas de rías de Galicia, de Bretaña, de las islas Británicas y de Escandinavia. Igual ocurre en las del Africa oriental, Madagascar y la India. Esto demuestra que esos litorales no se acercaron o alejaron paulatinamente del mar en épocas distintas sino que un tiempo fueron zonas relativamente interiores y se tornaron litorales por haberse hundido la faja costera que las separaba del oceano. Así se nota que el Atlántico es una línea de fractura que sigue una zona débil de la primitiva corteza (una de las caras del tetraedro de formación, que admitimos como instrumento); de igual modo se comprueba por medio de la estratigrafía que ciertas regiones antiguas de Europa: el macizo de Bohemia, el de los Vosgos y de la Selva Negra, la meseta central de Francia y la Ibérica no están limitadas por antiguas líneas de costa, sino por fracturas, de modo que esos macizos quedan en saliente entre los territorios circundantes descendidos. Suess los denomina pilares y lo mismo pueden ser de pocas hectáreas de extensión que de muchos miles de kilómetros cuadrados.

Sabido esto, ya se ve que no era exacta aquella conclusión que antes parecía indiscutible, de que los bordes de los continentes actuales habían de ser antiguas costas o zonas submarinas próximas a ellas y dejamos en suspenso esta deducción para comprobar que si ocurre así en algunos puntos del Globo en otros las costas son líneas de fractura.

A estos conceptos añade Suess otro esencial acerca de la índole de las rocas hipogénicas que se suponía antiguamente de carácter tectónico activo; creíase que ascendían por las grietas de la corteza y formaban los sistemas montañosos al levantar con su masa las rocas sedimentarias suprayacentes, acción violenta que culminaba en las erupciones volcánicas. Muchos sabios participaron de esta creencia y el gran Elie de Beaumont opinó que las Canarias habían surgido del mar por la acción de lo que llamaba cráteres de levantamiento.

Antes de explicar la verdadera misión de las rocas hipogénicas precisa decir algo acerca de los movimientos relativos del agua y de la tierra.

En muchas costas se advierte que el nivel del mar es inferior al que fué en otro tiempo, de donde se dedujo que la tierra se había levantado; en otros, por el contrario, el nivel actual es superior al antiguo, de donde se infirió que la tierra había descendido.

Suess afirma que nunca ha habido levantamiento de la tierra (salvo con carácter muy local) y que los cambios del nivel de la línea de costa se deben siempre a movimientos de la hidrosfera.

(En esto lo han combatido enérgicamente y hoy niegan muchos tan ter-

minantes asertos, pero yo me limito a exponer sus ideas, pues la crítica, a más de larga, siempre sería personalísima).

Dice Suess que la única fuerza constante conocida es la gravedad y por tanto, cuando la corteza sufre movimientos en grandes masas lo hará en la forma que antes dijimos: al contraerse el núcleo de la corteza se acomoda a él y verifica los plegamientos de que hemos hablado, pero también dijimos que al quedar despegada del núcleo tendería a posarse sobre él obedeciendo a la gravedad. De modo que si consideramos una de esas masas rígidas de la corteza podemos suponer que, al descender hacia el núcleo, se rompa y alguno de sus pedazos descienda con distinta velocidad que los otros.

El que desciende más despacio quedará en alto respecto a los que lo rodean y de los cuales estará separado por fracturas. Esto es lo que constituye un pilar. Si desciende más deprisa quedará entre otros más altos y será una fosa de hundimiento (que puede ser o no ser un mar).

Si ocurre uno de esos hundimientos junto a una costa, descenderá el fondo del mar y por lo tanto bajará su nivel, de suerte que parecerá que se ha levantado la tierra.

Para explicar el fenómeno inverso recordemos la acumulación en el fondo del mar de los materiales procedentes de la tierra. Esa acumulación hará subir el nivel del agua cual si la tierra hubiese descendido. Como estas acumulaciones y descensos influyen en el nivel general del océano, de ahí el llamar a esos movimientos de la hidrosfera, generales o eustáticos.

Ahora ya se comprenderá que al producirse en la corteza una fractura de tal importancia como es necesario para que descienda una enorme dovela, el peso de ésta comprimirá al magma fluido que se supone subyacente y que saldrá en forma de roca hipogénica por la fractura en igual forma que sale por una grieta la crema de un pastel que se aprieta con la mano; es decir, pasivamente y no por propio impulso (este fenómeno, algo modificado, es asimismo el de las manifestaciones volcánicas).

También ahora se comprenderá por qué hay volcanes y asomos de rocas hipogénicas en las partes débiles y fracturadas de la corteza. Por eso hay una cenefa de volcanes al rededor de las costas del Pacífico, son volcánicas las orillas de una parte del Mediterráneo, producida por hundimiento, y volcánicas las islas que marcan el eje de esa línea meridiana de fractura que corresponde al Atlántico.

Y ahora vamos a sintetizar, valiéndonos de estas pocas ideas fundamentales: la permanencia relativa de tierras y océanos, la forma especial de los

continentes, el plegamiento de las cordilleras y su forma general, las líneas de fractura, los cambios relativos de nivel del agua y la tierra y la índole inerte de las rocas hipogénicas

Vuelvo a advertir que la síntesis será demasiado esquemática, para que sea más comprensible y que, por ello, no estará exenta de errores.

Imaginemos de nuevo el Globo cuando acababa de formarse la primera corteza, aún tierna y plástica. La rotación, combinada con la desigual estructura de dicha corteza (pues no es lógico suponer que fuera por completo uniforme) motivó que se dividiese en zonas de distinta compacidad. (1). Una de las más compactas se formó alrededor del polo norte: el Escudo Paleártico; otra hacia el ecuador: el Escudo Ecuatorial.

Hay que tener presente que entretanto las lluvias habían inundado la superficie terrestre y que sobre la corteza se extendía un mar universal: el pantanosa de Suess.

Si admitimos, como antes, la hipótesis de la deformación tetraédrica, (deformación dependiente del núcleo) comprenderemos que en estas masas zonales se insinuasen las aristas que sobresaldrían de las aguas como primeros continentes mientras que las caras quedarían cubiertas por las olas

El espacio comprendido entre ambos escudos corresponde a una zona débil, oceánica por naturaleza y sede de sucesivos geosinclinales; tal es el mar de Tetis, que corta a las aristas. Hoy está reducido al Mediterráneo, pero en otro tiempo llegó hasta el Mar Caribe (el Mediterráneo americano).

Distribuidas así tierras y océanos, las contracciones sucesivas del núcleo motivaron los plegamientos de la corteza y entre las diversas masas rígidas (cubiertas o no por los mares) se plegaron las cordilleras en épocas distintas, pero siempre en sitios próximos y con direcciones y formas análogas. Así se formaron los plegamientos caledonianos, hercinianos y alpinos, procedentes del geosinclinal mediterráneo, las cordilleras del Asia, de igual edad, y las que bordean las costas del Pacífico. Aún surgen muchas dudas, tales como si existió un continente pacífico, qué plegamientos antecedieron a los caledonianos y otras que probablemente no se resolverán nunca.

Al mismo tiempo que esos plegamientos y también antes y después de

(1) Recuérdese la fabricación de vasijas en un torno cerámico; al girar distribuye la masa según superficies de revolución, pero si el obrero no las alisase, quedarían algunas fajas más espesas que otras debido a concreciones primitivas de la masa. Pues bien; no hay que olvidar que la corteza es la reunión de trozos de escoria formados en la superficie del magma fluido.

ellos ocurrieron los hundimientos que se produjeron en general en toda la Tierra según dos sistemas de fallas arrumbadas de N. O. a S. E. y de N. E. a S. O.. La intersección de estas fallas, al recortar en las tierras las partes que se hundieron bajo el mar, determinaron la forma puntiaguda de los continentes.

Uno de esos hundimientos despedazó al antiguo continente de Gondwana, cuyos restos son la India, Madagascar y el Africa Meridional; otro originó el Atlántico y cortó el Escudo Paleártico y el Ecuatorial, formando la América del Norte, Europa, América del Sur y Africa.

Al mismo tiempo, la retirada del mar, debida a uno de esos movimientos de la hidrosfera de que antes hablamos, dejó en seco la depresión cáspica (donde permanece como testigo el Mar Caspio).

Así quedó dividido el Planeta en las siguientes partes naturales: América del Norte, América del Sur, Eurasia (Europa con Asia), Indo Africa (restos del continente de Gondwana) y las tierras antárticas.

Con el tiempo, cuando el núcleo cese de contraerse, la corteza dejará de plegarse, la geodinámica interna habrá muerto y la externa, representada por los meteoros, actuará sólo corroyendo las tierras emergidas, rellenando el fondo de los mares hasta que, igualada la corteza, se extienda sobre ella de nuevo el pantanoso, el mar universal como al principio.

Entre las muchas teorías, unas favorables y otras adversas, surgidas durante los cuarenta años en que preponderaron las aquí expuestas, aparecieron en 1912 las del geólogo alemán Wegener, que han conseguido mayor boga entre las modernas y a las que me refiero especialmente por lo original de las hipótesis en que se fundan y por ser las que se oponen hoy a las de Suess. (1).

Para Wegener las masas continentales, compuestas de elementos de la corteza más superficiales que los que forman el fondo de los océanos, flotan en el magma fluido sub-yacente y navegan en él a la deriva como en el mar las bancas de hielo. Cree que las masas continentales estaban antes reunidas en una sola, que luego se dividió poco a poco en las hoy conocidas y que éstas se han ido separando a favor de la deriva, que aún continúa. De modo que no necesita admitir, por ejemplo, el hundimiento de los continentes de Gondwana y atlántico, sino que afirma que el océano

(1) La casa editorial Calpe se propone publicar la versión española de la tercera edición alemana (1922) bajo la dirección del ilustre geógrafo Danti y Cereceda. También ha escrito acerca de las teorías de Wegener el sabio geólogo y académico de Ciencias D. Lucas Fernández Navarro.

de este nombre y el Indico son espacios de mar que han quedado libres, luego de haberse desatracado del continente de Africa, (el mas inmóvil) el de América por un lado y el indostánico por otro.

En corroboración de su aserto aduce, entre otras razones, la perfecta concordancia de los entrantes y salientes de las partes que suponen antes unidas y que se han separado, cual ocurre con las costas del Brasil y Guinea, como caso más patente.

El autor apoya esta audaz teoría con ingeniosos rezonamientos, pero no hago más que citarla sin arriesgar una crítica, porque todavía no la conozco bastante a fondo, aunque tengo barruntos de que, en la parte que admito en principio, no pugna con las teorías suessianas tanto como parece a primera vista.

Aquello que admitamos de lo que nos dice hoy la ciencia geológica debemos acogerlo con respeto y reserva a la par, pues la Ciencia es un constante cambio de opiniones. Cada generación ha de trabajar con arreglo a las que encuentre en su época para comprobarlas o rectificarlas a fin de que el progreso no se detenga. Así se cumple la ley de continuidad.

PEDRO DE NOVO Y F. CHICARRO.

Madrid, Noviembre de 1923.



Sobre la orogenia lunar

En tanto que el estudio espectroscópico del Sol y de las estrellas en general nos suministra datos valiosos relativos a la composición química de estos astros y que en los materiales litológicos que integran la costra superficial del Globo tenemos como a la mano los elementos de juicio acerca de la composición de sus regiones profundas, de la composición química de nuestro satélite, en cambio, no poseemos, en realidad, otro conocimiento que el que proporciona la consideración de las analogías. No es verosímil que siendo semejante la composición de las estrellas a la del Sol, y la de este a la de la Tierra, esto es, que demostrada por el análisis la existencia de los elementos químicos terrestres en todos aquellos cuerpos celestes, a su vez, en tal comunidad de composición probable, haya de mostrarse la Luna como un caso excepcional en este lógico prejuicio.

En estas mismas consideraciones, las diferentes hipótesis sobre el origen del Satélite permiten formular más ampliamente una ley de semejanza. En la hipótesis de Laplace los planetas se destacaron de la región ecuatorial de la masa solar primitiva y a su vez la misma ley determinó en igual forma la separación de cuerpos satelitales a expensas de la masa planetaria. Dada esta hipótesis no caben, en principio, otras diferencias entre la composición de la Tierra y la de su satélite que las que cupieron entre el Sol y la Tierra.

Si se adopta la doctrina cosmogónica turbillonaria profesada por E. Belot, el sistema formado por La Tierra y sus satélites tuvo su origen análogo al del sistema solar, no en una sola nebulosa, como pretende la cosmogonia clásica, sino en un conflicto semejante al que se ha propuesto como origen de las *novas*. Surgió este conflicto con el choque del *tubotorbellino terrestre* con la nebulosa plana situada en el centro de la gran nebulosa solar, que se extendía hasta una distancia tal de la Eclíptica que en dirección aproximada a la del Apex era de 160 veces la distancia de la Tierra al Sol. Por efecto de éste choque vibró la tromba cósmica terrestre alargándose sus espiras por masas separadas y esta vibración determinó la formación de cuatro vientres de cada uno de los cuales escapó un con-

junto de moléculas concéntricas que formó mantos (*nappes*) satelitales que en virtud de la velocidad antagónica de las masas nebulosas de la eclíptica se redujeron a torbellinos satelitales. La Tierra vino a tener así cuatro satélites cuyas respectivas distancias al centro contadas sobre su plano ecuatorial eran de 3'2, 8'7 y 70'8 radios terrestres. Esta última distancia corresponde a la distancia de la Luna medida en el plano de su órbita que formaba en el origen un ángulo de 18°27, con el plano del Ecuador terrestre. De estos cuatro satélites solo la Luna subsiste; los otros tres, constituídos por anillos de pequeñas masas dispersas, como todos los planetas y satélites cuyas distancias son inferiores a las de los planetas y satélites de masa máxima, han debido caer sucesivamente sobre la Tierra en su región ecuatorial, en épocas distintas en razón a sus distancias primitivas muy diferentes, determinando en el Planeta, a medida de su proximidad creciente, grandes marces, efectos térmicos producidos por el frotamiento con la atmósfera, materia, que ha ingresado en la masa del Globo y un crecimiento del momento de rotación terrestre. (1) En estas ideas de Belot nada hay que proscriba una semejanza de composición, al menos cualitativa, entre la Tierra y la Luna, lejos de esto, se desprende de ellas la posibilidad de la analogía que pretendemos.

En la hipótesis de G. H. Darwin debió la masa lunar separarse del Ecuador terrestre en un periodo en que el Planeta estaba constituido por un elipsoide de tres ejes animado de un rápido movimiento de rotación cuya inestabilidad determinó una estrangulación ecuatorial y la separación progresiva de un fragmento de $\frac{1}{80}$ próximamente de la masa total en el sentido del plano ecuatorial. Potentes mareas desenvueltas por la acción gravitativa de las masas así separadas, y que fueron debilitándose a medida de la distancia ocasionaron un frenaje que disminuyendo continuamente la velocidad de rotación de la Luna ha dado por resultado el que esta presente siempre la misma cara a la Tierra, la que en un tiempo futuro llegará a presentar la misma cara a la Luna como consecuencia del frenaje producido en su movimiento de rotación por la marea provocada en su hidrosfera por la acción gravitativa lunar. Así deberá suceder, según Darwin, cuando la velocidad de la rotación terrestre haya disminuido por tal causa hasta elevar la duración del día desde la actual de 24 horas hasta la 55 horas. Esta hipótesis viene, pues, a formular de un modo indirecto la comunidad de la composición química del sistema Tierra-Luna surgido de una misma masa.

En una atrevidísima opinión debida a Pickering la Luna constituye un fragmento de la costra terrestre separado del Planeta de una región que

(1) E. Belot. *L'origine des formes de la Terre et des planetes*. París, Gauth.—Vill 1918.

corresponde probablemente al gran hueco actualmente ocupado por el Océano Pacífico en época en que aquella corteza era aún muy delgada.

Tampoco en esta original hipótesis surgen dudas acerca de una semejanza de composición química entre la Tierra y su satélite.

Pero si tratando de inquirir aún más sobre la composición de este nos fijamos en que la densidad lunar, 3'3—3'4 es algo menor que la terrestre 5'5, estamos autorizados para sospechar que la Luna, cuya morfología interna no hay motivo para suponer diferente de la de la Tierra, contiene quizá una menor porción relativa de la materia metálica nuclear que a esta se atribuye, ya que en la actualidad carece evidentemente de una hidrosfera voluminosa cuya baja densidad, 1'02 (1) para La Tierra, haría descender sensiblemente la densidad media que hoy muestra; hipótesis esta de una menor porción nuclear relativa, más admisible, a mi juicio, que la que se basa sobre una mayor porosidad de los materiales litológicos lunares, o en la suposición de que el satélite «pudo quedar detenido a un menor grado de condensación.» (2) En la hipótesis de Pickering, la Luna ofrecería una densidad demasiado baja y apróximada a la de la corteza litosférica terrestre (2-), puesto que sería un fragmento casi exclusivamente de la propia corteza del Planeta.

Siendo semejantes su probable origen cosmogónico su composición química y las circunstancias astronómicas que concurren en uno y otro astro y como a partes próximas de un mismo sistema sometido a una misma ley gravitativa y semejantemente afectadas de las influencias dinámicas del astro central del sistema solar, rigen sus dependencias mútuas, no hay razón alguna para que la estructura del globo lunar difiera de la del terrestre, abstracción hecha de una hidrosfera fluida y de una atmósfera semejantes a la nuestra, que debió poseer el satélite en su pasado, pero que han desaparecido en la actual época decadente de su periodo evolutivo. La Luna debe poseer, en síntesis, una costra exterior litosférica, una litosfera más o menos profunda y fría y un núcleo ferrometálico sólido más o menos voluminoso. Dados el carácter de los fenómenos cuyas huellas intensas observamos hoy en la superficie lunar y el concepto adquirido de las causas de fenómenos semejantes que se desenvuelven actualmente en la superficie de la Tierra anejas a su dinamismo interno, hemos de confirmarnos forzosamente en esa deducción.

Ante el examen telescópico de la superficie lunar que los progresos de la fotografía permiten hoy con notabilísima perfección de detalles a los que carecemos de los medios de efectuar directamente estas observacio-

(1) Densidad que ofrecen ordinariamente las aguas de los mares, variable, como es sabido con la situación geográfica de estos, y con la profundidad.

(2) *Ou en est la Geologie?* París Gauth.—Vill.

nes mediante los potentes aparatos adecuados, la curiosidad se há concentrado en todos tiempos en el *por qué* de esa fantástica faz que proporciona la inmediata y exclusiva impresión de un volcanismo casi uniforme, general, catastrófico, cuyas particularidades no han dejado de ser muy discutidas. Hipótesis algo extendidas en la actualidad atribuyen este carácter particular de la topografía lunar que asemeja sus grandes extensiones superficiales a inmensos campos sembrados de gigantescos cráteres de explosión producidos por bombardéo titánico de diabólica artillería, en efecto, al bombardéo de innúmeros bloques meteorícos cuyo enorme volúmen, si se relaciona con el diámetro de los circos, llega a quedar fuera del alcance de nuestro sentido práctico para circos tales como Clavius, al que se ha asignado un diámetro próximo a 200 Km y otros de los que con profusión nos ofrece el Satélite. El conjunto de sus cráteres no representaría otra cosa que la totalidad de los impactos, determinados por el choque de los proyectiles meteorícos que modelaron así, en esta hipótesis, la accidentada topografía lunar, en virtud de un fenómeno que, aunque representado también bajo nuestra atmósfera en la Tierra, no alcanza, al menos en la época histórica actual, ni con mucho, tan extraordinaria intensidad; con tal espectáculo ha debido ser, pues, la Luna mucho más favorecida que el Planeta.

Ya en un trabajo presentado anteriormente por mi a esta Real Academia (1) se señala una duda que he visto confirmada por el astrónomo francés M. Puisseux al observar igualmente la verticalidad de los ejes de los cráteres, inconcebible en aquella hipótesis a menos de admitir la circunstancia extraña e inverosímil de que todos los proyectiles que los produjeron cayeron sobre la superficie del Satélite según una trayectoria vertical, siendo así que los bólidos cruzan nuestra atmósfera terrestre bajo todas direcciones. Por extensión a otras particularidades de la faz lunar, se ha pretendido relacionar con la misma hipótesis meteorítica el origen de ciertas grietas o surcos tales como la gran hendidura de 70 Km. de largo, 10 a 12 de ancho y 3 de profundidad quizá velada por depósitos posteriores a su formación—, que atraviesa el accidentado macizo de Los Alpes, considerandolas como cicatrices abiertas en la costra lunar por proyectiles meteorícos de trayectoria tangencial. Pero relativamente a este determinado accidente no es admisible la escepcion que viene a suponer un choque no explosivo cual los demás que provocaron la formación de los cráteres que ofrece la superficie del satélite en toda la extensión de sus distintas regiones, a veces en los que semejan mares, ya en las que aparentan vastas llanuras, ya en las montañas ya en volcanes en cuyos baluartes surgen cráteres parasitos (Aristillus, Cassini), múltiples a veces (Clavius).

(1) Memoria leída en el acto de la recepción solemne del autor en Septiembre de 1922.

No se observan efectos explosivos en los bordes de esta gran garganta, bordes que, por el contrario, parecen susceptibles de adaptación si imaginamos un deslizamiento del uno paralelamente al otro. Yo no creo ilusoria una conclusión que permita atribuir este accidente a la fractura provocada en un gran banco, por un empuje ascensional acompañado de un doble movimiento de báscula de los dos témpanos en que el banco quedó dividido por la grieta. En esa región la muy visible disyunción escalonada a grandes trazos aboga por la posibilidad de grandes fracturas rectilíneas.

El exámen de los zócalos de los volcanes lunares denudados por la consiguiente acción erosiva debida a la existencia indudable de una atmósfera concomitante de un fenómeno cual el volcanismo que no se desenvuelve sin el concurso del agua, nos muestra ejemplares bien caracterizados cuyos detalles no discrepan de los que ofrecen los volcanes terrestres. Sobre la superficie de una región volcánica no puede prescindirse, en absoluto, de una atmósfera en que tienen representación el vapor de agua, los anhídridos carbónico y sulfuroso, el clórido hídrico, los carburos de hidrógeno, el sulfido hídrico, con otros gases; productos todos estos del quimismo volcánico desenvuelto, al menos, durante la erupción. El frío de la larga noche lunar provocará la condensación de estos vapores que serán arrastrados torrencialmente hacia el exterior de los circos o fijados en sus crestas al estado sólido determinando en fin en una sucesión alternativa de cambios de estado una erosión favorecida por la acción química particularmente, del clórido hídrico, sobre las rocas que limitan el cráter. En una magistral y conocida obra de Suess (1) se describe así como la *dissección* de un volcan terrestre. La observación de un volcan en actividad —dice el sabio geólogo— enseña que las cenizas, piedra pomez etc. que emite forman el cono y que las lavas básicas se extienden por la superficie. Si las cenizas desaparecen por denudación se ven en las laderas del cono lacolitos de lavas ácidas que se han introducido en los diferentes pisos del suelo de la región el cual, hinchado por estas intrusiones, forma el zócalo del volcan. Si la denudación es mayor se verán los filones de lavas ácidas verticales irradiando de la chimenea, cuyo núcleo de granito y sienita puede observarse si se avanza aún más. Estos núcleos frecuentemente graníticos vienen a constituir los «moldes internos», como Suess los llama, del volcan. Así en un foco primitivo tal como los que pudieron originar a Aristillus o a Copérnico, la denudación producida por los agentes químico-mecánicos ha podido mostrar a la vista del observador actual el zócalo descarnado del volcan edificado en las primeras erupciones, con sus filones radiales de lavas ácidas y sus profundos barrancos que la destrucción de materiales menos resistentes a la acción erosiva ha

(1) *La faz de la Tierra*.—Traducción española por P. de Novo y F. Chicarro. Madrid 1923. J. 1.º Extractos. pag. XXX.

abierto y profundizado y por cuyo fondo han descendido como producto de posteriores erupciones, las inmensas coladas de materiales básicos muy fluidos que han podido originar las prolongadas corrientes divergentes que ofrece Tichus y alcanzan una longitud superior a $\frac{1}{8}$ de la del meridiano lunar. E. Belot (1), lógicamente fundado en que en la Tierra ninguna corriente atmosférica sigue una dirección rectilínea en una extensión semejante, ha negado el origen atribuido por Puisseux a estas radiaciones consideradas como depósitos de cenizas; bien que en mi sentir la existencia de una atmósfera, y de grandes corrientes atmosféricas durante el régimen de la inintensiva actividad volcánica lunar debe quedar al abrigo de todo género de duda. En sus fases acuosas y explosivas, en sus fases de emisión tranquila, que bajo tan grandiosa apariencia muestra la historia del volcanismo terrestre en las erupciones del Etna de 1865 que según Fouqué arrojó diariamente 11.000 m.³ de vapor de agua, en las explosivas del Stromboli, del Krakatoa y del Monte Pelado, en las del tipo hawaiano que presenta el Kilauea, el volcanismo del Planeta no basta a dar una idea del inconcebible espectáculo de un volcán lunar tal como el Clavius cuyo cráter circunda una extensión superficial capaz de contener dos veces toda la superficie del suelo de la Provincia de Córdoba.

Ante un primer problema que plantea el exámen de la faz lunar se inclina el ánimo ya a creer que la actual etapa evolutiva del satélite ha podido borrar las huellas de otras etapas en que quizá ha dominado en sus fenómenos un carácter muy distinto, o bien a conceptuar esta faz actual como resultado de un carácter dominante de continuo en los grandes trazos de su evolución.

En una explicación sintética, expresa E. Belot *que las formas exteriores de los planetas dependen estrechamente de su origen cósmico; pero la física de los fluidos atmosféricos o acuosos diferencia estas formas por el volcanismo, la orogenia etc., hasta el punto de que astros como la Tierra, la Luna, Marte, Venus, de densidades comparables y de formación similar presentan superficies cuya variedad de aspecto es al primer golpe de vista enigmática. Es muy notable, continúa, que los astros más pequeños (satélites) en los que las fuerzas físicas no tienen contrapeso en la gravedad sean capaces de efectos los más grandiosos (cráteres de 150 Km. de diámetro, bombas volcánicas de 6 a 10 veces más voluminosas que en la Tierra, proyecciones de volcanes lanzadas bajo órbitas hiperbólicas alrededor del Sol y expulsadas de nuestro sistema, que las recibe así mismo de los sistemas próximos en forma de meteoros), en tanto que los planetas, cuya masa limita el campo de las fuerzas físicas son incapaces de tales acciones.* (2) Conceptúa el sabio autor de la hipótesis turbi-

(1) Op. cit.

(2) E. Belot. Op. cit.

llonaria de la formación de nuestro sistema, como causa de la estabilidad del volcanismo lunar, que considera principalmente acuoso, la temperatura de ebullición del agua, de solo unos 50°, en la superficie, aún en la época de formación de los circos. Sobre la Tierra, dice, un volcan es siempre efimero. El agua que lanza a la atmósfera vuelve rápidamente al mar sin actuar por erosión en el interior del cráter, mientras que en la Luna el agua subterránea que procede en parte de los mares queda almacenada largo tiempo en los circos, de donde no puede salir en virtud de las dimensiones de estos; la ausencia de vientos que supone la carencia de atmósfera, y el frío de la larga noche hacen de sus crestas un poderoso condensador. Así, aunque el agua de los mares lunares tuviese la misma salubre que la de los terrestres, su sal no podría obstruir los conductos volcánicos, puesto que el agua pluvial acumulada en los circos vendría a disolver de nuevo las materias salinas en las profundidades del suelo. Por otra parte siendo el volcanismo lunar, sobre todo, acuoso, el agua salada forma parte de sus proyecciones. La chimenea volcánica, por último, una vez que ha alcanzado cierta altura, puede deshacerse en virtud de la erosión externa. en tanto que el fondo del circo, se hunde quizá algunos kilómetros (Theophilus) para alcanzar el calor central de que tiene necesidad el volcanismo para manifestarse. (1)

Pero esta explicación, tan indiscutible como pueda ser en sí, no se desenvuelve al alcance de una analogía que establecen circunstancias astronómicas semejantes dentro del sistema solar, pretendida composición química común y evolución planetaria análoga de sus masas sometidas a un proceso físico-químico también semejante. L. De Launay que acomete más radicalmente la solución del problema (2) parece intentarla solo ante la consideración de las limitadas manifestaciones orogénicas de la superficie lunar frente a las terrestres, al decir que en el proceso de la evolución lunar la solidificación más profunda que la de la Tierra, en relación a un radio mucho más reducido, supuestas las mismas las temperaturas del manantial caliente y del frío, *debía, por su parte disminuir las ocasiones de movimientos tangenciales*. Es sensible que la explicación del sabio geólogo no venga a girar directamente sobre la consideración de la gravedad lunar reducida por ley general de la materia a una pequeña fracción de la terrestre.

Para darnos cuenta del proceso evolutivo semejante al terrestre que ha podido llevar a la Luna a su actual etapa, hemos de considerar que nada ha debido faltar al Satélite en este paralelismo. A partir de su juventud planetaria, bajo composición química análoga, densidad análogamente dis-

(1) Op. cit.

(2) Op. cit.

tribuída entre un núcleo barisférico con probabilidad más reducido relativamente, una litosfera silicatada y una delgada corteza sobrecargada de su hidrosfera y de una atmosfera semejante a la nuestra. Progresando el enfriamiento del globo lunar la solidificación extendida por la litosfera alcanzó al núcleo ferrometálico, mientras que las acciones químicas provocadas por el contacto de la hidrosfera sobre materiales litosféricos profundos han venido a alimentar un foco de energía térmica en región más o menos profunda sobre la cual se asienta una zona cortical externa rígida.

Pero el núcleo ferrometálico lunar, de composición análoga al terrestre, ha debido quedar, como este, sometido, durante su enfriamiento, a una misma ley física que rige el proceso del enfriamiento del hierro y de sus aleaciones con el níquel y otros elementos que figuran en la composición de las masas meteóricas, como enseña experimentalmente el análisis térmico del hierro. (1) A partir del núcleo lunar fluido, hacia 1475° surgió la solidificación acompañada de un aumento de volumen y una emisión térmica considerables. Esta primera fase diastólica nuclear debió afectar a la litosfera, bajo un empuje que desgajó intensamente la débil corteza exterior sólida. La reacción elástica del magma así comprimido en su albergue litosférico determinó un período de erupción e hidrotermalismo intenso favorecido por el general desgaje de la costra, en esta primera fase diastólica del núcleo, durante la cual, las profundas modificaciones habidas en la posición y en el nivel topográfico relativos y en el nivel isostático de las masas corticales desgajadas, pudieron dejar tal vez trazadas las primeras divisorias de los mares y los continentes del Satélite.

Una fase de contracción nuclear continua que determinó un período orogénico continuo, de arrollamiento de la bóveda cortical lunar, debió semejantemente a la Tierra, seguir a aquella fase diastólica originando un sistema montañoso representado en nuestro globo por el Sistema Hurocaledoniano.

Hacia 855° temperatura a que en la curva térmica del hierro aparece un nuevo punto crítico, debió reproducirse una nueva fase diastólica nuclear de atenuación orogénica y de carácter general eruptivo, dada la considerable emisión térmica que este nuevo punto crítico representa.

Siguió una segunda fase de contracción nuclear continua que provocó nuevo período de actividad orogénica; causa terrestre de la formación del Sistema montañoso Herciniano, que debió desenvolverse semejantemente en el régimen del arrollamiento cortical de la Luna.

Después sobrevino una nueva fase diastólica determinada por la aparición de un nuevo punto crítico hacia 720° en que la curva térmica del hie-

(1) F. de Chaves. *Aplicación a los fenómenos geológicos de la hipótesis de los puntos críticos en la ley del enfriamiento de la barisfera terrestre*. Boletín de la R. Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba. Año 1.º n.º 2; pg. 37. 1923.

ro sufre nueva súbita inflexión, y con la nueva emisión térmica nuclear coincidió nueva fase eruptiva de pausa orogénica lunar. A partir de esta temperatura nuclear un nuevo periodo orogénico del Salite tiene su representación terrestre en el Sistema montañoso Alpino, último gran sistema orogénico de nuestro Planeta que ha debido tener así mismo una representación lunar, última en la evolución orogénica del satélite, si hemos de pensar que la curva del análisis térmico del hierro, pasada la temperatura de 720° no ofrece nuevos puntos críticos, desenvolviéndose bajo una fase final de continuidad en la ley del enfriamiento.

Así pues, La Luna, como La Tierra, ha debido mostrar en la evolución orogénica de su corteza superficial las huellas de tres grandes periodos o fases de su contracción nuclear separados por periodos de calma orogénica, que han debido coincidir con los puntos críticos de su barisfera ferrometálica.

Más ¿por qué, dada esta hipótesis la actual facies de eruptividad volcánica dominante en La Luna no alterna con la amplia representación orogénica que ha debido acreditar a nuestros ojos la existencia de aquellos sucesivos periodos de contracción nuclear del Satélite?

Sin embargo de este argumento paradójico la explicación me parece compatible con la hipótesis propuesta. En el Satélite, la gravedad lunar muy reducida relativamente a la terrestre, ha ejercido sin duda un contrapeso mucho más débil sobre sus manifestaciones eruptivas; mientras que, de otra parte, la influencia de esta circunstancia en el desenvolvimiento de las arrugas corticales dentro de un proceso singularmente regido por las presiones tangenciales sometidas así mismo a la influencia de una menor gravedad, ha determinado una limitación de la orogenia lunar. Y como consecuencia también de la menor gravedad los efectos erosivos que determinan la penellanura han sido mucho más débiles que en la Tierra; y estratificación limitada supone limitación de plegamientos, esto es, limitación orogénica.

Resulta, en supuesta igualdad relativa de duración de periodos geológicos semejantes, que la evolución planetaria del Satélite, mucho más rápida que la terrestre, en razón a un mucho más rápido enfriamiento dada la menor masa lunar, ha ofrecido mayor intensidad de sus fases eruptivas de calma orogénica que de sus atenuadas fases propiamente orogénicas. De aquí que un predominio eruptivo enmascare en su faz actual la sucesión histórica de su pasado.

Aviéndose esta hipótesis con las observaciones de Puisseux que como resultado de sus estudios con Loewy de la superficie lunar, ha creído reconocer las huellas de tres periodos distintos en la actividad del Satélite.

No existe actualmente observación ni hipótesis alguna que permita establecer una diferencia genérica entre las condiciones geológicas que han

determinado la orogenia y la eruptividad volcánica terrestre y las que probablemente han dado su actual faz a la superficie lunar. Antes por el contrario la realidad del volcanismo lunar atestigua que la existencia de una corteza sólida y una región subcortical semejante a la región magmática de la envoltura terrestre han debido originar en La Luna fenómenos geológicos análogos a los que en la Tierra determina la expansión de sus materiales internos a través de la película cortical perforada violentamente en un caso muy general merced a la fuerza expansiva del vapor de agua; mientras que no hay razón alguna para rechazar, relativamente al Satélite la probabilidad de un núcleo ferrometálico análogo al terrestre, y sólido como este mismo.

Y si este núcleo es sólido *virtualmente*, como pretende la bella hipótesis físico de Tammann, dado que como propone su sabio autor, su estado físico se halla instaurado y definido por condiciones de presión y temperatura extraordinariamente diferentes de las que determinan las distintas propiedades mecánicas, térmicas, eléctricas, ya notablemente variables en función de citados factores en condiciones próximas a las ordinarias como la observación experimental demuestra ¿que explicación puede admitirse de la periodicidad de los grandes hechos geológicos relacionados con la evolución nuclear que no prejuzgue a su vez una modificación periódica en las condiciones de temperatura y presión que determinan un estado sólido virtual de su materia?

Si trasladásemos la hipótesis de Tammann al concepto del estado físico interno de la Luna quedaría por tanto sin explicación esa periodicidad que supone la aparición de tres épocas distintas en la evolución de su superficie. La hipótesis de un núcleo lunar ferrometálico, realmente sólido en el sentido en que *prácticamente* concibe el físico este estado en las condiciones ordinarias, está en cambio exenta a mi juicio de esta objeción. Y coopera por su parte, en el orden de las analogías del universo, a la asimilación de fenómenos desarrollados sobre cuerpos análogos dentro de una probable ley evolutiva común.

Otra objeción surge relativamente también a la evolución planetaria de la Luna cuando considerando la potente eruptividad que atestigua su intenso volcanismo pretendemos ligarla y hacerla dependiente de la gran presión ejercida por un núcleo interno fluido y expansivo, contra el receptáculo litosférico, causa para algunos geólogos de la actividad volcánica y eruptiva de la Tierra. Si el volcanismo intenso de La Luna es debido a una gran tensión de su materia interna, agotado ya el periodo de actividad eruptiva que rige en la actual etapa de quietud, un periodo de intensísima orogénesis ya previamente iniciado ha debido sucederle y sus huellas se mostrarían sensiblemente bajo una amplitud general a toda la superficie visible del Satélite. Su faz actual sería, en suma, orogénica y no, como acontece, volcánica.

Reflexiones sobre un

cráneo vivo neanderthaloide

De todos es sabido que en el accidentado curso de formación de la Antropología, uno de los problemas que más hubieron de apasionar a los sabios, fué el de determinar el número de especies del género Homo.

Quizá durante algo más de un siglo anduvieron divididos los antropólogos en mono y poligenistas; razones científicas y metafísicas, lo divino y lo humano fueron elementos puestos a contribución por los difinidores para defender sus tesis respectivas; tesis tan dispares que desde el monogenismo tradicional del Génesis, hasta el poligenismo asaz múltiple de un Bory de Saint Vicent o de un Agassiz podían hallarse todos los matices; mas, a fines del pasado siglo, dejándose llevar los antropólogos, a nuestro entender y en primer término, de razones sentimentales, aceptóse por la inmensa mayoría la unidad de la especie. ¡Bellas razones que permitieron acabar, de una vez para siempre, cuando menos en derecho, con la bárbara esclavitud!

Y decimos razones sentimentales, porque no sabríamos explicarnos de otra manera que lo que fué motivo de estruendo científico, de dura lucha en la que las convicciones científicas y las creencias religiosas chocaron violentamente, en la actualidad, por otros sabios muy próximos a aquellos, por los prehistoriadores haya sido resuelto dulce y serenamente, sin violencias, sin encono de pasiones, pero en sentido contrario. Es que entonces tratábase de *hominos vivos*, sobre los que habrían de caer las amargas últimas consecuencias de la afirmación de la pluralidad de especies humanas, y ahora se habla de especies extintas sobre las que no puede caer el duro peso de nuestra superioridad.

Mas no es este el asunto que ahora nos interesa y cuyas derivaciones habrían de llevarnos muy lejos y a terrenos escabrosos por demás; sí diremos, que, en principio y sin discutirla, aceptamos la postura de los prehistoriadores, no sin dejar apuntado que vemos cómo, poniendo en nuestro ánimo algo de confusión, sin una perfecta delimitación, emplean estos señores los términos *especie* y *raza*, y que al enumerar las especies no

sólo no están de acuerdo en su clasificación sino ni aun en el lugar jerárquico o genealógico que a cada una corresponde; pues así como nos hablan de las especies: *Homo amentalis*, *H. neanderthalensis*, *H. Heidelbergensi*, *H. Sapiens* con sus variedades: *fósilis* y *recese*, *Eoantropus Dawsoni*?, y que otros reducen a dos: *sapiens* y *neanderthalensis*, aquéllos consideran, no muy firmemente, el H. de Neanderthal como *H. primigenius*, del que procede el *H. sapiens*, éstos creen que ambos proceden de un tronco común muy lejano, y algunos no saben, al cabo, qué decir: si el *sapiens* procede por evolución de aquélla o de otra especie

Empero, nosotros, queremos aceptar de momento la opinión que admite dos especies bien definidas, procediendo ambas de un tronco común aunque lejano y desconocido.

De estas especies, la de Neanderthal, que es la que nos interesa, se caracteriza fundamentalmente: «por la presencia bien ostensible de un reborde óseo continuo de una a otra apófisis orbitarias externas, la frente algo huída, craneo dolicocefalo, fosas temporales hundidas, rostro prognato y mandíbula sin menton o muy ligeramente iniciado. Existió en el paleolítico inferior o medio, desapareciendo totalmente en la época musteriense; tras de ella no han quedado formas de transición ni en el paleolítico superior ni en el neolítico ni en la época actual; sus caracteres no se encuentran en las razas superiores actuales, pues si en algunos craneos hallados en sepulturas prehistóricas, históricas o actuales se observan algunos detalles por los que se pudiera pensar tratábase de craneos neanderthaloides, debe tenerse en cuenta que aquéllos sólo son, de ordinario, un fuerte resalte de las arcadas orbitarias y una cierta huída de la frente, mientras que el rostro es muy diferente y el menton siempre bien acusado, es decir, son *H. sapiens* con caracteres atávicos, que han formado parte del fondo común de los lejanos antepasados de estas dos especies y que pueden aparecer accidentalmente. Y, por último, tras el periodo glacial debió desaparecer, la especie, de nuestras latitudes, conservándose, sin embargo, por expansión o emigración en Africa—hombre de Rodesia—y Australia donde pueden hallarse actualmente, conservando los rasgos primitivos de bestialidad, pero habiendo adquirido en el transcurso de los siglos la actitud perfectamente derecha, por lo que estaría más evolucionado que su viejo hermano de Europa».

Esto nos dicen, en concreto, los prehistoriadores—El hombre fósil, Obermayer; Les hommes fossiles, Marcellin Boule—Pero nosotros hemos de añadir dos hechos nuevos, que consideramos de alto interés para un juicio definitivo. Hélos aquí:

Ha próximamente dos meses fué descubierto un yacimiento prehistórico en las obras del canal del pantano del Guadalmeñato, en Alcolea, y en este yacimiento—del que ya tienen noticia los lectores por el número

extraordinario de este Boletín aparecido en Febrero—, neolítico según opinión de los señores Hernández Pacheco y Carballo, encuéntrase un cráneo típico de la especie neanderthalensis, pues además de presentar su torus supraorbitario bien marcado, la frente huída, etc., acompañábase de una mandíbula, al parecer a él correspondiente, con las apófisis genis rudimentarias y el mentón muy poco ostensible.

Posteriormente, nosotros, hemos hallado entre los enfermos de este Manicomio provincial, un desgraciado epiléptico, cuyas son las radiografías que acompañamos, y en el que encontramos: dolicocefalia, torus supraorbitario, continuo de una a otra apófisis orbitarias externas; rostro hoccido; torus occipital que culmina en una enorme protuberancia occipital externa; y mandíbula gruesa, sólida, sin mentón (en los tejidos blandos es normal), huída hacia atrás y abajo en la línea media, línea que parece prolongarse en su borde inferior en forma de espina. (1)

Y al comparar estos dos hechos, al parecer notables, teniendo en cuenta aquellos cánones establecidos por los prehistoriadores, hemos inducido, a nuestro entender lógicamente, que el torus supraorbitario y demás caracteres morfológicos nombrados fundamentales no son tipológicos, pues que pueden presentarse en todas las épocas humanas y, por consiguiente, que a las edades culturales de la humanidad no corresponden tipos especiales. (2)

Esto hemos sostenido, en principio, al intervenir en la discusión habida en la Real Academia de Ciencias de Córdoba con motivo del hallazgo de Alcolea, mas no creemos conveniente detenernos aquí. Aquellos cánones, cimentados en unos cuantos, escasos hechos, creemos pueden ser modificados, alterados por algunos hechos más si estos, aunque también escasos, pueden esgrimirse como notables.

En este sentido, teniendo en cuenta que «el hombre de Rodesia y la raza australiana, ofrecen, con el hombre de Neanderthal, un fondo común de caracteres primitivos» y que «no obstante las diferencias que los separan, se puede admitir que las tres formas tienen un origen común» (Boule), al hallarnos ante un cráneo y una mandíbula neolíticos con los rasgos neanderthaloides perfectamente marcados y ante un cráneo vivo con los mismos rasgos no solo marcados, sino exagerado alguno, nos creemos

(1) También hemos hallado varios enfermos en los que el torus frontal muestráse iniciado, y, fuera del Manicomio, algún caso con torus más exagerado que el radiografiado.

(2) La variedad de craneos y de restos de industria encontrados en el yacimiento de Alcolea (desde lo más bajo del paleolítico, a lo más reciente del neolítico) nos ha permitido calificarle de yacimiento *proteofósil* y *proteolítico* y afirmar que el cráneo por las circunstancias que le rodean, no es catalogable con arreglo a los cánones de los prehistoriadores.

autorizados a admitir que también estos, sin diferencias notables que los separen del hombre de neanderthal, tienen el mismo origen y, por ende, que la especie neanderthalensis se ha perpetuado en nuestras latitudes a través del periodo neolítico y de la época actual. Lo que nos llevaría a afirmar que en el hombre europeo de nuestros días aún se encuentra la especie neanderthalensis bien diferenciada — que si bien pudiera admitirse en ejemplares muertos, de los que no se conocen los progenitores, o en razas como la australiana, es bastante difícil y atrevido al tratarse de un



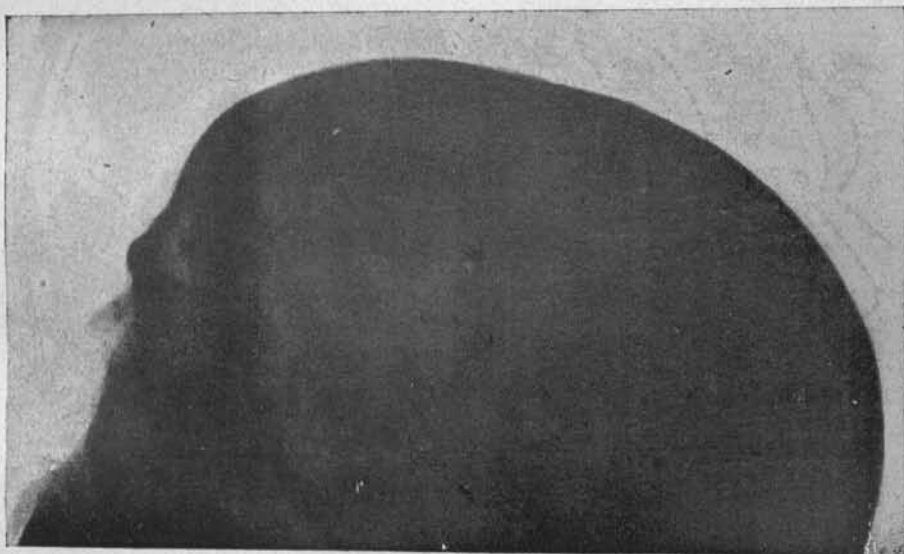
Radiografía de la cabeza de un enfermo del Manicomio provincial, obtenida por el Dr. D. Emilio Luque Morata.

hombre vivo que, aunque anormal, es igual a nosotros en él mismo y en sus ascendientes—o, mejor, que es la resultante de la fusión íntima de dos especies, quizá una tercera especie producto de aquellas dos, evolutiva una y regresiva la otra, y en la que los rasgos predominantes pertenecen a la primera, pudiendo presentarse de vez en vez los de la segunda, como fenómeno atávico.

Y ya ésta, es una nueva cuestión. Sin duda de ninguna clase, los rasgos que encontramos en el cráneo y rostro de las radiografías son manifestaciones de atavismo, «caracteres verdaderamente primitivos, que han formado parte del fondo común de los lejanos antepasados»...; esto no puede

mos discutirlo en nuestro ejemplar vivo, por sus antepasados, por su aislamiento, etc., a pesar de ser muy marcados sus caracteres y en buen número y no simplemente «un fuerte resalte de las arcadas orbitarias y una cierta huida de la frente».

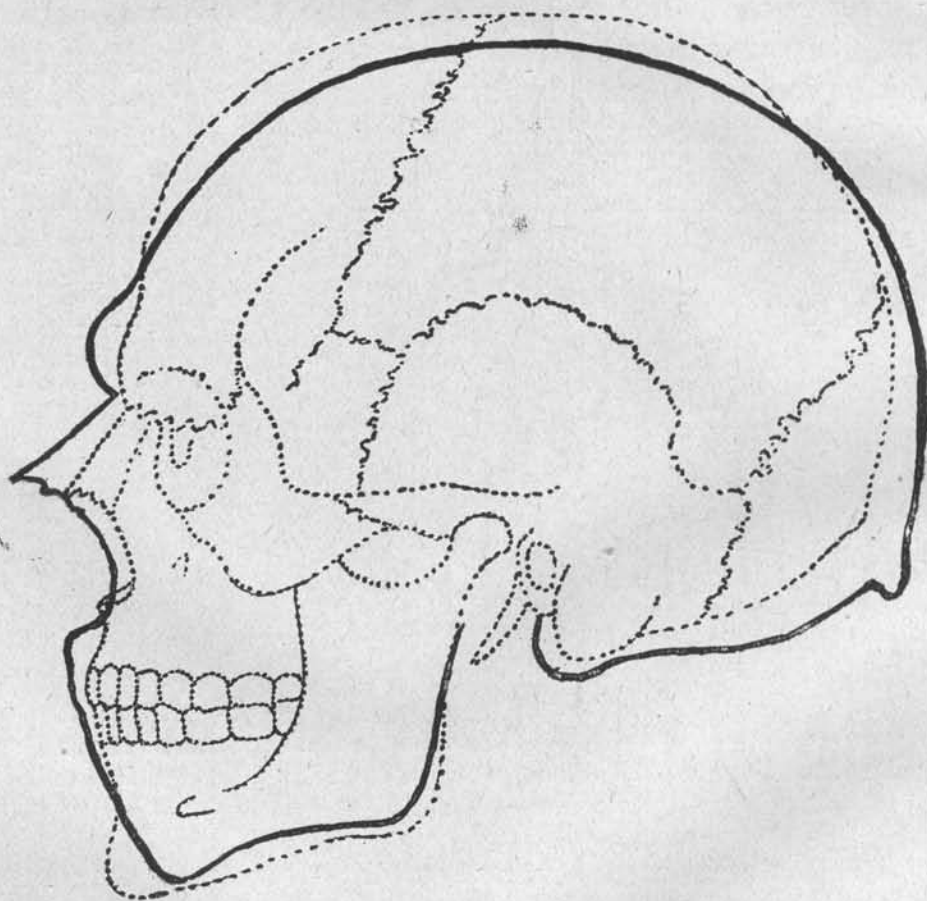
Pero ¿por qué no aceptar también como atavismo los rasgos del hombre, aislado, sin antecedentes, hundido en las tierras africanas? ¿Por qué no los rasgos de la raza australiana, muy distante de Neanderthal; distancia que obliga admitir una capacidad de expansión enorme y prodigiosa, poco conforme con la que se asigna en biología a las formas regresivas? ¿Por qué no los rasgos de los restos descubiertos en Alcolea, en un solo cráneo y una sola mandíbula, entre otros cráneos en los que casi se acusan y otros idénticos a los actuales? ¿Y, por qué no, en fin, en esos esca-



Radiografía del craneo del mismo enfermo, obtenida por el Dr. D. Emilio Luque Morata.

sos restos típicos hallados en Mauer, Piltdown—fragmentos de cráneo sin frente ni cara—, Taubach, Le Moustier, Spika, La Quina, Pech de l'Azé—mandíbula con menton—, Malornaud, Arcy-sur-Cure—mandíbula con menton típico, pero poco acentuado—, Gourdon—fragmento de mandíbula—, La Noulette, Gibraltar, etc., etc., si los cráneos típicos no son múltiples en los varios yacimientos, si rara vez son restos óseos completos, si al aparecer una mandíbula rara vez aparece su cráneo y a la inversa, si no se muestran arquitecturas bastantes de las extremidades, esencialmente de las manos y pies que podrian hablarnos sin discusión, de esos adecuados «rasgos primitivos de bestialidad» que concluirían «en el transcurso de los siglos por adquirir la actitud perfectamente derecha»; si los restos de Mauer y Malornaud no se acompañaban de muestra alguna de industria, y el cráneo de Gibraltar apareció en terreno sin estatigrafía especial y sin

acompañarse de otros elementos fósiles característicos, y en el hallazgo de Neanderthal no encontrarse ni residuos de fauna ni restos arqueológicos; si en buen número de hallazgos sólo se cuenta como elemento de absoluta diferenciación en el orden cronológico, las características geológicas, y éstas únicamente son sólidas y bastantes, a este fin, en los terrenos diluviales; si el concepto de fósil es asaz deleznable, al depender la mineralización, no de la edad, sino de las condiciones físicas y químicas del terreno, etc., etc.?



Proyección de la cabeza radiografiada, sobre una calavera normal, por el Dr. D. Arcadio J. Rodríguez.

Atavismo, este es el asunto. Atavismo ahora y antes. O el *H. sapiens* descende del *H. neanderthalensis*; o ambos proceden de una especie anterior, humana o no; o cada uno descende de otra especie distinta.

Ahora bien; concluir que cada una descende de otra especie distinta, no sería más que alejar el problema. Concluir que ambas proceden de una especie anterior, que, para donar caracteres pitecoides como los que se encuentran en la especie *neanderthalensis*, habría de poseerlos más exagerados y habría, por ende, de ser más pitecoide aún que esta, en el proceso de evolución necesario para la formación de las dos especies

BRAC, 7 (1924) 79-85

obligaríanos a asentarla en el periodo terciario, con todas sus graves consecuencias antropológicas (y religiosas), pues que el hallazgo de Trinil, no tan distante morfológicamente de la bóveda craneana de Neanderthal y apareciendo en los estratos superiores del plioceno, fué recusado como *Homo primigenius* y calificado de antropoideo. Además, si en la especie *sapiens* pueden hallarse como fenómenos atávicos rasgos que hubieron de pertenecer, en primer lugar, a la especie comun. natural es que se presenten con más frecuencia y más ostensibles en los primeros tiempos, y no hay razón en contrario bastante eficaz para negar que tales fueran lo que hoy se nos muestra como especie distinta.

Concluir, por último, que el *H. sapiens* desciende del *H. neanderthalensis* (1), negando la pluralidad de especies, es seductor; mas, esto supone perfectibilidad orgánica, morfológica; habla de existencia de rasgos que más pertenecen a los antropoides; y si el *H. sapiens* es una modalidad del género *Homo*, cambiada, perfeccionada, y éste en sus albores era más inferior en conformación y esta inferioridad traducíase por la presencia de rasgos anatómicos pitecoides, sin gran trabajo y necesariamente habríamos de llegar a la aceptación del origen antropoideo o simio del hombre, y... hoy, hoy parece que las corrientes científicas o de los científicos son contrarias al evolucionismo.

¿Cual es, pues, nuestra opinión, en concreto? No la tenemos y difícil es hacérsela en asunto tan lábil como el que nos ocupa; no se pueden hacer juicios definitivos, ni dictar leyes ni ponderar hechos aislados tan delezna- bles como las bases sobre que se cimientan.

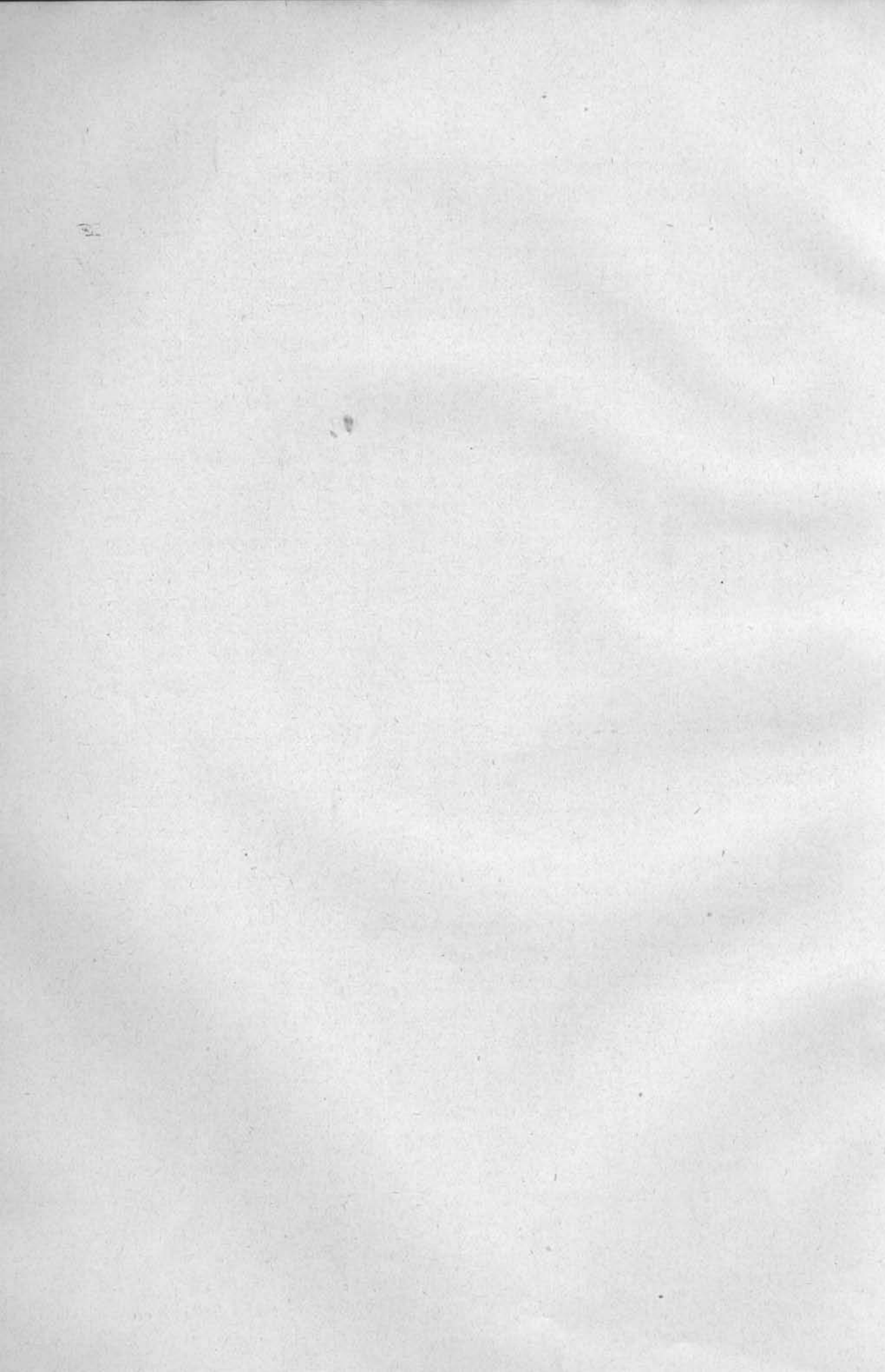
Sí queremos decir que o se acepta la evolución como ley universal biológica, con todas sus consecuencias o el sistema de los prehistoriadores y de los aficionados a la Prehistoria de poner un mote más o menos adecuado a cada cráneo o hueso que encuentran, es una comodidad de nomenclator para recordar dónde los hallaron o un mero pasatiempo para *epa- tar* a quienes nos asomamos ingenuos a los ventanillos de lo misterioso.

Y esta es, para nosotros, la única trascendencia que tienen el cráneo hallado en Alcolea y la cabeza radiografiada.

DR. RUIZ MAYA.



(1) Esta conclusión impone, más que las otras, afirmar que el cráneo hallado en Alcolea es un sólito fenómeno de atavismo.



Los fenicios y el tesoro de Aliseda

Resumen de la conferencia pronunciada el 2 de Enero de 1924 en el Instituto General y Técnico de Córdoba, 5.^a del curso organizado por la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de esta Ciudad.

SEÑORES:

Las lisongeras palabras que acaba de pronunciar don Rafael Castejón, solo son dictadas por la amistad y el cariño a un antiguo condiscípulo; yo vengo esta noche a charlar un rato sobre el arte ibérico, aunque tema que mi voz desentone entre las muy elocuentes de las autoridades científicas que me han precedido y seguirán en el uso de la palabra, en días sucesivos; pero atentamente invitado por la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, he creído que como cordobés debía de contribuir a sus fines culturales, aun conociendo cuán escaso es mi valer para salir airoso de un empeño tan grato a mis aficiones como superior a mis fuerzas.

El pueblo fenicio fué el maestro en el arte de navegar. El libro de los Reyes menciona que Salomón tenía su flota con la de Hiram, rey de Tyro y cada tres años la enviaba a Tarsis, por oro, plata, dientes de elefantes, monos y pavos, lo que hace suponer una confusión de los productos de Iberia con los de Africa. Herodoto nos dice que Netrao tuvo que recurrir a los fenicios para que le tripularan los navíos que dieron la vuelta al Africa. Los bajo-relieves asirios nos muestran el tipo del barco fenicio, y consta de las inscripciones cuneiformes, que Senaquerib tuvo entre sus prisioneros de guerra numerosos fenicios que por orden del rey construyeron bajeles en el Tigris y en el Eufrates. Sea o no la odisea, como la suponen algunos eruditos, la integración en un nostos griego de un poema y de un periplo semítico nos describe la forma de navegar en el siglo XI antes de J. C.

El mástil de abeto se izaba en el travesaño, atado con sogas, la vela sujetábase con correas bien torcidas, los remeros sentados en bancos de madera (con dos filas de remos en cada banda, en los barcos fenicios) y desatando de la piedra agujereada la amarra del barco, lo dirigían por el ignoto mar. Navegaban sólo de día, deteniéndose en las costas donde formaban los campamentos; mas adelante aprendieron a guiarse por las estrellas y viajaban también durante la noche.

El pueblo fenicio, sin historia militar conocida, fué no obstante el que desempeñó un papel más grande en la antigüedad como propagador de la civilización. Supo asimilarse como ninguno otro, la de los grandes focos de Egipto, Asiria y el Miceniano. En sus viajes por el Mar Mediterráneo, propagó el alfabeto, las industrias metalúrgicas, la fabricación del vidrio, los tintes de púrpura, la salazón del pescado, etc. Su industria orfebrera llegó al mayor esplendor. Conocieron el repujado, el estampado y la fundición. Con la filigrana hicieron los trabajos de mayor delicadeza y belleza de la antigüedad. Recubrían las joyas con bolitas de oro muy menuditas y empleaban el granulado, cuyo procedimiento de fabricación no conocemos, y que transmitieron a los Etruscos, después de aprenderlo, lo mismo que la fabricación del vidrio, de los Egipcios.

Debieron poseer, por consiguiente, para ejecutar esta clase de trabajos, una serie de instrumentos de gran precisión, así como los necesarios para el laminado, el batido y la fundición del oro.

En el siglo XIV, se supone que vinieron a España, siendo acogidos favorablemente por los indígenas. Entre las colonias que fundaron, la que alcanzó mayor prosperidad en el siglo XI, fué Gadir, según los clásicos griegos y romanos, y los restos arqueológicos encontrados, entre los cuales figuran el notable sarcófago antropoide, fenicio lo mismo que el esqueleto que contenía, y las sepúlturas de Punta de Vaca, las más antiguas de carácter micénico y las alhajas de estilo asirio-greco.

Según los testimonios más seguros, colonizaron y dominaron de un modo permanente la Andalucía Occidental hasta el Guadiana; pero los hallazgos en Portugal de joyas de técnica fenicia, como el tesoro de Lebuçao (Tras-Os-Montes) el collar de Da Estella (Povoa de Varzim) y las arracadas de Castro Laundos y de Montoñedo, juntamente con la supervivencia del tipo semita entre los pescadores de Povoa de Varzim, nos hace suponer una colonización fenicia intensa en toda la Lusitania, hasta llegar a Galicia, y cuyas huellas siguieron después los cartagineses.

El estímulo de esta penetración, además del comercio, fué la explotación de las minas siendo probable que les atrajeran los yacimientos estañíferos y se dedicasen a explotar estos con preferencia.

Los vestigios que existen de sus creencias religiosas, tanto como los restos arqueológicos, prueban que esta colonización en un principio cos-

tera, penetró muy pronto en el interior, fundando ciudades, como ya sostuvo don Eduardo Hinojosa. Contribuyó a tan rápido incremento la audacia de los inmigrantes que con sus barcos de poco calado remontaban el curso de los ríos.

Las prácticas y símbolos religiosos de que han dejado huella a su paso por la Península son numerosos. El culto del Sol y la Luna, de origen fenicio, aquí se ha practicado: el mito de Gerión es de carácter solar: se conserva un sol pintado en el sepulcro de la dehesa de Toñinuelo en Jerez de los Caballeros (Badajoz); el dios Melkart tuvo un templo, levantado en el Promontorio Sacro. El de la Luna fué importado por los galos celtas y los fenicios, que traficaron con los objetos del culto sidonio y egipcio. Durante la dominación romana se practicó intensamente el culto de Isis en Mérida (Emérita Augusta) Guadix (Acci) y Montemayor (Vlia). La prodigalidad en las monedas ibéricas de la Bética de los símbolos de la luna y del sol se explica por la extensión de los territorios ocupados por los Tirios y Sidonios.

Existe una superstición muy corriente en Extremadura, la de colgar del cuello de los niños una media luna de hierro, con objeto de evitarles enfermedades, si la luna los «coge». ¿No será una práctica proveniente de los fenicios?

Los objetos del comercio y de la industria de este pueblo encontrados en la Península eran bastante escasos, con excepción de los de la Necrópolis de Cádiz, ya mencionada y los de Acebuchal, en Carmona, cuando el día 29 de Febrero de 1920, en Aliseda, partido judicial de Cáceres, cavando unos tejeros en el ejido del pueblo, para sacar arcilla, encontraron entre los restos de unas sepulturas de incineración gran cantidad de alhajas de oro y algunas de plata. Los descubridores vendieron los objetos en Cáceres. Intervino officiosamente la Comisión de Monumentos, y el 10 de Marzo, presentó una denuncia en el Juzgado de Instrucción el Secretario del Ayuntamiento, en nombre de la Corporación, como propietario de los terrenos donde se habían hallado, reclamando sobre la licitud de la venta.

El Juzgado rescató parte de las alhajas vendidas, a un relojero; anuló la venta, recogió lo que los demás vecinos cribando la tierra habían encontrado y por último un fraile franciscano entregó en el Juzgado, bajo secreto de confesión, el resto de las alhajas. En el Boletín Oficial del Ministerio de Instrucción Pública, correspondiente al 7 de Marzo de 1922, se inserta una Real orden haciendo relación de las vicisitudes porque pasaron dichas alhajas.

En las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando, dió cuenta el señor Mérida del descubrimiento, y a propuesta de las mismas, el Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, don Natalio Rivas, declaró las alhajas y objetos de referencia como pertenecientes a la

Nación, en cumplimiento de la ley de excavaciones, y ordenó la tasación legal de las mismas.

Después se han producido pleitos e incidencias, lo que ha motivado que aún no haya satisfecho el Estado, ni incluido en sus Presupuestos cantidad alguna para el pago de las alhajas a los descubridores. Triste ejemplo de la incuria de nuestra burocracia que se tendrá muy presente en Extremadura para no dar cuenta de ningún hallazgo artístico a las personas doctas, ni a las Corporaciones, al ver que pasa un año y otro y el Estado no recompensa, como es justo, a los que han descubierto tan importante tesoro, que son modestos trabajadores que viven en la mayor indigencia.

La antigüedad de Aliseda se pierde, según la frase gráfica de los historiadores, en la noche de los tiempos: sus alrededores, fueron poblados por el hombre primitivo, como lo prueban los dólmenes de Valencia de Alcántara, y que siglos después tenía vida próspera la población, se evidencia con las monedas encontradas de distintas épocas, como son una dracma siracusana, un as, denarios familiares romanos y un victoriato del final del imperio, y con las ruinas de Cabeza Rabbi, romanas según escritores locales, y de las que se ocupó el Marqués de Monsalud en el Boletín de la Academia de la Historia en 1903.

Se ha querido identificar a Aliseda con la Isaelecus citada por Tolomeo en su Carta geográfica. En la ladera de la montaña de Cabeza de Rabbi hay nueve sepulturas, labradas en hueco en la misma roca, de 1,90 m.^s de largo por 0,50 m.^s de ancho. La anchura no es uniforme pues la parte de los hombros es algo más del medio metro. La parte de la cabeza es redonda y con un escalón para levantarla un poco. Las sepulturas se cubrían con una tapa. Este tipo es abundantísimo en Extremadura y lo creemos ibérico, aunque otros lo suponen visigodo. Los alrededores están sembrados de cascotes de ladrillos rojos, muy gruesos, con reborde, y de lanchas de pizarra (el terreno no es pizarroso), por lo que creemos sean los restos de otras sepulturas completamente destruidas.

En un pago de viñas inmediato a Cabeza Rabbi, después del hallazgo de las alhajas, unos vecinos del pueblo empezaron a cavar ocultamente una noche y como a un metro de profundidad encontraron tres grandes sillares de piedra, en uno de los cuales aparecía toscamente labrada en hueco, como una pierna humana. Los sillares continúan formando un muro. ¿Serán los restos de un templo ibérico, fenicio o romano?

A un kilómetro de Aliseda hay una mina de hierro llamada la Abundancia, y a unos tres, otra llamada la Plata. Estas minas han sido explotadas en época incierta y son las explicación más lógica de las empresas colonizadoras de los fenicios en Aliseda. En las minas de fosforita del Cerro del Caracol se han encontrado huesos fosilizados y el docto catedrático Sr. Hernández Pacheco, ha reconocido restos de carnívoros, entre ellos

de una félica del tipo y tamaño del lince y del Félix spelae (león de las cavernas).

Ocupémonos ya del famoso tesoro descubierto, cuyos objetos vamos a describir a continuación: Figura en primer lugar una *diadema* del mismo tipo que la ibérica de Javea. Se compone esta alhaja de tres cuerpos, el central formando un rectángulo, con dos vértices triangulares. Una mano hábil en cuyo poder estuvo, unió las distintas piezas, pero no todas, por lo que ha quedado reducida en tamaño. El rectángulo está dividido en tres zonas; adornada la primera, mitad a lo ancho y la otra mitad a lo largo, por golpecitos de cordoncillo de oro, dispuestos en hueco en forma ovoidea: la central formada por plaquitas adornadas con cuatro rosas tangentes de filigrana y cuyos pétalos puestos de filo se agrupan alrededor del botón que se conserva compuesto de una turquesa: la tercera zona está también adornada con cordoncillo de oro a lo largo y festoneada por un fleco de cuentecitas de oro. Las piezas triangulares están rodeadas por un cordoncillo de oro dentro de un cajetín, con botones que tuvieron piedras o vidrios, y una ornamentación vegetal de finísima labor de repujado

Dos *arracadas*, que aunque muy destrozada una, forman, con la diadema y el collar, el aderezo más soberbio que tiene el arte ibérico: no hay nada que por su valor artístico pueda comparársele.

El cuerpo central de las *arracadas* es liso, en forma de morcilla y con broche en su terminación para el lóbulo de la oreja: a su alrededor se va agrupando la ornamentación de botones, campanillas abiertas y cerradas que imitan lotos, palmetas y gavilanes afrontados. Las campanillas tenían sus corolas llenas de esmaltes: su decoración es de punteado granuloso. Además del broche lleva una cadena para suspenderla del pabellón de la oreja, sujeta por una anillita al roleo del último tallo, pues por su mucho peso no hay lóbulo que pueda resistirla sin lastimarse. En la misma forma las tienen las *arracadas* de Castro Laundos, moda que tenemos que suponer fué corriente en la Lusitania.

La forma exquisita con que están hechas la multitud de las piecitas de las *arracadas*, que encajan por ajustes remachados los unos en los otros, su aspecto deslumbrador, juntos con la diadema y los juegos de luz y sombra de los adornos de ésta, con su filigrana y el estampado de sus labores, recuerda la orfebrería miceniana, el collar y las alhajas del Bósforo Cimeriano y tantas otras obras maestras de los artistas egipcios y griegos.

El arte ibérico puede envanecerse con semejantes joyas.

Dos *brazaletes*, que son un aro de oro, con labor calada en el centro en dos zonas, formadas por eses tendidas y enlazadas las unas a las otras, como tallos serpenteantes: los bordes están adornados por una media ca-

ña entre dos trenzados que imitan cordones, y los extremos terminados en redondo, con palmetas asirias y labor de punteado. La decoración de eses se presenta de muy antiguo en las artes orientales; aparece en cilindros eteos, y en los griegos, en el arte miceniano; en España, en la ornamentación de la espada de Almedinilla; en una de las estatuas del cerro de los Santos, y en Portugal, en las arracadas de Affife y muy frecuentemente en la cerámica ibérica.

Aparecieron sueltas, una gran cantidad de *plaquitas* cuadradas y rectangulares (dos mayores) y una cinta de oro. Las cuadradas en número de treinta y cinco, llevan en estampado la lucha entre un hombre y un león puesto de pié, de cabeza y boca muy grande; es el león asirio o algún genio del mal de que las religiones orientales están llenas. La manera de retorcer la cola del león, su boca desmesurada, la indicación de la melena y el acuse de fuerza en los miembros del hombre recuerda los bajo-relieves asirios. El fondo está cubierto de un punteado granuloso: los bordes superior e inferior agujereados, conservaban muchos de los clavitos sumamente diminutos y torcidos, que prueban el haber estado clavados. Escenas de luchas son los marfiles fenicios de Acebuchal.

Las plaquitas rectangulares son veinticuatro y llevan también en estampado un grifo, con cuerpo de cuadrúpedo, alas en el tronco y cabeza de ave, semejante a los que la superstición egipcia creía que poblaban sus desiertos limítrofes y que tanto abundan en la mitología asiria. El fondo es de granulado y en el borde inferior se ven tres lotos y los agujeritos con los clavitos igualmente que en el borde superior. M. Martho reproduce en su *Archéologie Etrusque et Romaine*, unos grifos muy parecidos que proceden de las guarniciones de un cofre fenicio.

Las dos placas mayores, formadas de tres piezas cada una, pegadas con una materia oscura desconocida, forman un rectángulo, el extremo de una en curva saliente y la otra en entrante. En estampado lleva el mismo asunto de la lucha del hombre y del león repetido, y una serie de palmetas formada cada una por un tallo curvo de medio círculo y dos tallitos dentro: la pieza central solo tiene palmetas contrapuestas. El fondo todo es de punteado.

Con estas piezas sueltas se ha reconstruido un *cinturón*, que podríamos llamar sagrado o sacerdotal, por sus motivos religiosos, debiéndose este concienzudo trabajo al ilustre Director del Museo Arqueológico Nacional, mi querido maestro don José R. Melida. Sobre una tira de cuero, se ha colocado la cinta de oro, que no lleva más decoración que cuatro líneas paralelas dos a dos; los extremos tenían dos orificios, hoy tapados, en la reconstrucción y en los bordes las huellas de los clavitos; arriba y abajo, a lo largo de la cinta, se han clavado las plaquitas colocando las rectangulares más pequeñas en los extremos y al final los broches, cuyo ancho es

algo mayor que el cinturón así formado. Los broches eran los elementos más seguros para la reconstitución, por el encaje perfecto de sus curvas, entrante y saliente, además de haberseles encontrado frecuentemente en necrópolis ibéricas. La longitud del cinturón es hoy de 0'683 m.^s de largo y 0'025 al ancho.

Hay ocho *sortijas* de aspecto y técnicas diferentes. Tres de ellas son sellos signatarios, con piedras montadas en tal forma que giran presentando las dos caras; en la superior llevan tallado el escarabajo sagrado de los egipcios, que copiaron los fenicios, y en la inferior van grabados distintos asuntos de inspiración y estilo egipciante, que son un jaspe que lleva impresa una figurita con un bastón o cetro en la mano y un largo abrigo; en esta forma se representaba a los dioses Ammón y Osiris. Una amatista, que tiene dos figuritas sentadas de perfil, con cuernos una, y mitra egipcia la otra, y cetros en las manos: delante dos genios alados y sobre una columna que simboliza el altar, una cratera con el fuego sagrado, y cobijando a todos, el gavilán protector con sus largas alas extendidas. La otra piedra es una cornalina, con una figurita religiosa sentada en un trono, con dos cabezas y cuatro alas, tocadas con el Pochent, que simbolizaba la unión del alto y bajo Egipto, la cruz anseada en una mano y tres flores de loto muy estilizadas. En tan pequeño espacio no falta ninguno de los atributos divinos del Faraón. Estos sellos son de un tallado y grabado perfectos, que honra a los artistas del pueblo que los produjo; el grabador ha sabido vencer la dureza de la piedra con gran conocimiento y maestría.

La monturas, de oro, son algo bastas, y la de la amatista, con sus abrazaderas enroladas y su aro retorcido en ondas, inicia una decadencia en el arte. El aro del jaspe y de la cornalina es una chapa de oro.

Una de las sortijas es del tipo de los escaraboides fenicios y cartagineses, de carácter funerario, cuya piedra son cuatro cabecitas, unidas dos a dos, por las barbas, la mitad de los rostros es una mascarilla de oro, formada por una laminita muy fina, y la frente los pómulos y la boca de relleno de turquesa.

Dos sortijas tienen escarabeos esmaltados, terminando los extremos del aro de una, en cuatro caulículos como los tallos de una planta, para coger dos casilleros con piedras de las que sólo conserva una de pasta vítrea cubierta por un esterillado de oro, pues la otra falta. Cuando la vimos en el Juzgado presentaba señales recientes de haber saltado la piedra. En el otro escarabeo termina el aro en palmetas asirias muy estilizadas, que cogen los casilleros, con dos escarabeos rellenos de pasta vítrea azul.

Otras dos sortijas de fundición, presentan el anillo y el chatón de una sola pieza: la una tiene el anillo cubierto de eses enlazadas y punteado, finamente grabado y en el chatón también grabado, un caballo con su jinete; asunto muy generalizado en las monedas ibéricas. La otra con el

chatón alargado es igual a las encontradas en Cerdeña y Cartago: lleva grabada una barca de las que los egipcios usaban para navegar por el Nilo, terminadas la proa y la popa en cabeza de ave, con mástil sin vela, en el centro, la flor de loto, estilizada donde se metía el capitán para dirigir el rumbo, el remero en actitud de sacar los remos del agua y un unicornio sentado; peces dentro del agua y un ibis remueve el fango con el pico.

Como elementos de una de las más valiosas preseas del tesoro se encontró grán número de cuentas de oro, dijes, talismanes etc., que formarían un largo collar de varias vueltas cayendo sobre el pecho de las iberas, como vemos en las estatuas del cerro de los Santos y, sobre todo, en el incomparable busto de la dama de Elche, cuyo collar ya dijo Salomón Reinach que era fenicio. Las piezas que se conservan son diez y nueve glandes, un poco aplastados y con el contorno adornado con un pequeño rayado y cabeza con canutillo para engazarlos, uno de los glandes es mayor. Los hay iguales al amuleto encontrado por Bousor en la Necrópolis de la Cruz del Negro, y uno es como el central de la tercera vuelta del collar de la dama de Elche.

Los estuches colgantes son de distintas formas: uno es cilíndrico, dos facetados, otros dos terminados en un casquete esférico, iguales a los encontrados en Ibiza: otros dos con cabezas de gavilán y el disco solar, son también semejantes a los de Punta de Vaca e Ibiza. Un par de talismanes representan el disco solar entre los cuernos de la luna y son lisos y bombeados. El encontrado en Villaricos tiene labor de granulado, y Siret dice que es un símbolo esencial del pueblo fenicio. Dos imitan cabezas de lagarto o de una culebra pequeña y sus ojos separados tuvieron pasta vítrea, recientemente saltada por las señales que pude observar con el auxilio de la lente: la cabeza está adornada con el punteado de oro, como queriendo imitar las irisaciones de la piel del lagarto. El collar de Casas de Millan es del mismo estilo. El torques de Alcalá de Chivert, tiene tres cabezas de serpientes semejantes, con labor geométrica de punteado, como es corriente en los fenicios. El señor Mérida supone este torques púnico y como una de las muestras de la industria orfebrera desarrollada en la Ede-tania, antes de la destrucción de Sagunto.

Completan los elementos del collar, diecinueve cuentas fusiformes y tres esféricas. Cuatro esféricas cubiertas con labor granulada de una gran belleza, que quizás no fueran piezas del mismo. Una de vidrio cilíndrica vimos en poder de un vecino de Aliseda.

Existen ciento noventa *palmetas* de aplicación al traje o velo femenino, cuyo uso se desconoce. Están formadas por dos palmetas estampadas y pareadas unidas por un mismo tallo enrollado, con un pequeño canutillo que le sirve de asita para pasar un hilo. El revés tiene la chapa lisa. Las

palmetas son iguales a las del arete cartaginés encontrado en Andalucía

Es uno de los motivos ornamentales que se repiten más en Oriente y en la misma Grecia.

Dos *cadena*s de 0'0675 y 0'0670 de largo. Uno de los hilos del trenzado de la cadena va formando engarces. El extremo de una de ellas tiene un corchete para abrochar.

Un *aro*, hueco, que disminuye en los extremos terminando en dos bellotitas que lo cierran. El tocado ibérico fué descrito por Artemidoro y en las excavaciones de la Arcóbriga encontró el marqués de Cerralbo una pieza de hierro en forma de collar cilíndrico, pero con una delgada placa a la altura de la nuca, que se ha supuesto servía para sujetar el alto tocado de las iberas. Este aro pudo tener el mismo uso.

Un *plato* o cuenco de 0'185 de diámetro y 0'035 de altura, liso y sin pie. Pudo ser empleado como vaso para perfumes o afeites. Recuerda este cuenco las copas sin pie utilizadas para las libaciones y que los griegos llamaban fialas, adornadas casi siempre con flores de loto, pues los egipcios fueron los primeros en usar esta clase de vasos.

Todos los objetos reseñados son de oro. De plata es un *brasero* crematorio de 45 centímetros de diámetro y 1,425 gramos de peso, muy parecido al encontrado por Bousor en Carmona, en la cañada de Ruiz Sánchez, del cual se distingue en que sobre la parte inferior del reborde van fijadas, pero en sentido opuesto la una a la otra, dos manos de seis dedos, sumamente largas, cuyos antebrazos terminan en dos anillas a donde va engarzada el asa móvil.

Lo extraño es la mano de seis dedos, y quizá no fuera capricho del comercio púnico, sino creencia religiosa del pueblo lusitano, que según testimonios y restos arqueológicos era muy supersticioso en aquellos remotos tiempos. Dos manos del mismo estilo, de forma curva, que pertenecieron a un brasero, fenicio, forman parte de la colección de bronce antiguos de don Antonio Vives, adquiridos por el Estado Español y que fueron clasificados por el señor Mélida como fenicias. El brasero de Carmona estaba colocado sobre el pecho del cadáver al incinerarlo sobre la fosa crematoria. Se encontraron también pedazos de plata de otro brasero.

Estaba intacto, pero lo rompieron los muchachos jugando con él, y tirándolo contra las piedras, un vaso de vidrio, de color verde, con una boca de 45 milímetros. Lleva grabada una inscripción en caracteres jeroglíficos egipcios alrededor del cuello y cartuchos o sellos reales encima. El Juzgado solo pudo rescatar dos pedazos. Ni con halagos ni amenazas conseguí del niño los otros pedazos de vidrio; pero al cabo de meses fueron al fin rescatados por don Jacinto Acedo y remitidos al señor Mélida, con lo que ha quedado completo afortunadamente el vaso. Es la primera inscripción jeroglífica encontrada en España y por lo tanto de una impor-

tancia grandísima el hallazgo. Los signos están todos muy estilizados, lo que dificulta extraordinariamente su interpretación. Esta estilización pudo tener su origen en el grabador, sobre todo si era fenicio, pues los artistas de este pueblo simplificaron más que los mismos egipcios y otras veces copiaban a capricho geroglíficos, sin formar palabras ni representar ideas.

El señor Mélida ha leído en el vaso las palabras «*El señor*» «*Real ofrenda*» «*Consagración al Dios*» «*Consagración agradable al Dios*»

De todos los pueblos del mundo oriental el que con más certeza podemos considerar como importador de este tesoro, o de su fabricación en la Península, es el fenicio. Se trata, pues, de un tesoro púnico, ya que como dice Menéndez Pelayo, «es sumamente difícil separar la arqueología fenicia de su gran colonia africana, sin que a veces pueda establecerse un verdadero deslinde entre lo que peculiarmente atañe a la religión, cultura artística e instituciones de uno y otro pueblo».



CABRA DE BRONCE

Las alhajas de Aliseda por sus caracteres y la comparación con los objetos púnicos encontrados en la Península las hemos de considerar, como del siglo VI antes de J. C. Lo que no admitimos es que fuera un tesoro enterrado. Muy removido estaba el terreno, lo que nos impidió el conocer la forma de la sepultura o sepulturas, formadas por las varias piedras que vimos en la choza de los tejeros a donde las habían llevado. Estas piedras por la naturaleza del terreno arcilloso no se pueden considerar como de acarreo y el encontrarse con las alhajas nos hizo suponer la existencia de algunas de las sepulturas diseminadas en Extremadura en las que son frecuentísimos los hallazgos de objetos de oro, como si esta tierra hubiera sido la más fecunda en tan precioso metal. No ha faltado quien haya supuesto que el tesoro de Aliseda fué enterrado ante el avance cartaginés. Solo a título gratuito y sin ningún fundamento científico puede hacerse una suposición semejante.

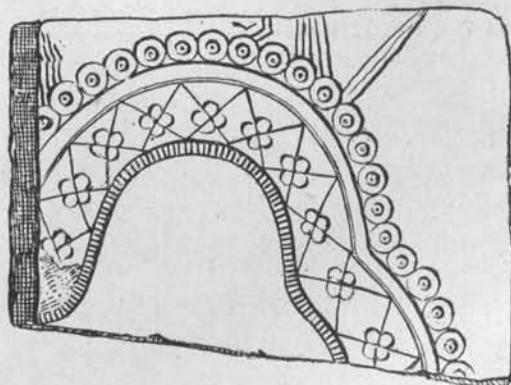
Aliseda es fácil que siga dando más restos arqueológicos si sus hijos no los ocultan ante el miedo de la incautación por el Estado. Un pastor encontró en el monte una cabra de bronce, que con grandes dificultades ha sido adquirida recientemente por el Museo de Cáceres. Es de buen arte y ofrece gran naturalidad de expresión en su actitud de reposo. En el testuz lleva un adorno de círculos. Fué fundida por el sistema del molde per-

Las alhajas de Aliseda por sus caracteres y la comparación con los objetos púnicos encontrados en la Península las hemos de considerar, como del siglo VI antes de J. C. Lo que no admitimos es que fuera un tesoro enterrado. Muy removido estaba el terreno, lo que nos impidió el conocer la forma de la sepultura o sepulturas, formadas por las varias piedras que vimos en la choza de los tejeros a donde las habían llevado. Estas piedras por la naturaleza del terreno arcilloso no se pueden considerar como de acarreo y el encontrarse con las alhajas nos hizo suponer la existencia de algunas de las sepulturas diseminadas en Extremadura en las que son frecuentísimos los hallazgos de objetos de oro, como si esta tierra hubiera sido la más fecunda en tan precioso metal. No ha faltado quien haya supuesto que el tesoro de Aliseda fué enterrado ante el avance cartaginés. Solo a título gratuito y sin ningún fundamento científico puede hacerse una suposición semejante.

dido. Los hallazgos de cabras de bronce en Extremadura no son raros. El marqués de Castro-Fuerte, poseyó cuatro encontradas en Arroyo del Puerco. Dos de ellas tenían dedicatoria a la diosa Adaegina Turibrigense, a la que también se han encontrado dedicadas otras lápidas. La de Aliseda viene a aumentar el número, pero carece de dedicatoria latina, por lo que la suponemos ibérica y como prueba de un culto local que hay que añadir a los muchos conocidos en la Lusitania.

También se ha encontrado un pedazo de pizarra, partida, de 40 milímetros de largo por 52 de ancho, y con un agujerito y una ranura por debajo, como las llaves que tienen los moldes de platería para sujetarlo. No es otra cosa que uno de estos moldes de platería cuyo medio de utilizarlo desconocemos. No tiene profundidad para que el metal fundido corra con facilidad; pero ya sea por este procedimiento, ya por presión suave y continúa, dada la maleabilidad del oro, obtendrían el molde. Facilmente se obtiene con cera o barro. Completando el dibujo puede conseguirse un glante de pecho alargado y achatado con un borde de florecitas y círculos con agujeritos, adorno este último que tenemos en la fíbula del tesoro de Mogón.

Las pizarras labradas son frecuentes también en la Lusitania. Rada y Delgado al dar cuenta a la Academia de la Historia, en 1888, de una viria o torques encontrada en Orellana de la Sierra, la antigua Aureliana, dice que en el mismo sitio en que se encontró el torques se hallaron «bastante cantidad de pizarras de diversos tamaños, labradas sólo por una de sus caras con esmerado pulimento y una pequeña concavidad formando canal.» Con estos datos incompletos no podemos formar juicio exacto respecto a estas pizarras, limitándonos a afirmar que son frecuentes en los dólmenes y en las sepulturas.



Molde para fundir alhajas fenicias

La riqueza de oro de los ríos españoles fué proverbial en la antigüedad, sobre todo en el Tajo, el *Aurifer Tagus*. Según Plinio, en un año se produjeron 20.000 libras de oro en Lusitania, Galicia y Asturias. Muchos ríos de la Península siguen arrastrando pepitas de oro en sus arenas, y en Garrovillas, las mujeres se dedican algunas veces a recoger las arenas del Tajo en busca del codiciado metal.

En Pova de Varzim, junto con el collar ya mencionado, se encontraron granos de oro y de plata fundidos, con señales uno de haberle cortado un pedazo con un instrumento a propósito, lo que supone la creación de una

industria orfebrera en la Lusitania. Razonando lógicamente, tenemos la existencia de oro en el Tajo, lugar cercano a Aliseda, y la presencia de un molde de platería, como testimonio indubitable de fabricación, lo que nos induce a pensar que las industrias orfebreras que existieron en las costas de Portugal penetraron, lo mismo que la colonización fenicia, en el interior, dando por resultado una amplia industria de orfebrería ibérica, paralela a su metalurgia conocida, y la cual se desarrolló de una manera intensa, con influencias griegas y orientales y técnica fenopúnica, alcanzando su mayor florecimiento en los siglos VI y V en que se inició rápidamente la decadencia.

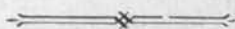
Como pertenecientes a esta fabricación ibérica ha llegado hasta nosotros multitud de torques en Lusitania, las diademas de Ribadeo y Javea, las alhajas de Tutugi, el arete de Andalucía, las arracadas de Tivisa, el collar de Casas de Millán, (Cáceres) el pendiente de oro ibérico del Museo de esta capital, los tesoros portugueses de Lebuçao, Da Estella, Castro Laundos, y finalmente de Aliseda por su iberismo, la diadema, algunas piezas del collar, la sortija con el caballo y el jinete, dejando el incluir como ibéricas otras alhajas de Aliseda con la esperanza de que nuevos descubrimientos confirmen nuestra suposición.

MIGUEL ANGEL ORTI BELMONTE.



LOS "CUARTOS" DE ROCINANTE

(Ensayo de interpretación de una frase del Quijote).



Rocinante, según se describe en la primera parte, primer capítulo del Quijote, *tenía más cuartos que un real*. En esta frase se muestra Cervantes hiperbólico hasta la exageración.

Los «cuartos» de Rocinante es la expresión más veterinaria que se encuentra en todo el Quijote y ha merecido atención de todos los comentaristas para su aclaración e inteligencia, pero ninguno ha dado con su verdadera interpretación.

Cúmpleme, como veterinario, entretenerme en estas palabras con mayor insistencia que la habitual dedicada en los comentarios ya publicados.

Los cuartos de los caballos son lesiones propias de los cascos; pero bueno será que diga algo más sobre la naturaleza y sitio donde asientan estas lesiones.

Tomo de Fernando Calvo (1) estas descripciones: «En los cascos de los caballos y otras bestias se suelen hazer vnas hendeduras a la larga, que comiençan desde el pelo hasta llegar al fin del casco; y llámanlos quartos porque se hazen en el quarto del casco, por la parte adentro o por la parte de afuera», (folio 68). Según esta definición, Rocinante no podía tener más de ocho cuartos: dos en cada casco. Ahora se comprende la hipérbole de Cervantes.

En esta frase el vocablo «cuartos» juega en el doble sentido, y Cervantes se sirve para indicar la abundancia de lesiones grietasas que Rocinante tenía en los cascos; pero Cervantes aprovecha

(1) Fernando Calvo escribió su *Libro de Albeitería* en 1582; de esta obra se conocen una edición hecha en Salamanca en 1587 y otra en Madrid en 1657 (Llorente y Lázaro. *Compendio de la bibliografía de la Veterinaria española*. Madrid, 1856, pags. 41 y 42). La edición por mi consultada y citada es la de Madrid, 1657.

en esta ocasión, como en muchas otras, un dicho vulgar entre el pueblo de entonces y de ahora.

Muchos cervantistas, indagando el origen de frases y dichos que enriquecen la obra inmortal, han demostrado el gran espíritu de observación y asimilación que poseía Cervantes, especialmente para las expresiones populares.

No sólo popular, plebeya y de lo más bajo, es la expresión «más cuartos que un real». Todavía en el lenguaje de los gitanos y gentes del trato se oyen en Andalucía, en el comercio de las caballerías, frases muy semejantes a ésta; quien por necesidad, como ocurre a los veterinarios, presenciemos con frecuencia los tratos de bestias, tiene ocasión de oír un lenguaje muy pintoresco, siempre que se trata de despreciar o de ensalzar una caballería durante la compra-venta.

No hay nada tan ameno ni tan ingenioso como el léxico que emplean los tratantes, corredores, etc. en el comercio de caballos y demás bestias solípedos. De ese léxico, sin duda, recogió Cervantes lo de «más cuartos que un real», como yo he tenido ocasión de recoger y anotar estas parecidas frases: «eso, no es un cuarto, es una sala»; «no tiene un cuarto, tiene un real», ante caballos que presentaban cascos agrietados o grandes cuartos.

Esto me hace creer, que Cervantes llevó al Quijote, por su valor gráfico y despreciativo de Rocinante, la expresión exagerada, una andaluzada diríamos ahora, e imposible en la realidad, pero de un vigor admirable y al mismo tiempo elegante.

C. SANZ EGAÑA.



Una figura de relieve en la Historia de Córdoba

D. Antonio Caballero y Góngora

Arzobispo-Virrey de Nueva Granada

(Conclusión)

APÉNDICE A.

Partida de bautismo existente en la parroquia única de Priego, al f.º 188 vt.º del L.º 20 de estos Sacramentos.

Antonio Pas- | En la Villa de Priego, en veinte y seis días del mes de
cual de San Pe- | Mayo de mil setecientos y veinte y tres años, yo el Licen-
dro de Alcántara. | ciado don Ambrosio Carrillo Aguilera, Cura de esta San-
ta Iglesia, baptizé solennemente a Antonio Pascual de San Pedro de Al-
cántara, que nació el día veinticuatro del corriente, hijo de don Juan Caba-
llero Espinar y de doña Ana Antonia de Góngora su muger. Fueron com-
padres don Francisco Espinar Raxidor Comisario Teniente del Santo Oficio
de la Inquisición de la Zidad de Córdoba, tío del dicho don Antonio Caba-
llero. Testigos Juan de la Torre y Antonio Manuel Ruiz Colodrero y lo fir-
mamos—don Ambrosio Carrillo Aguilera—Rubricado.—Antonio Manuel
Ruiz Colodrero—Rubricado.

Hay notas marginales referentes a pormenores de la vida del Señor Caballero y Góngora, cargos que desempeñó en el mundo eclesiástico etc. puestos por la mano del Presbítero Cabrera, uno de los curas de la Parroquia de Priego.

APÉNDICE B.

Fragmento de un sermón predicado en Granada por don Antonio Caballero y Góngora, antes de ascender al Presbiterado.

.....*

«Después que el Artífice Divino, sacó a luz esta portentosa fábrica del mundo, pintando de hermosos astros los turquesados lienzo de los cielos; después de haber libertado a la luz de la cárcel tenebrosa de la obscuridad,

»poniendo esa calidad brillante al escuadrón confuso que alistó la noche;
»después de haber como animado a la región del aire, para que en continuos
»círculos tornease esos globos celestes; después de haber formado ese pla-
»teado monstruo, uniendo las aguas, y puéstole freno con sus propias arenas,
»después de haber hermoseedo a la tierra que quedaba (aunque enjuta) con
»la vecindad del agua desabrigada de yerbas y flores, haciéndola un plantel
»de diversos árboles; después de haber alistado en azul campaña, innume-
»rables ejércitos de estrellas; después de haber partido entre Sol y Luna los
»oficios de meses y años, el imperio de noche y día; después de haber cria-
»do aves y peces para aparato de agua y aire, crió el día sexto a los brutos
»y al hombre por dueño de ellos.—Púsole en un Paraíso de deleites para
»que disfrutarse en él las mayores felicidades.—Entregole cuanto había
»criado para que aumentase en gusto y placer, para que lisonjearse su vo-
»luntad.—No había pez en las ondas, por más que se armase de escamas
»para su defensa; no había en el aire águilas, por más que se remontasen a la
»esfera caudalosa; ni bruto en el valle, por más guardado de venenosas
»garras para defenderse, que al mandato imperioso de su acento no le obe-
»deciesen reverentemente rendidos.—Todo estaba a su mandato, él era due-
»ño de todo.»

.....»

(Oración panegírica a la Virgen de las Angustias de Granada, publicada en 1749.)

APÉNDICE C.

Noticia de los libros cuya censura eclesiástica ejerció el Lectoral don Antonio Caballero y Góngora.

TORRALBO.—Breve resumen de la vida y virtudes de la V. Madre Sor Rosa de Santa Inés etc. etc. Córdoba.—1758.

(La censura fechada en 16 de Julio de 1758.)

MENDOZA.—Ave María.—El devoto de María Ssma.—Córdoba.—1767.

(La censura fechada en la Congregación de San Felipe Neri a 4 de Diciembre de 1766.)

USSIEUX.—Traduc. —Manuel Antonio Ramírez.—Compendio histórico del descubrimiento y conquista de la India Oriental etc. etc.

(Fecha de la censura 18 de Junio 1773.)

ARNAU.—(Traducido del francés).—Eufemia o el Triunfo de la Religión.—Córdoba.—1775.

(Aprobación de don Antonio Caballero, en 15 de Diciembre en, el Oratorio de San Felipe Neri.)

(Valdenebro.—«La imprenta en Córdoba.» Madrid.—1900.)

APÉNDICE D.

Cronología de los Señores Arzobispos que han ocupado la Silla de Bogotá, desde su fundación, hasta el momento presente.

Fray Juan de los Barrios	desde 1562 a 1563
Fray Luis Zapata de Cárdenas	» 1573 » 1590
Don Bartolomé Lobo y Guerrero	» 1599 » 1608
Don Pedro Ordóñez y Flores	» 1613 » 1614
Don Fernando Arias Ugarte	» 1618 » 1625
Don Julián de Cortazar	» 1627 » 1630
Don Bernardino de A'masa	» 1631 » 1633
Fray Cristóbal de Torres	» 1635 » 1654
Fray Juan de Arguinao	» 1661 » 1678
Don Antonio Sanz Lozano	» 1681 » 1688
Fray Ignacio de Urbina	» 1690 » 1703
Don Francisco Cossio y Otero	» 1706 » 1714
Fray Francisco del Rincón	» 1718 » 1723
Don Antonio Claudio Alvarez de Quiñones	» 1731 » 1736
Fray Juan de Galavis	» 1739
Fray Diego Fermin de Vergara	» 1741 » 1744
Don Pedro Felipe de Azúa	» 1745 » 1754
Don Francisco Javier de Araus	» 1754 » 1764
Don Antonio de la Riva y Mazo	» 1768
Fray Agustín Camacho	» 1771 » 1774
Don Agustín Alvarado	» 1775 » 1777
DON ANTONIO CABALLERO Y GÓNGORA	» 1779 » 1788
Don Baltasar Jaime Martínez Compañón	» 1791 » 1797
Fray Fernando del Portillo	» 1799 » 1804
Don Juan Bautista Sacristan	» 1816 » 1817
Doctor Fernando Caicedo Florez	» 1828 » 1832
Doctor Manuel José Mosquera	» 1835 » 1852
Doctor Don Antonio Herran	» 1854 » 1868
Doctor Don Vicente Arbelaez	» 1868 » 1884
Doctor Don José Telesforo Paul	» 1885 » 1889
Doctor Don Ignacio Velasco	» 1889 » 1890
Doctor Don Bernardo Herrera Restrepo, actual Arzobispo, Primado de Colombia	» 1891

«Colombia» 1789—1917.—Obra de Propaganda arreglada y editada por José Manuel Pérez Sarmiento.—Cádiz (España), 1917.

APÉNDICE E.

Carta de Carlos III al Señor Arzobispo de Santa Fe.

EL REY.—Muy Reverendo en Christo Padre Don Antonio Caballero y Góngora, mi muy caro y amado arzobispo de Santa Fe de Bogotá, de mi Consejo. Por vuestros informes documentados y los que me han hecho en la misma forma mi Virrey y Audiencia de ese Reino, sobre los tumultuarios movimientos de varios pueblos de sus provincias, me he enterado individualmente de los grandes trabajos y fatigas que os habeis tomado para contener los comuneros y hacerles conocer a la luz de vuestra santa doctrina y eficaces exhortaciones, los gravísimos yerros en que habían incurrido por su escandaloso alzamiento, consiguiendo vuestro celo pastoral, que todos se restituyesen a sus domicilios, convencidos de vuestras paternales y apostólicas amonestaciones y fiados en vuestra autorizada mediación con mi Virrey, quien en efecto les concedió por ella un perdón general de los delitos que habían cometido en la sublevación y después me ha suplicado, como también lo haceis vos encarecidamente, que me digne aprobarlo: por lo que teniendo yo muy particular afecto a vuestra venerable persona, y la mayor consideración a la sabiduría, prudencia, caridad y otras grandes virtudes de que Dios os ha dotado, he venido en confirmar, por vuestra intercesión y merecimientos, el referido perdón general en los propios términos que lo acordó mi Virrey y manifestaros con este motivo mi soberana y perpétua gratitud por los señalados servicios que me habeis hecho, y espero continueis en los sucesivo, asegurándoos que siempre los tendré muy presentes para premiarlos en vuestra digna persona y la de vuestra distinguida familia, que imitará los relevantes ejemplos que le habeis dado.—Y confío, que cuantos de esos mis vasallos se dejaron seducir de espíritus inquietos, serán muy reconocidos a la inestimable gracia del Indulto que les concedo, por vuestros eficaces y apreciables ruegos, y que borrarán los excesos pasados con las pruebas más positivas de obediencia y lealtad en que vos los afirmareis, auxiliado de vuestros celosos párrocos y misioneros, que tanto han contribuido a la importante y santa obra de la pacificación de esos pueblos, haciéndoles ahora conocer que habeis sido conmigo su poderoso medianero, y que os deben todas las piedades que les dispenso, y el haber desarmado el brazo de mi poder y de mi justicia, a que antes se han bien expuesto, sin conocimiento ni reflexión.—Así os los encargo afectuosamente, como que en todo ello recibiré de vos agradable servicio.—Y sea, muy reverendo, muy caro, y muy amado Arzobispo, Nuestro Señor en nuestra continua guarda y protección.—Del Pardo a veinte y uno de Enero de mil setecientos ochenta y dos.—YO EL REY.—José de Galvez.

(Amat y Cortés.—Oración Fúnebre etc. etc. pag. 49-51.)

APÉNDICE F.

Cronología de los Virreyes de Nueva Granada, desde el año 1718 en que se creó el Virreynato.

Don Antonio de la Pedrosa y Guerrero	1. ^{er} Virrey
(Al año siguiente de establecerse el Virreynato, se suprime y se establece de nuevo el régimen de las Presidencias.)	
Don Sebastián Eslava	2. ^o Virrey
(Al restablecerse el Virreynato en 1740.)	
Don José Alfonso Pizarro	3. ^{er} Virrey
Don José Solís Folch de Cardona	4. ^o Virrey
Don Pedro Mesía de la Cerda	5. ^o Virrey
Don Manuel Guirior	6. ^o Virrey
Don Manuel Antonio Flórez	7. ^o Virrey
Don Juan de Torrezar Díaz y Pimienta	8. ^o Virrey
DON ANTONIO CABALLERO Y GÓNGORA	9. ^o Virrey
Después del Señor Caballero: Cuatro Virreyes; Gil y Lemos, Espeleta, Mendinueta y Muzquiz y Amar y Borbón.	

APÉNDICE G.

Carta dirigida por el Señor Obispo Caballero a su Cabildo.

Ilustrísimo Señor:

Muy Señores míos y mis amados hermanos: Como vivo firmemente persuadido de lo mucho que V. S. I. se interesa en los aciertos de mi gobierno, no tengo la menor duda en que procurará, con su acostumbrada ilustración, ayudarme con su dictámen en aquellos puntos cuyo establecimiento o reforma me parezca conducir al mayor bien espiritual de mi Diócesis y sobre que, en todo caso, estoy resuelto a pedir su parecer a V. S. I. en el modo y forma que los Sagrados cánones me lo previenen.

Entre las muchas cosas que, o por la variedad de los tiempos o por la relajación de la disciplina, he notado, desde que tomé el gobierno de esta Diócesis y en especialidad desde que dí principio a la Santa Visita, necesitadas de reforma o remedio, me ha parecido que el cumplimiento de las Misas de colecturía llama particularmente mi atención y excita toda mi pastoral solicitud.

Veo, con harto dolor de mi corazón, cantidades inmensas llenar las arcas de colecturía y constituir un enorme número de Misas cuyo cumplimiento o se imposibilita para siempre o se demora por muchos años.

No es difícil de adivinar la causa de un inconveniente tan pernicioso. Ella es tan manifiesta que no necesita de la más mínima investigación.

La tenuidad de la limosna (para explicarme en los mismos términos del Sagrado Concilio de Trento) el corto estipendio o tasa establecida por el Sínodo o introducida por la costumbre, son seguramente el origen de una de-

tención de tanto perjuicio, pues enseñándonos la experiencia, cuánto han variado los tiempos, y cuánto necesita, en los que alcanzamos, para poder mantenerse en los términos más precisos, un pobre Ministro del Altar, no es extraño se busque con tanto cuidado las Misas de mayor estipendio, huyendo de la aplicación de aquellas que por la tenuidad o cortedad del suyo, se reputan por incongruas.

Para acudir, pues, con el oportuno remedio a tan graves inconvenientes me ha parecido reducir la materia a dos puntos: Primero. Si podré alterar y aumentar el estipendio limosna o tasa establecida por el Sínodo o introducida por la costumbre.—Segundo. Si supuesto dicho aumento podré reducir a las que quepan en su razón el inmenso número de Misas que a la del estipendio antiguo existe en las colecturias. Sobre cuyos dos puntos, quiero que V. S. I. me dé su parecer, atendidas las facultades innatas de mi dignidad, el encargo que sobre este asunto hace a todos los Obispos el Sagrado Concilio de Trento, lo declarado por la Sagrada Congregación con la anuencia del Señor Urbano VIII, la costumbre general de los Señores Obispos españoles, la particular de esta Diócesis y, finalmente, las intenciones en esta parte de nuestros católicos Monarcas y de sus Supremos Tribunales.

No dudo que V. S. I. examinará la materia con la mayor escrupulosidad y que, comunicándome cuanto le parezca útil y digno de que yo tenga presente para formalizar mi determinación, contribuir, por su parte, a que ésta sea lo más acertada, como deseo.

Nuestro Señor Guarde etc. etc.

Santa Pastoral Visita de Lucena y Abril 3 de 1791.

Itrmo. Señor.—B. L. M. de V. S. I. su más obsequioso y apasionado capellan.—Antonio, Arzobispo Obispo de Córdoba.

Iltm.º Señor Dean y Cabildo etc. etc...»

(El original aparece encuadernado al final del tomo de actas capitulares correspondiente a estas fechas).

APÉNDICE H.

Lista del alto clero de la Ciudad de Córdoba, en el año de 1893.

Diócesis sufragánea del Arzobispado de Toledo.

Señor Arzobispo-Obispo: don Antonio Caballero y Góngora.

Ilustrísimo Cabildo de la Santa Iglesia.

S. S. Dignidades (Coro del Señor Dean).

Dean y Canónigo: Dr. don Francisco Xavier Fernández de Córdoba.

Maestrescuela y Racionero: Dr. don Francisco Garrido.

Arcediano de Pedroche y Canónigo: don José de Medina y Corella.

Prior y Canónigo Magistral: don Baltasar Yusta y Lamparero.

S. S. CANÓNICOS

Don Francisco de Argote y Gúzmán.
Doctor don Romualdo Mon y Velarde, Doctoral.
Doctor don Francisco José Villodres.
Doctor don José Antonio de Garrica, Penitenciario.
Doctor don Francisco Xavier Diaz Bravo.
Doctor don Pedro Campos Orellana, Inquisidor de Córdoba.
Doctor don Diego Ugalde, Secretario de Cámara del señor Obispo.
El Santo Oficio,

S. S. RACIONEROS

Don Juan Benito Samaniego.
Don Ignacio Ximénez Arrutave, Srío. del Santo Oficio.
Doctor don Juan de Roda y Guillén, Inquisidor honorario.

S. S. RACIONEROS MEDIOS

Don Manuel García Serrano.
Don Juan de Benjumea y Quiñones.
Don Luis Fernández de Córdoba
Licenciado don Pedro Carlos Avalor.
Doctor don Ramón Riera.
Don José Loperráez.
Don Pedro Angel López.
Don Andrés Jaramillo de León.
Don Francisco Muñoz.
Doctor don Diego Antonio Navarro Martín de Villodres, Consultor del Santo Oficio e Inquisidor honorario.

S. S. DIGNIDADES (CORO DEL SEÑOR ARCEDIANO)

Arcediano: Excelentísimo y Eminentísimo señor don Antonino Sentmanat, Patriarca de las Indias.
Chantre: Doctor don Antonio Venero y Texaja
Arcediano de Castro y Canónigo: Eminentísimo Cardenal don Francisco Xavier de Zelada.
Tesorero y Canónigo: Doctor don Cayetano Carrascal Delgado

S. S. CANÓNICOS

Don Antonio Castillejo y Velasco.
Don Francisco Xavier de Barcia.
Licenciado: Don Juan Gómez Enríquez.
Don Raimundo García del Olmo.
Doctor don Ramón de Arce, Lect. del Consejo de S. M. en el de Hacienda.
Don Pedro de Segovia.
Doctor don Nicolás Amat y Cortés, Magistral.

S. S. RACIONEROS

Don Pedro Antonio de León y Sabariego.

Don Pedro Telmo Carrascal Delgado.

Don Eduardo Ocarol.

Don Rafael Fajardo.

Don Juan Jose Caballero.

S. S. RACIONEROS-MEDIOS

Don Fernando de Areco.

Don Felipe Escanero.

Doctor don Andrés de Morales.

Doctor don Felipe Ventura González.

Don Manuel Rodríguez Nadales.

Don Joaquín de Aguilar.

Don Santos Severo de Yusta.

Don Francisco Solano Castillejo.

Doctor Fray don Ramón de Pineda y Arellano, Inquisidor de Córdoba.

Doctor don Cristóbal Alvarez.

CURIA ECLESIASTICA

El Excelentísimo e Ilustrísimo señor Arzobispo-Obispo
Gobern. Prov. y Vic. gral. Doctor don Diego Antonio Navarro y M. Vi-
llodres.

Promt. Fiscal Gral. Lic. Don Nicolás Rodríguez Cortés.

Secretario: De Cámara. Don Diego de Ugalde, Cang.

Visitador General. Doctor don Cristóbal Alvarez.

Visitador del Casco de Córdoba.—Doctor don Mariano José Séenz. Ca-
nónigo de la Colegiata de San Hipólito.

S. S. SUBDELEGADOS DE LA SANTA CRUZADA

Doctor don José Medina y Corella

Doctor don Romualdo Mon y Velarde.

(Guía del estado eclesiástico seglar y regular. Año de 1793.)

APÉNDICE I.

*Carta del Señor Arzobispo-Obispo de Córdoba don Antonio Caballero y
Góngora, a la Villa de Priego.*

Señor Corregidor y Ayuntamiento de la Villa de Priego.

Muy señor mio, de mi mayor aprecio: Ha muchos días que deseaba hacer alguna demostración que, al mismo tiempo que acreditase mi amor a la iglesia donde recibí el Santo Bautismo, perpetuase la memoria de mi reconocimiento a las singulares distinciones que he debido a esa Villa y a todos sus ilustres habitantes. Esperaba para ejecutarlo la ocasión agradable de poder pasar a ella, y ofrecer, por mi mano, ciertas alhajas que había destina-

do al culto del Señor en su Iglesia Parroquial. Pero la morosidad de los artífices que las trabajaban me privó de esta satisfacción; bien que proporcionándome otra no menos apreciable, y de cuyo logro me aseguran las muchas pruebas que tengo del favor que V. S. me dispensa.—En esta confianza y conociendo que el cristiano y fervoroso celo de V. S. no puede menos de interesarle muy particularmente a la decencia y decoro del Santuario donde celebra sus más solemnes funciones espero tenga la bondad de presentar a mi nombre en dicha Iglesia, las alhajas que expresa la declaración adjunta y entregará, con esta, mi Mayordomo don Diego Carro, para que sirvan perpetuamente en su Altar y sean por ahora testimonio de mi gratitud— Aunque todas las enunciadas alhajas deben pertenecer a la Iglesia parroquial y su fábrica; con todo para que los dos principales altares (el mayor y el tabernáculo del Sagrario) estén bien servidos, sin tener que valerse uno de otro, me ha parecido señalar a cada uno por ahora, aquellas que puedan necesitar; pero esto sin perjuicio de la libertad que tendrá el Vicario y sus subalternos para destinarla a otros sagrados usos, según su prudencia y las ocasiones lo exijan—Para que en la Sala del Ayuntamiento quede también alguna memoria mía, vá separada una Escribanía de plata, que deseo se sirva V. S. admitir—Deseo igualmente que V. S. persuadido de que soy el más interesado en sus adelantamientos y satisfacciones cuente siempre conmigo para cuanto pueda complacerle. Dios Nuestro Señor guarde y prospere a V. S. muchos años.—Córdoba y Marzo de 1794.—B. L. M. de V. S. su más atento y apasionado Capellán.—Ant.º Arzobispo-Obispo de Córdoba.

(El original se guarda en el Archivo del Ayuntamiento de Priego.)

APENDÍCE J.

Carta de donación de alhajas a la Iglesia parroquial de Priego.

ANTONIO CABALLERO Y GONGORA, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Arzobispo Obispo de Córdoba, Caballero Gran Cruz de la distinguida Orden Española de Carlos III, del Consejo de S. M. etc.

Por el mucho amor que tengo a la Villa de Priego y su Iglesia parroquial, donde recibí el sér de hombre y de cristiano, y deseando manifestar mi reconocimiento a estos incomparables beneficios, he determinado hacer donación a la citada iglesia, como por la presente se la hago, perfecta e irrevocable, inter-vivos de los ornamentos y demás alhajas que aquí se expresan.

Alhajas con destino al Altar Mayor

ORO

Un cáliz, con su patena y cucharita, esmaltado con relieves y atributos relativos al Sacramento del Altar.

Un copón igualmente esmaltado y con atributos relativos al Misterio.

Un platillo, vinageras, y campanita, con iguales esmaltes, todo de oro, trabajado en Madrid por el célebre Martínez, y su peso. 202 onzas 4 t. 4 g.

PLATA

	<u>Onzas</u>	<u>Admes.</u>
Un Crucifijo, con siete candeleros, para las Misas Pontificales, trabajados por el mismo Martínez, su peso.	484	00'01
Cuatro relicarios de la misma mano, con reliquias de los Santos Mártires de Córdoba: Y otros dos de filigrana y piés cincelados, el uno con reliquias de San Vicente Ferrer y parte de las vestiduras de los Santos Reyes Magos; y el otro con reliquias de Santo Tomás de Aquino y San José de Calasanz: todos llevan sus auténticas y pesan los seis	076	00'08
Tres Sacras con algunos golpes dorados, su peso.	160	00'00
Una palmatoria y un puntero, con peso de	026	00'14
Dos atriles, con el de	496	00'02
Un jarro cincelado y una fuente para el agua-manos, supeso.	110	00'01

Dos Misales de marca mayor, forrados en terciopelo encarnado, con cantoneras, escudos y corchetes de plata.

Dos cuadernos para las epístolas y evangelios, con iguales forros y escudos.

ORNAMENTOS

Dos ternos completos, uno blanco y otro encarnado, de oro con matrices, cada uno con las piezas siguientes=Capa pluvial=Casulla=Dalmáticas=Paño de hombros=Dos estolas=Tres manipulos=Paño de cáliz=Frontal Paño de púlpito=Atrileras=Bolsa de Corporales=y tres sículos.

Una alfombra grande, fondo obscuro, fábrica de Alemania, y un tapete para el pié del Altar, de la misma fábrica, aunque un poco más alegre.

Para el SAGRARIO

	<u>Onzas</u>	<u>Admes.</u>
Un cáliz, sobre dorado y cincelado, con su patena y cucharita, su peso	055	00'04
Un platillo, vinageras y campanita, de la misma conformidad y de igual hechura, con peso de	065	00'08
Seis candeleros y un crucifijo, cincelados, su peso	203	00'12
Un acetre con su aspersorio y un jarro de contorno, con peso de	104	00'00
Dos incensarios con sus navetas, y peso de	136	00'00
Una fuente cincelada, que podrá servir con el jarro de agua-manos, su peso de	064	00'00
Tres sacras cinceladas con el de	041	00'00

Una alfombra grande y dos tapetes, de la fábrica de Madrid.

Cuyos ornamentos y demás expresadas alhajas, de que se hará efectiva entrega por el señor Corregidor e ilustre Villa de Priego, según se lo tengo suplicado, y no dudo deber a su bondad, dono para siempre, a la referida Iglesia sin otra carga, gravámen ni condición, que la de que por pretexto ni motivo alguno pueada venderse, donarse, permutarse, o de otro modo enajenarse, ni tampoco ser deshechas o mudar sus formas, pues es mi voluntad que con la misma en que se entregan sirvan perpétuamente en dicha iglesia.

Y para que así conste y se observe, hago la presense declaración firmada de mi mano, sellada con el de mis armas, y refrandada de mi Secretario de Cámara, en este mi Palacio de Córdoba, a seis de Marzo de mil setecientos noventa y cuatro—Antonio, Arzobispo Obispo de Córdoba.—Por mandado de S. E. el A. Obispo mi Señor.—Diego de Ugalde.—Srio.

(Arch. del Ayunt.º de Priego.—Libro de Actas de 1794.—En la del día 6 de Marzo, aparece trascripta la carta de donación).

APÉNDICE K.

Carta dirigida por el Cabildo Catedral de Córdoba a S. M. el Rey Don Carlos IV.

Señor:

El Cabildo de la Santa Iglesia catedral de esta Ciudad de Córdoba, confiado en la particularísima benignidad, con que S. M. se ha dignado distinguirle en la feliz ocasión que ha tenido la dicha de ofrecerse a sus piés, hallándose con un Prelado que ha desempeñado con el celo que es notorio, no sólo esta Mitra y las de Yucatán y Santa Fe en América, sino también los difíciles encargos de Virrey Gobernador, Capitán General y Presidente de la Real Audiencia de vuestro Nuevo Reino de Granada, cuya entera pacificación consiguió a impulso de su infatigable paternal solicitud y a costa de inmensos trabajos y arriesgados sacrificios, se atreve a repetirse rendidamente a los Reales piés de V. M. y suplicarle se digne obtenerle de la Santa Sede, un Capelo, con el cual la Iglesia Universal premiará a un Obispo que tanto le ha servido, V. M. a un Vasallo que a nadie cede en lealtad y amor a su Real persona, y augusta Casa, y la Iglesia de Córdoba verá renacer en su Silla a fines del siglo XVIII las glorias que le adquirió el grande Osio en el IV.—Así lo espera el Cabildo, de las paternales entrañas de V. M. por cuya preciosa vida, la de la Reina Nuestra Sra. y la de su Real Familia, pide incesantemente a Dios en todas sus oraciones y sacrificios.—Córdoba y Marzo 14 de 1796.

Señor: A los reales piés de V. M. etc.

APÉNDICE L.

AVISO dirigido por al Señor Príncipe de la Paz, al Cabildo de la Ciudad de Córdoba.

«Enterado el Rey de cuanto V. S. expone en su memorial de 14 del corriente, acerca de los recomendables servicios y particulares circunstancias del M. R, Arzobispo Obispo de esa Diócesis, ha mandado S. M. que se escriba a Roma, como lo he executado con fecha de ayer, intercediendo con el Papa, a fin de que le conceda un Capelo Cardenalicio, según V. S. lo ha solicitado.

Lo participo a V. S. para su satisfacción, y ruego a Dios guarde a V. S. muchos años.

La Carolina 16 de Marzo de 1796—El Príncipe de la Paz,—Señores Venerable Cabildo de la Sta. Iglesia de Córdoba».

(Acta Capitular del día.)

APÉNDICE M.

D. O. M.

Quisquis ad hoc monimentum antitistis astas, viator:

En ubi religiosissimi

ossa conduntur

Exc. et Ils. D. D. Antonius Caballero et Gongora

Unus ex Praelatis in Regia Ordine Caroli III

magna cruce insignitus:

Canonicus olim. Lect. hujus S. Ecclesiae cordubensis

Emeritensis dein in Jucatania antistes:

Santae Fidei de Bogota postmodum, in novo regno Granatensi

Archipraesul:

Cordubensis demum Episcopus.

Post tot episcopalia munia, sobrie, docte,

prudenter

hospitaliter et pacifice functa

Post vices-Regias in dicto novo regno Granaten

praeclare gestas

Post rebell ad populii ad pacem debitan que obedientiam

compositos

de Ecclesia et patria optime meritus

dignusque

qui a potentissimo Rege nostro Carolo IIII

apud

Santam Sedem S. R. E. Cardinalis peteretur,

annum aetatis suae agens

septuagesimum secundum die XXIII.

*mensis Martii. Anni Domini MDCCXCVI
e vita migravit.*

*quisquis, inquam astas viator
ad D. O. M. palmas leva,
piisimae que animae
precare*

ut

R. I. P.

APÉNDICE N.

Carta de don Antonio Caballero y Góngora, Obispo de Córdoba al Rector de su Colegio de San Bartolomé y Santiago de Granada, enviándole un retrato.

Muy Señor mio de mi mayor aprecio: Mi Visitador don Manuel de Espejo entregará a V. S. con esta un retrato mio que deseo se conserve en ese Colegio, para memoria del afecto que profeso a su Beca, que tuve el honor de vestir—El mérito de la pintura obra del célebre Bayeu primer pintor de Cámara del Rey y uno de nuestros excelentes Profesores he creído hará digno este cuadro de colocarse en una casa donde entre las facultades más serias, ha tenido siempre lugar el buen gusto. Pero sobre todo me animan a remitirlo las muchas honras que me ha dispensado ese ilustre cuerpo; a quien con esta ocasión espero asegure V. S. de mi gratitud igualmente que de mis deseos de ocuparme en su obsequio.

Dios Nuestro Señor guarde muchos años.—Priego y Agosto 3 de 1794.
—Besa la mano de V. S. su más afectísimo Capellán.—Antonio, Arzobispo Obispo de Córdoba.

Señor Rector del Real Colegio de San Bartolomé y Santiago.
(Archivo del Real Colegio.)



capitulum

capitulum

ALISA

1000

182

Noticias Académicas



En 1.º de Enero de 1924, esta Real Academia se hallaba integrada por los señores siguientes:

Académicos numerarios

- n.º 1 D. Cipriano Martínez Rücker.
- 2 » Francisco Marchesi Butler.
- 3 » Enrique Romero de Torres.
- 4 » José Amo Serrano.
- 5 » Rafael García Gómez,
- 6 » Rafael Vazquez Aroca.
- 7 » Benigno Iñiguez González.
- 8 » Manuel Enriquez Barrios.
- 9 » Ricardo Montis Romero.
- 10 » Ezequiel Ruiz Martínez.
- 11 » Manuel Ruiz Maya.
- 12 » Antonio Moreno Ruiz.
- 13 » José M.^a Rey Díaz.
- 14 » Rafael Castejón y Martínez de Arizala.
- 15 » José Priego López.
- 16 » Antonio Gil Muñiz.
- 17 » Antonio Carbonell y Trillo-Figueroa.
- 18 » Federico Chaves y Pérez del Pulgar.
- 19 » José de la Torre y del Cerro.
- 20 » Arcadio J. Rodríguez Camacho.
- 21 » Emilio Luque Morata.

Electos

- n.º 22 D. Agilio E. Fernández García.
- 23 » Rafael Jiménez Amigo.
- 24 » Enrique del Castillo Romero.
- 25 » Manuel Alfaro Vázquez.
- 26 » Juan E. Seco de Herrera.
- 27 » Francisco Cabrera Pozuelo.
- 28 » Ilmo. Sr. Obispo de Córdoba.

Académicos correspondientes de Córdoba

- n.º 1 Dr. Antonio Gutiérrez Sisternes.
- 2 » Pedro Mir de Lara.
- 3 » Antonio Pineda de las Infantas.
- 4 » José García Martínez.
- 5 » Juan Moran y Bayo.
- 6 » José Blanco Sancha.
- 7 » Antonio Arévalo.
- 8 » Diego Jordano Icardo.
- 9 » Daniel Aguilera.
- 10 » Vicente Orti Belmonte.
- 11 » Antonio Sarazá Murcia.
- 12 » Manuel Varo Repiso.
- 13 » José Sarazá Murcia.
- 14 » Vicente Serrano Ovin.
- 15 » Dionisio Ortiz Rivas.
- 16 » José Hidalgo Barcia.
- 17 » Joaquin M.^a de Navazcués y de Juan.
- 18 » Juan Bautista Rubio.
- 19 » Vicente de la Puente Quijano.
- 20 » José Pérez Guerrero.
- 21 » José Gallego Rocafull.
- 22 » Ricardo Pérez Jiménez.
- 23 » Felix Hernández Jiménez.
- 24 » Antonio González Soriano.
- 25 » Victoriano Chicote.

Junta Directiva

Director, D. Manuel Enriquez Barrios.

Censor, D. José Amo Serrano.

Tesorero, D. Francisco Marchesi Butler.

Bibliotecario, D. Benigno Iñiguez González.

Secretario, D. Rafael Vázquez Aroca.



—En 1.º de diciembre de 1923 fueron designados académicos correspondientes Mr. Th. Sinión, profesor de la Universidad de París; Mr. Pé-sard, profesor de Zoología en la Normal superior de Saint Cloud; Mr. Bon-narii, director de la misma Normal, y el P. Eduardo Victoria, S. J., en Barcelona.

—El 12 de enero de 1924, don José Amo, numerario, pronunció una conferencia acerca de «La vida en la oscuridad», refiriéndose principalmente a las manifestaciones de la vida en el interior de las cavernas profundas.

Fué designado correspondiente en Málaga don Cesáreo Sanz Egaña, Inspector pecuario.

—En la sesión del 19 de enero continuó don José Amo la exposición del mismo tema, con las derivaciones que del mismo se desprenden hacia los fenómenos de variación y adaptación, en cuya discusión intervinieron los académicos señores Cartejón, Ruiz Maya, GilMuñiz, Carbonell y otros; fueron propuestos socios correspondientes en Belmez don Rafael García Boza y en Fuente Obejuna don Miguel Pole Cordero, abogados ambos.

En esta sesión dió cuenta el Sr. Carbonell de los hallazgos paleontológicos en las excavaciones del pantano del Guadalmellato.

—Las sesiones del 26 de enero, 2 de febrero y siguientes se dedicaron a las referencias, del descubrimiento paleoantropológico de las inmediaciones de Alcolea. Se propuso correspondiente en Córdoba al Ingeniero de Caminos don Aurelio Rodríguez el 26 de enero.

El día 2 de enero de 1924 fué pronunciada la quinta conferencia del curso extraordinario de 1923-24, por el profesor de la Escuela normal de Maestros de Cáceres don Miguel Angel Orti Belmonte, correspondiente de nuestra Academia. De dicha notable conferencia publicamos un extracto en este número que nos evita mayores comentarios.

—La sexta conferencia del curso extraordinario de 1923-24, organizado por la Academia, fué pronunciada por el ilustre jurisconsulto y publicista sevillano correspondiente de esta corporación don Adolfo Rodríguez Jurado, el día 21 de enero de 1924 y de ella dió cuenta la prensa local en los siguientes términos:

«Ayer, a las seis y media, celebróse en el Instituto general y técnico de Córdoba la conferencia de don Adolfo Rodríguez Jurado, que versó sobre «Nuevos documentos referentes a la familia de Cervantes en Córdoba.»

Ocuparon asiento junto al orador el presidente de la Academia don Manuel Enríquez Barrios, don José Amo, censor de la referida entidad, y el director del Instituto don Agilio E. Fernández.

Don Manuel Enríquez hizo la presentación del orador en los términos que sabe hacerlo, eligiendo la palabra más elocuente, más inteligente, más cabal.

El señor Rodríguez Jurado comenzó su disertación con un exordio bellísimo en que cantó a la cultura cordobesa, al alma cordobesa, y al alma y a la cultura cervantina.

Después, haciendo alarde de una cultura vastísima y de un profundo sentido de selección, expuso las hipótesis existentes en torno a la naturaleza de Cervantes.

A continuación examinó la figura interesantísima de Tomás Gutiérrez, comediante

y mesonero, dueño de la posada sevillana de la calle de Bayona, donde el ilustre «manco» solía parar.

Hace hincapié, con galana frase y concepto, atinado en los pleitos del farandulero, corsetero y mesonero Tomás Gutiérrez, después hombre rico y sagazmente discreto.

Analiza el hecho de que Gutiérrez en sus pleitos aludiera a un testigo principal «vecino de Madrid, estante en Sevilla y natural de Córdoba.»

Hace resaltar la posibilidad de la naturaleza cordobesa de Cervantes.

Como argumento indica el cervantismo de los alegatos de Tomás Gutiérrez en su pleito con la Hermandad del Sagrario Sacramental de Sevilla.

Relata amensísimamente, áticamente, el orador los amores de la esclava berberisca de Gutiérrez, Lucia de Montealto y Francisco Ramírez, extrayendo de ellos algunos indicios para nutrir la hipótesis de la naturaleza cordobesa del autor del «Quijote.»

Comenta la suposición del cervantista señor Vidal de que un Miguel de Cervantes nacido en Alcalá de Henares hubiera muerto y después otro Miguel de Cervantes hubiera nacido en Córdoba, procediendo de este el «Quijote», según los indicios desglosados de la existencia y pleitos de Tomás Gutiérrez y según las referencias que hizo Cervantes a parajes casticísimos cordobeses que sólo un cordobés podía conocer como el autor de «La Galatea» mostró conocerlos.

Discute la autenticidad de la partida de nacimiento alcalaina, que muchos cervantistas aplican al autor del «Quijote».

Dice que hay una fecha sospechosa: la de la partida de nacimiento de Miguel de Cervantes; porque en cierto pleito el padre del magno escritor le asignó una edad que no correspondía al año 1547, fecha de la partida y el mismo Miguel en determinadas declaraciones declaró tener una edad que tampoco se ajustaba a ese documento.

Habla también de la falta de documentos en los protocolos de Alcalá de Henares, que demuestren la residencia de don Rodrigo de Cervantes y doña Leonor de Cortina, padre de don Miguel, en aquella ciudad.

Refiere el hecho negativo de que Cervantes tuviera un hermano llamado Andrés, que nació en 1543 y a poco murió, dándose el caso de que al tener sus padres otro hijo le dieron el nombre del que habían perdido.

¿No pudo pasar lo mismo con Miguel de Cervantes Saavedra?—exclama el orador.

Invita a los cervantistas e investigadores cordobeses para que examinen los archivos cordobeses.

Dice que en el documento más vulgar se puede encontrar la clave de estos problemas históricos.

Cuenta el caso de la naturaleza del gran escultor Martínez Montañés: Sevilla, Granada y Jaén se lo disputaban.

Por casualidad el orador mismo encontró en Alcalá la Real una simple autorización del imaginero inmortal referente a una copia de su partida de nacimiento existente en la parroquia de Santo Domingo de Silos.

Habla después de la dificultad de las investigaciones históricas, diciendo que solo tres parroquias de Córdoba poseen documentación de nacimientos que comprendan el año supuesto al de la partida de Miguel de Cervantes Saavedra.

Dice que en Sevilla se dió el caso de que los documentos de cierto archivo fueron vendidos a una fábrica de cartón.

El señor Rodríguez Jurado terminó su hermosa oración con un canto a Córdoba sultana, corazón de la Historia, de la Raza y del Arte.

Al terminar fué objeto de una prolongada ovación de parte del público que llenaba el salón del Instituto.

—Don Antonio Carbonell y Trillo Figueroa, Académico numerario pronunció el día 5 de febrero la séptima conferencia del curso extraordinario, reseñada en la prensa local del siguiente modo:

«En el Instituto verificóse anoche la séptima de las conferencias científicas del curso organizado por la Academia de Ciencias de esta capital.

Versó sobre el tema «El Homo fosilis cordubensis» y estuvo a cargo del ingeniero de minas y académico don Antonio Carbonell y Trillo-Figueroa.

Presidió el acto como académico más antiguo de los presentes, don José María Rey Díaz.

Don Rafael Castejón y Martínez de Arizala hizo la presentación al auditorio del conferenciante, diciendo que la Real Academia vestía en aquel momento sus mejores galas, no solo por la asistencia de la mujer cordobesa allí congregada en gran número, sino por ser un cordobés ilustre el conferenciante.

Expone y determina la importancia de los restos fosilizados encontrados en el pantano del Guadalquivir pudiendo aplicarse el calificativo de descubridor de aquellos por antonomasia al señor Carbonell.

Agrega que la Academia acoge y hace suya la labor del señor Carbonell, como ilustre miembro de ella, estimando el hallazgo de acontecimiento mundial.

Seguidamente comienza su disertación el señor Carbonell, diciendo que es sensible que la Academia le haya designado a él para exponer las observaciones acerca del estudio relacionado con los restos hallados en las obras del Pantano del Guadalquivir, pero que aceptó la designación por tratarse de laborar por el nombre y los prestigios de Córdoba.

Añade que hace más de tres años viene activamente laborando la Academia por la cultura cordobesa, señalando los trabajos que acerca de la prehistoria han realizado los señores Castejón, Navazcués y la Torre.

Habla del descubrimiento hecho en Fuencaliente, que ha sido considerado en el orden científico de tal importancia, que se le ha denominado «capilla sixtina del arte rupestre». Trata también de los trabajos publicados sobre prehistoria en el Boletín de la Academia.

Dice que los españoles no fueron nunca indiferentes a esta clase de estudios, señalando los nombres de varios, especialmente de Góngora, acerca de la prehistoria en el valle del Guadalquivir.

Agrega que por algunos se censura a los que dedican su actividad a estos estudios áridos, calificándoles de desocupados, sin tener en cuenta que los estadistas no son sino concededores de la Historia.

Estudia luego el valle de los Pedroches en nuestra provincia, en el que existen huellas indelebiles del paso del hombre primitivo.

A grandes rasgos explica las cronologías históricas de la edad de piedra y de la edad de los metales, y sus periodos paleolítico y neolítico, y señala las modalidades de cada uno y las diferencias entre el paleolítico superior e inferior, que se revela por el perfeccionamiento de los objetos, citando a este propósito el hallazgo de un cuchillo neolítico encontrado en el término de Conquista.

Separados ambos períodos por la glaciación —dice— corresponde a la época de los hombres trogloditas o de las cavernas.

Describe a continuación el hallazgo del Pantano, diciendo que es idéntico al tipo de hombre de Neanderthal, cuya característica es «visera torus supra orbital», y expone por proyección el cráneo encontrado.

Señala asimismo las influencias del tiempo en la descomposición de las sustancias orgánicas y vegetales y su transformación al estado fósil o pétreo.

En corroboración de la teoría acerca de la fosilización, cita el caso de la formación de fosforita en Belmez por la acumulación de osamentas de animales.

Establece la hipótesis de que el cráneo recientemente hallado vivió en la cuarta glaciación, que se remonta, según cálculo aproximado, a unos veinte mil años.

Fundamenta tal hipótesis, en el hallazgo también de insectos del período terciario, encontrados envueltos en restos, pero sin perder su coloración.

Expresa su gratitud a los ingenieros del Pantano señores la Puente y Rodríguez, por la colaboración prestada para el descubrimiento.

Analiza después la estructura geológica de la Sierra de Córdoba con sus capas calizas formadas por las canteras, las que acusan su formación en el período mioceno, hasta que deshechos los glaciares, fueron a desembocar en el Océano.

Prosigue el estudio de los útiles que corresponden a los períodos prechelense y chelense, formados con cantos rodados del Guadalquivir.

Especifica las diferencias de las razas de Neandherthal, observados en los ocho o nueve descubrimientos hechos hasta el día en distintos puntos del globo, y considera que el cráneo fosil recientemente hallado debió vivir antes de la cuarta glaciación.

Excita al auditorio para que labore en pro del pasado glorioso de la prehistoria cordobesa, y dice que Córdoba entra en una nueva primavera, acusándolo así su resurgimiento material y el establecimiento de nuevas industrias.

Terminó diciendo que ha pocos días, en un reciente viaje, tuvo ocasión de admirar la floración de los almendros en la serranía cordobesa, y deseando que en todos los órdenes se inicie un nuevo florecimiento, por lo que a Córdoba se refiere.

Al terminar su brillante disertación el señor Carbonell y Trillo-Figueroa, fué muy aplaudido y felicitado,

La Voz 6 Febrero 1924.

—La sesión ordinaria del 9 de febrero se dedicó a escuchar las impresiones que de la Córdoba del Tucuman (Argentina) pronunció el joven y docto historiador de aquella ciudad don Miguel Angel Paz y Crespo, de la cual dió cuenta el «DIARIO DE CÓRDOBA» al siguiente día 10, con la siguiente crónica:

Ayer, a las siete de la noche, celebró sesión ordinaria en su domicilio de la plaza del Potro, la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes.

El secretario señor Vázquez Aroca leyó el acta de la sesión anterior, siendo aprobada.

Seguidamente el académico don José María Rey hizo la presentación del historiógrafo argentino don Miguel A. Paz Crespo, quien había sido invitado para disertar acerca del tema «Córdoba argentina y su cultura», diciendo que dicho joven, que sólo cuenta veinte años, es una de las personalidades más salientes de la Córdoba argentina, por sus profundos conocimientos históricos.

A continuación hizo uso de la palabra el señor Paz Crespo.

Comenzó diciendo que no pretendía pronunciar una conferencia, sino estar un rato de charla con los cordobeses, hablándoles de la Córdoba americana.

Dijo que los estudios prehistóricos que en España tienen tan honda raigambre, en la Argentina han comenzado hace unos cuarenta años.

Añadió que la historia de la Argentina tiene dos páginas; una de arqueología y otra que comprende tres siglos históricos.

Continuó diciendo que Sarmiento, presidente de la República llevó un plantel de profesores europeos, que fueron los primeros que dieron renacimiento a la historia primitiva del país.

Añadió que en las provincias de Rioja y Catamarca, la cultura era muy superior a la de los indios calchequies, pues trabajaban los metales y efectuaban obras hidráulicas.

Refiriéndose a la historia propiamente dicha, el señor Paz Crespo dijo que de los primeros siglos quedan algunos cronicones escritos por misioneros.

Después, el primer adelantado Pedro de Mendoza llevó a un alemán de origen muy oscuro, quien escribió una historia muy interesante.

En el siglo XVIII, el jesuita Pedro Lozano dió un gran impulso a los estudios históricos.

El referido jesuita realizó una ingente labor en los archivos, compilando datos y documentos curiosísimos y escribió tres obras monumentales.

En una de ellas relata las agitaciones intestinas que hubo en el país, las cuales tenían gran semejanza a la que sostuvieron los comuneros de Castilla.

El señor Paz Crespo, demostrando vasta cultura, continuó su interesante disertación, diciendo que en el año 1765 aconteció en la Argentina un hecho verdaderamente trascendental: la implantación de la imprenta.

La primera imprenta que funcionó en el país del Plata la establecieron los Jesuitas en la ciudad de Córdoba.

En el año 1767, con motivo de la expulsión de las Jesuitas, la imprenta quedó en un lamentable olvido; pero en el año 1801 creóse en Córdoba el primer periódico argentino, el cual tenía el título de «Telégrafo Mercantil».

Manifestó el conferenciante que, aunque el periódico tenía un título mercantil su finalidad era otra, pues en sus columnas se escribían artículos revolucionarios, que fueron la semilla de las guerras civiles que se desarrollaron en el año 1810.

Posteriormente llegó a la Argentina don Pedro de Angeli, preceptor de los hijos de Murat, quien recogió documentos históricos de gran importancia, logrando que se salvaran los datos más interesantes y valiosos para rehacer la Historia.

A mediados del siglo pasado el general Mitre formó una biblioteca, la más notable del Plata.

Después, el conferenciante, en periodos elocuentes, habló con entusiasmo de la Universidad de Córdoba, de la que han salido los hombres más doctos de la Argentina.

Dijo que entre la Córdoba del Tucumán y la Córdoba andaluza existen grandes vínculos de homogeneidad, pues las dos están emplazadas en un terreno llano, tienen una Sierra pintoresca y bella y están bañadas por un río.

Terminó el señor Paz Crespo su interesante disertación haciendo votos por que los vínculos entre ambas ciudades sean cada vez más cordiales y estrechos.

Al terminar fué muy aplaudido y felicitado.

El director de la docta Academia pronunció un breve discurso, dando las gracias, en nombre de aquella, al conferenciante, el que fué nombrado académico correspondiente con residencia en la Argentina.

Después, y a preguntas de muchos académicos, dió el señor Paz Crespo interesantes detalles del movimiento actual social, político, literario y religioso de la República Argentina.

Por último, el académico don Antonio Carbonell y Trillo-Figueroa dió cuenta de nuevos descubrimientos geológicos efectuados en el Pantano del Guadalmellato.

Diario de Córdoba 10 Febrero 924.

—En la sesión celebrada el 23 de febrero por la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, su director don Manuel Enríquez Barrios dió cuenta de la muerte del ilustre escultor Mateo Inurria y en un elocuente y sentido discurso expuso a grandes rasgos la historia del gran artista, la lucha que sostuvo hasta conseguir el triunfo y los principales elementos de su obra admirable.

Se leyeron los artículos necrológicos que le han dedicado los principales periódicos de Córdoba y Madrid.

Acordóse hacer constar en el acta el sentimiento de la Corporación por esta irreparable pérdida nacional; colocar en el salón de actos de la Academia el retrato de Mateo Inurria; adherirse a los acuerdos tomados por el Patronato del Museo de Bellas Artes, a propuesta de don Enrique Romero, de solicitar de los Ayuntamientos de Córdoba y Madrid que coloquen lápidas conmemorativas en las casas donde nació y murió el eximio escultor, recordar al Municipio de esta capital la realización del proyecto de poner el nombre de Inurria a una calle y levantar la sesión en señal de duelo.

Reanudada aquella, el señor Enrique Barrios habló de las impresiones obtenidas por don Elías Tormo en su visita a la Mezquita de Córdoba y de las ideas que expuso respecto a la arquitectura del Miharab.

Luego comenzó a tratar de un calendario mozárabe del Obispo Rabi Ben Zaid de la época de Abderramán III, traducido y publicado por Simonet, quedando en el uso de la palabra para otra sesión por lo avanzado de la hora.

—Fueron nombrados correspondientes en Córdoba el 8 de marzo el publicista y licenciado en Filosofía y Letras don Octavio Nogales, y el presbítero y profesor del Seminario don Rafael Gálvez; y correspondiente en Madrid el Arquitecto restaurador de la Mezquita don Antonio Flores.

—En dicha sesión leyó don Rafael Gálvez el trabajo titulado «La casa de Séneca» y unas notas bibliográficas acerca del Santoral hispano mozárabe de Simonet, por Rabi ben Said. La Academia acordó proponer en el Centenario de Santo Tomás, un tema acerca de «Las ideas de Séneca, Maimónides y Averroes, en la filosofía de Santo Tomás.»

—El doctor don Emilio Luque, pronunció el sábado 22 una conferencia sobre «Conceptos vulgar y científico de curabilidad de la tuberculosis».

—El día 29 de marzo se propuso para correspondiente en Madrid al Licenciado en Derecho y Filosofía y Letras don Rafael Blanco Caro. Don Antonio Gil Muñiz propuso que se perpetuase la memoria del ilustre pedagogo y cordobés don Pedro Alcántara García. Y don Rafael Castejón leyó un trabajo titulado «Una Córdoba desaparecida y misteriosa».

—Han sido recibidas para la biblioteca de la Academia las siguientes obras:

«Hispania Mater» donada por su autor don Alfredo Gil Muñiz.

«Región Este de Sierra Morena» por don Alfonso de Alvarado correspondiente de la Academia en Madrid.

«Cervantes, apuntes históricos de esta familia», donada por el numerario don Antonio Gil para la sala cervantina que la Academia proyecta, por don Ernesto de Vilches.

Report of the Agricultural Speriment Station. Ithaca N. Y.

Chispas del Yunque, José Ortega y Muñilla.

Diccionario de escritores, maestros y oradores naturales de Sevilla, por Mario Mendez Bejarano. Tomo I.

Discurso leído en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, por don Antonio de la Torre y del Cerro.

Colección de obras de Mr. John Fitz Gerald. E. U. de América.

Colección de obras del Rabino Dr. Kroner, de Oberdorf-Bopfingem (Alemania).

Catálogo biográfico de Escritores de la provincia y diócesis de Córdoba, por Rafael Ramírez de Arellano.

El problema de la propiedad de la tierra, discurso de apertura en la Universidad de Sevilla, por don Ignacio de Casso.

Un recuerdo del último Faraon, por don Rafael Blanco y Caro.

—La Academia recibe las siguientes publicaciones y revistas:

Boletín del Instituto Geológico de España.

Boletín de la Real Academia de la Historia.

Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos.

Boletín del Círculo Andaluz de Buenos Aires.

Revista de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y naturales, de Madrid.

Archivos de Cardiología y Hematología, Madrid.

Boletín del Colegio oficial de Médicos de la provincia de Córdoba.

Pro Infancia, Córdoba.

España y América, Cádiz.

Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo, Santander.

Report of the Agricultural Experiment 1918-1919-1920-1921-1922 Ithaca N. Y.

Memoria de la Junta para ampliación de estudios e investigaciones científicas. Años 1920 y 1921.

Revista de la Sociedad de Estudios Almerienses, Almería.

Boletín de la Real Sociedad de Historia Natural, Madrid.

Memorias de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona.

Revista de Organoterapia.

Revista Universitaria y Boletín bibliográfico de la Universidad Mayor de San Marcos, Lima, Perú.

Bulletin of Institute of Science and Industry, Melbourne, Australia.

Atti della Società italiana di scienze naturali e del Museo civico di storia naturale, in Milano, Italia.



